

Certamen Literario

Historias de la Dignidad Humana Cuentos y Relatos sobre la Tortura

-2014-



Campaña Nacional contra la Tortura

2013 - Bicentenario de la Asamblea General Constituyente

Cada vez que se tortura atrasamos 200 años

CERTAMEN LITERARIO

HISTORIAS DE LA DIGNIDAD HUMANA

CUENTOS Y RELATOS SOBRE LA TORTURA

Historias de la dignidad humana : cuentos y relatos sobre la tortura /
Nicolás Blanco Rodríguez ... [et.al.]. - 1a ed. - Buenos Aires : Defensoría
General de la Nación, 2014.
132 p. ; 23x16 cm.
ISBN 978-987-22522-9-8
1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Blanco Rodríguez, Nicolás
CDD A863

Fecha de catalogación: 19/06/2014

DEFENSORÍA GENERAL DE LA NACIÓN

Defensora General de la Nación

Dra. Stella Maris Martínez

Secretaría General de Coordinación

Dr. Patricio Giardelli

Programa para la Aplicación de Tratados sobre Derechos Humanos

Dr. Gustavo Iglesias

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES

Presidente

Alejandro Vaccaro

Secretario General

Ernesto Fernández Núñez

COORDINACIÓN EDITORIAL

Subsecretaría de Comunicación Institucional - Secretaría General de Política Institucional. Defensoría General de la Nación

2014 Ministerio Público de la Defensa

Defensoría General de la Nación

www.mpd.gov.ar

Callao 970 - CP.1023

Ciudad de Buenos Aires

Tirada: 500 ejemplares

"Sólo una cosa no hay. Es el olvido"

J.L.Borges

La tortura, esa palabra que confiere a la humanidad su carácter siniestro, es la gran ausente de la historia y de la literatura universal porque tiene como socia de tanta crueldad al silencio. Las distintas formas de tortura hieren de tal forma el concepto de dignidad que los pueblos y las víctimas que lo han experimentado lo separan de sus conciencias, lo ocultan, tratando de vivir sin pasado e imposibilitados de mirar atrás. Al cumplirse 200 años de la Asamblea del año XIII, conjuntamente con la Defensoría General de la Nación, creímos necesario organizar un concurso de relatos que abordara tan ríspido tema, entendiendo que todo lo que no se expía o purifica después de haber sido profanado tiende a repetirse.

La participación de más de 260 escritores superó en demasía nuestras pretensiones en número y en relatos de intenso caudal emocional. Quizás el dato más revelador sea la edad de los participantes; son escritores jóvenes que tienen en promedio la edad de nuestra democracia y desde ahora, cuando sus relatos tomen vuelo en las páginas de este libro, tendrán la responsabilidad de intentar junto a todos seguir rescatando con palabras y metáforas las historias ocultas en el miedo, para desenterrar con honor y dignidad la memoria. El escritor para serlo debe ser libre y volar sobre lo establecido, asomarse a mirar el universo que existe después del límite impuesto, quien escribe no debe acompañar la tormenta: debe ser parte de la tormenta, ese lugar donde la luz es tiniebla y el sonido un coro de estridentes y confusos presagios que anticipan aciagos días con sus aciagas noches, y el aire, escaso, se corrompe y el escritor forzado por la asfixia circula ya en el límite impiadoso por nuevos y sorprendentes laberintos de nuevas palabras, de insondables destinos.

En los años cincuenta se creía que un libro podía cambiar el mundo. Demasiadas expectativas para la literatura. Hoy si un libro ilumina por un día la oscuridad reinante ha cumplido largamente con su destino.

Ernesto Fernández Núñez
Sociedad Argentina de Escritores
Secretario General

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
CONTRIBUCIONES.....	11
El reino del miedo	13
<i>por Eduardo Galeano</i>	
La Confesión	15
<i>por Leandro O. Despouy</i>	
PRIMER PREMIO	
Charol sobre vinilo y tres tacos aguja	23
<i>por Nicolás Blanco Rodríguez</i>	
SEGUNDO PREMIO	
Nunca más oirás cantar a las ratas	31
<i>por Gonzalo Javier Martínez Methol</i>	
MENCIONES	
Enterrados	35
<i>por Mónica Susana Scheinsohn</i>	
Gallinas	43
<i>por María Alejandra Rogante</i>	
Periferia Humana	49
<i>por Elida Cantarella</i>	
Un tal Cuevas	51
<i>por Jorge Cadús</i>	

Evasión.....	57
<i>por Ariel Alberto Díaz</i>	
El Partido	61
<i>por Saúl Alberto Kohan Boc</i>	
El Hexaedro.....	65
<i>por Gustavo Oscar Costanzo</i>	
8 Minutos y 17 Segundos.....	71
<i>por Guido Croxatto</i>	
Marcas.....	83
<i>por Ignacio Alonso</i>	
Vade In Pace	89
<i>por Hernán de Llano</i>	
Cicatrices.....	95
<i>por Claudio Damián Cayo</i>	
Superhéroe	101
<i>por Monserrat Mercedes Solis Carnicer</i>	
El punto ciego	103
<i>por Sabrina Ayelen Cartabia</i>	
Momentos de amor en el parque	107
<i>por Osvaldo Ernesto Mongelli</i>	
El pichi	111
<i>por Horacio José Godoy</i>	
Historia en dos segundos	115
<i>por V. Héctor Alfredo Bucossi</i>	
El toro de falaris	119
<i>por Lautaro Gómez López</i>	
Abismos.....	127
<i>por Darío Raúl Melano</i>	

PRÓLOGO

En el año 2013, la Defensoría General de la Nación lanzó la Campaña Nacional contra la Tortura en ocasión del bicentenario de la Asamblea General Constituyente de 1813 que, entre otras medidas, abolió el uso de los tormentos y ordenó quemar los instrumentos de tortura en la plaza pública.

La Campaña Nacional contra la Tortura tiene dos objetivos principales: desde una dimensión *institucional*, se dirige a fortalecer los mecanismos de prevención y sanción de la tortura y, desde una dimensión *social*, apunta a sensibilizar a la sociedad sobre la necesidad de erradicar definitivamente la tortura en nuestro país cumpliendo así el mandato de nuestros fundadores reunidos en la Asamblea del Año XIII.

Para cumplir esos objetivos, durante todo el año se realizaron diferentes actividades dirigidas no sólo a la comunidad jurídica sino también -y principalmente- al público en general. Para ello, la Defensoría General de la Nación convocó a sumarse a la Campaña Nacional a todas las instituciones estatales, organizaciones no gubernamentales y organismos internacionales que quisieran formar parte de esta importante tarea.

El lanzamiento de la Campaña Nacional contra la Tortura tuvo lugar el 20 de marzo de 2013 en el Espacio Memoria y Derechos Humanos (ex –ESMA), en la ciudad de Buenos Aires. Allí las autoridades de los organismos e instituciones integrantes de la Campaña Nacional manifestaron su compromiso público contra la tortura y comunicaron las acciones que realizarían como parte de esta iniciativa.

Desde entonces se desarrollaron numerosas actividades destacándose, entre aquellas dirigidas principalmente a la comunidad jurídica, la realización del “Congreso Internacional sobre tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes”, en junio de 2013, evento que contó con la presencia de 40

expertos nacionales e internacionales y una nutrida concurrencia de público.

Entre las actividades dirigidas al público general se desarrollaron presentaciones de integrantes del Ministerio Público de la Defensa en escuelas secundarias de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en otras regiones del país, se organizaron conferencias, seminarios y eventos en todo el territorio nacional y se instaló un *stand* de la Campaña Nacional en la 39ª Feria Internacional del Libro. Asimismo, se llevaron a cabo actividades en la vía pública, en los medios de comunicación, en eventos deportivos y culturales, destacándose la participación de la Defensoría General de la Nación y la Campaña Nacional contra la Tortura en *La Noche de los Museos*.

Una de las actividades más relevantes dirigidas al público general fue la realización del certamen literario “Historia de la Dignidad Humana – Cuentos y relatos sobre la Tortura”, cuyos textos ganadores integran esta obra. La idea de realizar esta iniciativa como parte de la Campaña Nacional surgió de la exitosa experiencia conjunta de la Defensoría General de la Nación y la Sociedad Argentina de Escritores en la organización del certamen literario “Cuentos y relatos sobre abogados defensores” publicado en el año 2011.

En esta oportunidad, el concurso fue organizado por la Defensoría General de la Nación, la Sociedad Argentina de Escritores, el Centro Internacional de Estudios Políticos de la Universidad de San Martín, la Comisión Provincial por la Memoria, la Procuración Penitenciaria de la Nación y la Organización de las Naciones Unidas en la Argentina.

En el marco del certamen se presentaron más de 260 trabajos provenientes de todo el país y de España, Suecia, Canadá, Venezuela y Uruguay. Los textos fueron evaluados por un jurado excepcional, al cual reitero, en mi nombre y en el de todos los organizadores, nuestro más profundo agradecimiento por la notable tarea que llevaron a cabo, realizada sin otro interés que el de colaborar con la Campaña Nacional. El jurado estuvo integrado por Alejandro Vaccaro y Ernesto Fernández Nuñez, Presidente y Secretario General, respectivamente, de la Sociedad Argentina de Escritores; Mempo Giardinelli, escritor y periodista; Eva Giberti, Coordinadora del “Programa Víctimas contra las Violencias” del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos

Prólogo

de la Nación; Mónica Pinto, Decana de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Alicia Ruiz, Integrante del Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; Martín Santiago Herrero, Coordinador Residente del Sistema de Naciones Unidas en Argentina; Horacio Ravenna, Director de Relaciones Institucionales de la Procuración Penitenciaria de la Nación; Jorge Taiana, Director General del Centro Internacional de Estudios Políticos de la Universidad de San Martín y Sofía Tiscornia, Directora del Equipo de Antropología Política y Jurídica del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

La realización de un certamen literario cuyo eje central es la tortura resulta una tarea compleja. Desde las entidades convocantes quisimos resaltar la dignidad humana, que es uno de los bienes jurídicos protegidos por la prohibición de la tortura. Con ese énfasis quisimos que el título del certamen reflejara la centralidad de la dignidad humana como valor y derecho humano fundamental.

Como era esperable en un concurso de esta naturaleza, fueron numerosos los textos que reflejaron nuestra historia nacional reciente y el uso sistemático y generalizado de la tortura. Así, muchos de los cuentos y relatos se refirieron a los centros clandestinos de detención, a las torturas en Malvinas, a los “vuelos” y a los métodos y elementos de tortura empleados durante la última dictadura cívico militar. Muchos de estos textos revelan las reflexiones de las víctimas y, en menos casos, de aquellos personajes que aparecen como victimarios o, incluso, el debate interno de aquel que prefiere negarse a cumplir una orden de un superior antes que integrar esta última categoría. También, en varios de estos textos, ante los más aberrantes hechos de violencia institucional, surgen la esperanza, la resistencia, el reencuentro, la solidaridad humana y la lucha por la justicia.

Otros textos muestran, desde la perspectiva literaria, algunas de las más graves violaciones a la integridad personal de la actualidad como las condiciones de detención en nuestras cárceles. De igual manera, también reflejan los avances del derecho internacional de los derechos humanos y la consideración de viejas prácticas como nuevas formas de tortura y de graves ataques a la dignidad humana, tales como la violencia y la ex-

plotación sexual, así como la tortura en ámbitos de atención a la salud.

La entrega de premios de los trabajos que se publican en esta obra se realizó el 10 de diciembre de 2013 en el salón Leopoldo Marechal del Ministerio de Educación de la Nación, con la presencia de autoridades de las entidades organizadoras de la Campaña Nacional y miembros del jurado del certamen literario. En ese acto anunciamos que la Campaña Nacional contra la Tortura continuará hasta el año 2016.

En esta oportunidad quisiera expresar mi agradecimiento especial a la Organización de las Naciones Unidas en Argentina y a la Procuración Penitenciaria de la Nación entidades que generosamente tomaron a su cargo, junto con la Defensoría General de la Nación, los premios entregados en este certamen. Además, agradezco a Eduardo Galeano y a Leandro Despouy quienes remitieron dos textos que se incluyen en la presente obra.

El libro que hoy se publica es un testimonio más del trabajo de esta Defensoría General de la Nación, de las instituciones públicas y organizaciones de la sociedad civil que integran la Campaña Nacional contra la Tortura en la erradicación de una de las más degradantes prácticas institucionales a dos siglos de la Asamblea del Año XIII. Esperamos que su lectura invite a la reflexión y al compromiso personal para hacer realidad el mandato pendiente de 1813. En Argentina hoy, cada vez que se tortura, atrasamos 200 años.

Stella Maris Martínez
Defensora General de la Nación

CONTRIBUCIONES

- El reino del miedo -

Galeano, Eduardo

- La confesión -

Despouy, Leandro O.

EL REINO DEL MIEDO

por Eduardo Galeano¹

Cada 26 de junio es el día mundial contra la tortura. Por trágica ironía, la dictadura militar del Uruguay nació al día siguiente, en 1973, y convirtió al país entero en una gran cámara de torturas.

Los suplicios servían poco o nada para arrancar información, pero eran muy útiles para sembrar el miedo, y el miedo obligó a mis compatriotas a vivir callando o mintiendo.

En el exilio, recibí una carta anónima:

“Es jodido mentir, y es jodido acostumbrarse a mentir. Pero peor que mentir es enseñar a mentir, y yo tengo tres hijos”.

¹ Este texto fue remitido por el célebre escritor Eduardo Galeano a la Defensora General de la Nación como contribución a la Campaña Nacional contra la Tortura. Dicho autor es considerado uno de los más sobresalientes escritores de la literatura latinoamericana y una de sus obras más destacadas es *Las venas abiertas de América Latina*.

LA CONFESIÓN

por Leandro O. Despouy¹

El comisario general de la Policía española en retiro, Manuel Núñez Pedraza, es uno de esos raros personajes que surgieron durante el periodo de transición política en España, y que jugaron un papel invaluable en la consolidación del sistema democrático. Pero sus peculiaridades abarcan también otros rasgos no del todo comunes en sus colegas, como la sencillez con que se expresa y la forma no convencional en que habla de sus peripecias y de los avatares de la profesión de agente del orden. A los 50 años, no solo es abuelo sino que además goza de la alegría y la dicha de tener una compañera inseparable, cuyo nombre, Encarnación, habla por sí solo de sus dones y encantos.

Modesto, disimula con ingenio su visible estirpe de hombre afortunado. Entre las múltiples aventuras de su trayectoria se cuenta la de haber sido el fundador y primer presidente del Sindicato de Comisarios de España, y haber creado un provocador mecanismo de autocontrol policial, clandestino, del que entonces no se enteraron los jueces. Fue tan eficaz, que el propio personal policial se autocontrolaba las infracciones que podía cometer antes de que fueran a consumarse. Ya cumplido su ciclo más importante en España, pasa gran parte de su tiempo en misiones especiales de las Naciones Unidas para participar en la formación y entrenamiento de agentes del orden y de funcionarios responsables de hacer cumplir la ley en países del Tercer Mundo, sobre todo en los que estén atravesando periodos de transición a la democracia.

¹ Este texto fue remitido como contribución a la Campaña Nacional contra la Tortura por Leandro O. Despouy, Presidente de la Auditoría General de la Nación quien se desempeñó, entre otros cargos, como Relator Especial de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas sobre independencia de magistrados y abogados. La versión electrónica se encuentra en el sitio <http://leandrodespouy.com/>

Lo conocí en un seminario para jueces y policías en el Paraguay, oportunidad en la que ambos éramos disertantes. Este hombre sabio y experimentado daba sus charlas con un entusiasmo inusual y su principal atractivo eran la franqueza con que se expresaba y la originalidad de sus métodos pedagógicos, que nos causaban sorpresa y más de una vez llegaron a conmovernos. Sin embargo, lo que no podíamos suponer en ese momento era el grado de crudeza y realismo que habría de darle a sus relatos. En medio de una discusión frontal, sincera y muy acalorada, con varios jueces y policías que participaban en el seminario (sobre la relación positiva entre el respeto de los derechos humanos y la eficacia en la investigación criminal), el ex comisario se detuvo, miró hacia atrás y le dijo al otro expositor español que habría de sucederle:

—Paco, cuenta, por favor, la historia de los dos muditos.

—¿Cómo? —respondió perplejo su acompañante.

—Sí —dijo Manuel—, cuéntenos aquí la historia de aquellos muditos a los que les enseñaste a hablar.

—Bueno, aunque no lo veo conveniente, si usted me lo pide, Comisario... Después de todo, estamos entre colegas, y quienes no lo son también pueden entenderlo.

—Sí. ¡Cuenta, hombre!, que aquí más de uno debe haber conocido o vivido historias parecidas.

Paco, joven y expresivo, arrancó con el relato. Hacía mucho tiempo, cuando acababa de ingresar a la Guardia Civil, debió cumplir funciones en su provincia natal. Por eso, era particularmente sensible a la imagen o la opinión que pudiera hacerse la gente de su propio pueblo acerca de su eficacia profesional como policía.

Eso explica que la denuncia sobre el robo en la caja fuerte de don Rodrigo movilizara todas sus energías. Se trataba, nada más ni nada menos, que del hombre más importante del poblado. Ex juez, hombre rico y de alcurnia, don Rodrigo había conservado e incluso acrecentado su fortuna a través de una conocida oficina de escribanía que destinaba el grueso de sus actividades a discretas pero voluminosas operaciones de préstamo y usura. Muy amigo de los obispos, influyente y severo, era viudo hacía dieciocho años, cuando su mujer se quedó en el parto del único heredero, un muchacho regordete y fofa que, para colmo, ni siquiera podía articular una palabra.

La información sobre el robo llegó por una llamada del mismo don Rodrigo y de inmediato Paco y el comisario Robles fueron a la casa. Los llevó a su escritorio y allí les mostró la caja fuerte, que aún permanecía abierta. Pero lo que más indignación parecía causarle era la facilidad con que se había perpetrado el robo: sin ejercer fuerza y utilizando su propia llave. Y aunque la suma no era muy alta, había que descubrir al ladrón, pues de lo contrario don Rodrigo no dormiría tranquilo. Ni tampoco dormiría tranquilo ningún policía del pueblo, pues nadie tendría garantizado el cargo mientras el robo no fuese esclarecido. Al menos, esa fue la convicción que Robles le transmitió a Paco:

—Hay que dar con el delincuente, cueste lo que cueste. Se haga lo que se haga, usted me lo trae, ¿entendido?

Las primeras pistas concretas y relevantes conducían con toda coherencia al propio hijo de don Rodrigo, aquel muchachote de aspecto indefinido, de entre quince y diecocho años, sordomudo, cuya discapacidad había acentuado otras de tipo emocional o mental.

La única ventaja de su profunda sordera era que le permitía no escuchar los insultos de su padre, que lo responsabilizaba de haber quedado viudo. Desde la muerte de su esposa, la vida social de don Rodrigo se reducía a visitar al Obispo, y su *hobby* predilecto era coleccionar armas. Arrogante, neurasténico y cada día más avaro, sus actividades profesionales se limitaban a ejecutar morosos e incrementar préstamos leoninos.

La pista se transformó en certeza cuando descubrieron que el hijo de don Rodrigo era íntimo amigo de otro mudito, un tanto más despierto y astuto. Ambos eran como hermanos. Estaban la mayor parte del día juntos, por lo que Paco y Robles se jugaron una fija cuando los llevaron a la comisaría, los pusieron de pie mirando la pared y les dijeron que tenían cinco minutos para confesar el pecado.

Tanto para Paco como para quienes tenían mucha más experiencia que él, lo lógico era —y esa fue la composición de lugar que se hicieron— que a los pocos minutos, o como máximo antes del transcurso de una hora, los muditos terminarían por inventar algún método ingenioso para indicarles dónde estaba el cuerpo del delito, vale decir, el dinero de don Rodrigo.

Sin embargo, no fue así, y ambos permanecieron quietos, casi inmóviles, como aterrados, sin hacer el más mínimo gesto,

salvo el de cerrar los ojos cuando se los miraba de frente y se les exigía una confesión. ¡No hubo caso! Las horas pasaban y ambos permanecían quietos e impávidos, como momificados.

La convicción de que eran los autores del hecho delictivo y la inquietud iban en aumento a medida que se incrementaba la presión de don Rodrigo. Por eso, no les costó demasiado golpearlos y castigarlos por primera vez. Los muchachos ni siquiera lloraban, y la paciencia policial se iba agotando. De las manos y el cinturón pasaron a la picana, y de esta a todo tipo de suplicios, hasta que un día, por fin, los muditos hablaron, y aunque no fue mucho lo que dijeron, para Paco y Robles era, en principio, suficiente.

Paco tenía a uno apretado entre las rodillas y al otro le golpeaba fuerte las orejas cuando leyó en los ojos de ambos la decisión de hablar.

—¡Sí, sí; yo fui, yo fui! —dijeron ambos, al unísono.

Aquellas primeras palabras de los muditos llenaron de alivio y alegría a los policías. Contentos y satisfechos, de inmediato fueron a la casa de don Rodrigo y con todo entusiasmo le dieron la noticia.

—Par de idiotas —dijo con sequedad y desprecio don Rodrigo—. Ahora, me consiguen el dinero, todo el dinero, me entiende, don Robles —y lo repitió una vez más.

Desesperados, al día siguiente salieron a la caza de los dos muditos. Los encontramos en una esquina. Estaban jugando con una herradura que había perdido el caballo de un cochero, y reían cada vez que uno o el otro se la apoyaba en la frente. Al ver a los policías se pusieron muy nerviosos y cuando les hicieron señas de que se los llevarían a la comisaría empezaron a decir:

—¡Sí, sí; yo fui, yo fui!

Lo decían en forma monocorde, como si repitieran una frase largamente ensayada.

En la comisaría empezaron a pegarles y pegarles con brutalidad, pero no soltaban prenda. Al día siguiente tampoco hubo resultados, y tampoco en los días subsiguientes; aquello se transformó en rutina. Lo cierto es que cada vez que ellos los veían, se tomaban de la mano y repetían:

—¡Sí, sí; yo fui, yo fui!

Todo lo que hicieron Paco y Robles fue en vano. Tan seguro estaba Paco de lo que hacía, que se atrevió a contárselo a su esposa:

—Realmente, ya no sé cómo hacer. No sé si son estúpidos o se hacen, pero yo no puedo más. ¡Les he dado las palizas más grandes de mi vida, sin resultado alguno, y es eso precisamente lo que todas las mañanas nos exige don Rodrigo!

La mujer de Paco lo miró con lástima e inocultable desprecio. Indignada, le dijo que se avergonzaba de él, que ella sufría tanto o más que los muditos, porque ella era su esposa, y lo amaba. Y que se sentía humillada porque la tortura denigra más al que la practica que al que la sufre. Y que, a pesar del inmenso dolor que le causaría a ella si algún día lo torturaran, prefería estar casada con un torturado antes que con un torturador.

Durante tres o cuatro días Paco no hizo nada, pero estaba enloquecido, perturbado. Sentía una doble humillación: sobre todo, porque para su esposa el verdadero héroe de la película no era él sino los muditos, cuyas fechorías le faltaba probar, y, en segundo lugar, porque no obtenía resultado alguno, pese a la brutalidad de los medios que aplicaba.

Sin embargo, esta confusión y el inmovilismo que el reto de su mujer trajo aparejados no duraron mucho, porque don Rodrigo llamó a Robles y le dijo que el dinero tenía que estar de vuelta en su caja fuerte en los próximos días.

Paco encontró a los muditos en la calle. Ellos, en vez de pronunciar su saludo habitual, le entregaron un diario doblado, dentro del cual había unas pesetas y algunos caramelos. Pero el dinero era muy escaso, y a golpes les dio a entender que la cantidad que debían devolver era exactamente la misma que habían sustraído de la caja fuerte de don Rodrigo.

Pleno de rabia y de enojo, esta vez se decidió a seguirlos; quería ver con quiénes se encontraban, dónde guardaban el dinero. Pero se llevó una sorpresa que lo dejó helado.

—¿Sabes lo que hacen tus regalones y protegidos muditos? —le enrostró Paco esa noche a su esposa—. Son lisa y llanamente dos vulgares rateros. Esta mañana los seguí y los vi tratando de robar dinero de la caja de la carnicería de don Sancho, que, para colmo, parece quererlos mucho. Yo los vi, te juro, los dos estúpidos, tratando de meter la mano en la caja, cuando llegó la mujer.

—Sí, no te discuto —dijo la esposa—. Pero un torturador es peor que un ratero, ¿me entiendes?

Paco terminó por convencerse de que sería más fácil que los muditos le entregaran todo el dinero faltante que lograr que su mujer comprendiera las enojosas exigencias de su profesión.

Al día siguiente, no tuvo necesidad de ir a buscarlos, sino que ellos fueron a la comisaría, aunque esta vez sonrientes y contentos, a dejar... veinticinco duros. Demasiado poco. ¡Les dio una paliza...!

Finalmente, se resolvió el misterio.

Resultó ser que una muchacha de no más de quince años – que, mientras don Rodrigo dormía la siesta en el solemne sillón de la biblioteca solía acariciarle la pantorrilla– había aprovechado para abrir, con la propia llave de su dueño, la caja fuerte y se había llevado el sobre tan buscado, sin saber cuánto contenía. Las muchas palizas y reprimendas que le dio su madre la decidieron a entregar el sobre a un primo, que también era policía, sin haber tocado un solo duro.

Paco y su jefe le llevaron a don Rodrigo el sobre intacto, pues nunca había sido abierto. Él lo recibió contrariado, como con desgano. En sus ojos seniles había disgusto e indiferencia, acaso por el bochornoso desenlace de la investigación.

Cuando los policías se iban, en la puerta estaban los dos muditos, que se pusieron muy nerviosos, se tomaron de la mano y entonaron su cantinela: “¡Sí, sí; yo fui, yo fui!”.

Paco y Robles, los grandes pedagogos de la ciencia, el amor y la comunicación, que hasta habían logrado hacer hablar a dos muditos, aprendieron de golpe lo que eran la vergüenza y el autorrepudio y se sintieron acusados por la mirada inocente, generosa y profundamente humana de las dos criaturas.

“En aquel momento”, finalizó Paco su relato, “comprendí que a veces los verdugos flagelamos por encargo de otros hombres más crueles aún que quienes torturamos, y sentí ganas de llorar como las que siento ahora, cuando recuerdo que en mi provincia natal –allí adonde hubiese querido volver con mi mujer y mis tres hijas– un par de muditos, durante mucho tiempo, cada vez que veían un policía en la calle se tomaban de la mano y al unísono repetían:

”–¡Sí, sí; yo fui, yo fui!”.

PRIMER PREMIO

-CHAROL SOBRE VINILO Y TRES TACOS AGUJA-

por Nicolás Blanco Rodríguez

CHAROL SOBRE VINOLO Y TRES TACOS AGUJA

por Nicolás Blanco Rodríguez

“La caricia más hosca”, se le ocurre a Sandra, y en un acto reflejo cruza las piernas sin terminar de acomodarse. Su minifalda acharolada se desplaza de forma lerda sobre la funda vinílica del asiento, obsequiando un chillido espantoso. Encima le toca la peor butaca: al frente, lateral a la máquina de boletos, de espaldas a la puerta de entrada. Excepto el conductor y quien se acomode junto a ella, Sandra se enfrenta al resto de los pasajeros. Tendrá que conformarse, tal vez, con la ventana.

Apenas percibe al tipo corpulento que entra detrás de ella, con el colectivo en marcha. Sandra inclina su tobillo izquierdo y observa el taco aguja despegado. Apenas se distrae con el grandote, aunque terminan intercambiando miradas gruesas. Él pasa, se ubica sobre la tranca para silla de ruedas. Permanece parado, único en el coche. Permanece cerca.

El motor obliga al taco a bailar su hiperkinesis. Sandra toma la punta y la empuja hacia la planta: vuelve a su posición, hasta que deja de mantenerlo. Chista, quitándose el zapato. Descruza las piernas torpemente y deposita el calzado en el piso, cerca del pie, donde sus medias de red comienzan a impregnarse de hollín.

Sandra se incorpora, el charol se retuerce. Estremece. Se obliga a posar la vista al frente con dureza. Nadie la observa. “Huyeron antes que me levantara”, imagina, de cara al pelotón distraído. Sin embargo, prefiere conservar la idea que portuarios y estudiantes de ingeniería nunca quedan con la vista impregnada a ella. Los primeros porque, cuando pueden, compran. Los otros se reprimen, con esa combinación avasallante de corrección, ingenuidad y perversión. “Es de profesión”, especula Sandra. Hasta cierto punto, la actitud de “esos proyectos de ingenieros” la halaga; esconden su cabeza como tortugas, se censuran para ella. Otros días no... se siente despreciada.

En estos instantes, atento a ella, solo el corpulento, escondido detrás de un periódico en edición sexta. Sandra aprendió a no de-

jarse engañar por ojos enterrados en la lectura. Hace repiquetear su talón desnudo para descongestionar los nervios. Se obliga a distraer las ideas con un gordito de pantalón pinzado, mocasines y suéter marca rugby, sentado al fondo. “Químico de acá a la China”, sentencia. Y como casi todas las noches, como casi con cualquier joven a quien inquiera en ese tramo inicial del viaje, Sandra se engaña: “ojalá a Kevin se le dé por la ingeniería”.

El 130 toma la media circunferencia que distancia la Casa Rosada del tránsito. Sandra busca perderse con los diques indiferentes asumiendo la niebla, con la presencia fantasmagórica de la Fragata Libertad, aunque no sepa de cuál navío se trata, o siquiera, si esa noche descansa en puerto, si ancla en Buenos Aires. Examina la agresiva cresta del Puente de la Mujer, que para ella pincha el cielo, las nubes, la bruma, como un taco aguja invulnerable. Se resiste con volver a comprobar su zapato quebrado. Escucha al grandote cambiar una hoja de diario. Entonces, ella acomoda su angustia en Puerto Madero, sus luces expuestas, su mobiliario redundante.

El colectivo carga oficinistas que migran de sus peceras templadas hacia moradas calefaccionadas. Sandra endurece su tristeza, aparca sus ojos, y se retira en las escenografías lindantes. No quiere saber ni quién se le sentó al lado. “El grandote es del Piraña”, intuye, asegura, obsequiándose escalofríos. Evita mover el cuello y que la castigue con la mirada. Sus pensamientos quedan huérfanos, acarreado ansias. El edificio Alas, la Torre Catalinas, el hotel Sheraton, y Sandra se reprocha haberse quedado con Kevin, en la única noche de unas cuantas.

Sus ojos ordinariamente delineados se dan cobija con unos párpados que comienzan a caer. Alcanza a capturar la Torre de los Ingleses, embriagada por una bruma densa, acunada de una atmósfera maligna, antigua, aristocrática. Como todas las noches, asocia esa panorámica con El Diego, el televisor blanco y negro, su viejo... Sandra se estremece, sus piernas se electrizan. Una descarga a la altura de las pantorrillas la despabila. Entonces arrastra su minifalda hasta reacomodarse en el asiento. El roce acalla las voces. Todos la observan, ella se inquieta. Con la cabeza al frente, intenta sostener una guardia que puede desplomarse de un llanto. Asume el escándalo que provoca, evita quebrarse. Consigue hacer huir en reprobación a los últimos entrometidos. Busca al gordito de química, pero bajó, o permanece escondido, camuflado.

Las voces se vuelven a ensalzar de su propia cantinela, ella apenas se serena. Observa al grandote, que parece nunca haber quitado la vista de sus renglones. Por unos segundos, tensa los músculos de las piernas y luego espera alivianarlos. Los entrega al repiqueteo del motor con un suspiro tenso pero profundo, que se contagia, al exhalar, de la misma tendencia vibratoria del vehículo. Observa al viejito en el asiento junto a ella: desahuciado, la vista abierta sin permitirse dejar el piso. Sandra se obliga a la ventana, donde La Torre comienza a cubrirse de otros edificios. Avistado con aquella frecuencia diaria, el monumento despierta su desprecio por el fútbol, por El Diego, por sus goles a los ingleses; el “barrilete cósmico” de las gambetas, la “mano de Dios” y su trampa.

En Retiro sube Jérica. Generalmente, va a trabajar temprano, y Sandra un poco más tarde, para evitarla. Cuando esa voz carrascosa y aflautada pide un boleto de un peso setenta, Sandra fantasea con enquistar la vista en carteles publicitarios, veredas y transeúntes, hasta su llegada. Pero se amonesta: ignorarla es entregarle la iniciativa, el reconocimiento escandaloso, el saludo extraordinario. Además, delataría a los gritos su ausencia anterior, con el tipo del Piraña al lado. Entonces le chista, mientras Jérica recoge el vuelto. Tan aparatosamente su compañera se da vuelta, tan exuberante y desangelada, que Sandra se desgasta entre los fogonazos visuales que asumen y la incomodidad en la que envuelven a su partenaire de butaca. El viejito, sumiso, sordo o respetuoso, soporta permanecer en la línea de fuego por varios semáforos. Jérica se explaya, recuerda no haberla visto ayer. El grandote del Piraña dobla el periódico al medio, y acerca sus ojos a la parte inferior de la contratapa. Sandra se lija las cutículas de los pulgares, le reza a su compañera: “después”. Jérica continúa con su exceso de oratoria; Sandra con sus simulacros de interés; el anciano con la invitación involuntaria. Un triángulo en escena que consigue una caterva de espectadores, hasta que el viejito se decide a bajar en Recoleta; encorvado, sin dejar la especial atención al piso.

Jérica ocupa el otro asiento. Ahuyenta, con su mirada plena de dureza, a todos los indiscretos. Sandra aprovecha para retorcerse sobre la espuma moldeada de la butaca. Comprueba el zapato, que permanece en el lugar, recostado. Ella se acomoda. Siente ofendida la cintura, entumecidas las piernas. El sonido fulero del charol sobre el vinilo ocupa el vehículo por

completo. “¡Escandalosa!”, se divierte Jéscica. Sandra percibe la sangre que comienza a rebalsar los bordes de sus uñas, los pliegues de sus huellas. Se lleva el dedo a la boca, mientras la otra insiste con la ausencia: “¿levantaste un Richard Guiri?... ¡¿eh?! ¡¿Eh?!”. Esa sonrisa, a Sandra, le da náuseas. Espía al grandote, se muerde el pellejito. Jéscica: “¡Da’, contame Mujer Bonita!”. Apenas separa la cutícula de los dientes, apenas mueve los labios, apenas sale su voz: “El Kevin levantó fiebre”. “Uy, pobre crío”, anuncia Jéscica con afecto. “¿Cómo está?”, continúa. “Bien. Bien”, marca Sandra, alejando el dedo de la boca, inclinando su cabeza hacia la oreja de Jéscica, repasando al grandote. “Hay uno del Piraña”. Jéscica se sorprende, se altera. Saca a disputar sus ojos en guardia: “¡¿Cuál?!”. “¡Pará piba!”, ordena Sandra intentando tapar su angustia. Comienza a girar la cabeza marcándole la dirección donde se atranca el grandote, luego termina resguardándose en la ventana. Jéscica lo apunta. El tipo baja el diario, sube la vista, se observan. “No sé quién es...”, dice Jéscica, rotando la cabeza. “Bueno...”, responde Sandra pegada a la ventana. Jéscica: “¿Lo conocé, vo’? ¿Sí? ¿No?”, espera una respuesta que nunca llega: “Ve’, entonces no te persigá, gringa”.

Sandra busca sacarle provecho a la ventana, sospechando de cada esquina, del tránsito porteño y sus ánimos heterogéneos. Encuentra cierto confort con la rodilla izquierda apoyada sobre el mismo lateral del vehículo. La derecha se deja descansar sobre su par, como de costumbre, acompañando con suficiencia. Jéscica no respira entre oraciones, no deja espacio entre las palabras. Sin embargo, al estar paralelas, Sandra no necesita corresponderle todo el tiempo con gestos; basta un monosílabo, tirado de tanto en tanto.

Otro quejido del charol al acomodar el traste saca a Sandra de su divague. No lo escucha solo ella, pero esta vez, el alarde que inunda el colectivo lo diluye bastante. La Facultad de Derecho terminó por abarrotar el transporte de gente. Incluso la cháchara de Jéscica permanece nivelada.

Sintiéndose vigilada, Sandra busca a los prototipos de ingenieros. Ahora son una minoría obligada a sumergirse en un acústico refugio tonal calculado con menudencia o exactitud algebraica. Es que, tan locuaces, displicentes e indiscretos, los abogados germinando avasallan.

Sandra se acomoda, esta vez cuidando las formas. “Perdía esa batalla y perdía la guerra”, piensa, mientras los márgenes permitidos de Barrio Parque la encuentran siendo arremetida como ejemplo. Un estudiante de leyes carcajea de frente. Jélica le grita, le hace un gesto guarango, lo pone en evidencia. Sandra se hunde en sus ánimos, y el tipo del Piraña comienza a observarla.

En la explanada del Museo de Arte Latinoamericano, un semáforo gigante satura en verde y amarillo, hasta promover el parpadeo de un sol rojo en lo más alto. “Ojalá que el Kevin sea abogado”, se acaricia la mente de Sandra. Y por ahí se queda un momento largo, sin avanzar, sin registrar, mientras el 130 toma un impulso extendido, lánguido.

El motor en velocidad parece estimular la verborragia de Jélica, las charlas acumuladas de los pasajeros, la densa atención del grandote. Sandra pisa el zapato antes que se pierda por el pasillo. Empuña el parante, aprieta los dientes. Siente la ligereza del tránsito en el aparato digestivo; asume la intranquilidad general acalambrarse en ella. Y, repentinamente, Jélica la empuja con violencia, la comprime contra el ventanal con su cuerpo rudo, con su hombro izquierdo. El interior completo del colectivo se inclina en favor del Monumento a Urquiza. Los segundos de silencio se prolongan un instante después del sacudón que estabiliza la marcha. Un instante, que se remuerde ante el sonido fiero, friccionado, rígido, del charol contra el vinilo. Las miradas se despiertan sobre Sandra. Los minutos previos a destino, se acompañan de voces en secreto.

Jélica la antecede, se levanta. Sandra deja clamar su minifalda por última vez. Con los pasajeros acompañándola desde sus asientos, desde sus miradas, toma a la pasada el zapato. Camina renga, mientras el resto de la gente la permanece atenta. El grandote las aguarda en la puerta de bajada. Hasta que Jélica no deja de estrangular el timbre, el murmullo no agiliza. El colectivo desacelera, Sandra se esfuerza por mantener una postura firme mientras su talón derecho flamea. Le propone a su mirada quedarse con las bochornosas luces púrpuras y turquesas; neón, que moldea un armazón de circunferencia extraterrestre. La misma extravagancia edilicia que, durante su infancia, simulaba un micrófono gigante, enterrado. Un planetario sin astros; un platillo volador sin despegar. Durante el día, parece continuar aparentando aquel micrófono enterrado.

Cuando Sandra deja el último escalón de bajada, entierra el taco aguja, seguido por la planta del otro pie, que, maquillada de hollín, se regala al pasto. Se tambalea, pero el grandote llega a sostenerla antes que el talón derecho ceda. El 130 continúa su tránsito a Boulogne (por Panamericana). Sandra aprovecha la firmeza del tipo, se quita el otro zapato, mientras observa la solemnidad de ese rostro teñido por el turquesa neón del Planetario.

Descalza, se acerca a Jérica. Apenas se miran. Cruzan la avenida resignando, por esos últimos pasos, la elegancia. El paisajismo obvio de El Rosedal hunde en su arboleda al grandote. Ellas lo siguen, hasta encandilarse con las ópticas de posición en pleno avance. Sandra comienza a ofrecerse ante cada capot. La minifalda acharolada no debiera ser lo único que brille, esta noche, en Sandra.

SEGUNDO PREMIO

-NUNCA MÁS OIRÁS CANTAR A LAS RATAS-

por Gonzalo Javier Martínez Methol

NUNCA MÁS OIRÁS CANTAR A LAS RATAS

por Gonzalo Javier Martínez Methol

Mamá me regaló un diccionario Espasa-Calpe. Pesa como cuarenta kilos. Dice que si no entiendo algo lo tengo que buscar ahí. Cuando se enojó el abuelo, ella me explicó que el asunto era el valor sentimental, pero eso no aparecía en el Espasa-Calpe, así que le terminé preguntando a ella. Me dijo que la gente grande le toma cariño a cosas que ya no usan y que no valen plata, pero sí valen por los recuerdos. Eso se llama *valor sentimental*.

La colección de autitos que yo tengo, por ejemplo, tiene valor sentimental. Los guardo debajo de la cama. A veces saco la caja y los miro. Los doy vuelta y les hago girar las rueditas, y me gusta tenerlos en la mano y mirarlos. Joaquín se enoja porque no se los dejo usar. Joaquín tiene diez años. Yo tengo dos años y cuatro meses más que él. Joaquín es mi hermano.

Con Joaquín nos gustaba revisar las estanterías del garaje del abuelo. Antes de que se enojara, por lo menos. Pasa que era lo único divertido para hacer en lo del abuelo. Antes estaba la abuela, que nos contaba cosas de mamá cuando era chica y con Joaquín nos moríamos de risa. Nos contaba, por ejemplo, que mamá se peleaba con los varones en la escuela. El abuelo había querido tener un hijo varón. Le decía a mamá que se tenía que defender cuando la molestaban y le enseñaba dónde les tenía que pegar a los varones. El abuelo sabe porque le enseñaron en el trabajo de él. Sabe hacerle cosas al otro para que haga o diga lo que uno quiere. Esto me lo explicó él. Pero mamá no lo dejó que me enseñara.

Desde que la abuela se murió, el abuelo come latas de atún y ordena el garaje. Mamá va los domingos a la casa a limpiar. Le lleva comida en táperes. Toman mate y hablan. A veces se pelean, porque mamá votó a la presidenta Cristina Kirchner y el abuelo dice que la presidenta es una yegua.

Una vez en el garaje encontramos un Winchester tipo los

que usan los cowboys, pero de verdad. Con balas y todo. Otra vuelta encontramos un álbum de fotos del casamiento del abuelo y la abuela. La abuela tenía uno de esos peinados altos que se usaban, como un casco duro que no se le movía. El abuelo estaba parecido a como es ahora que es viejo. El pelo bien peinado para atrás. Fuerte, alto, rubio. Parecía uno de esos actores a los que nunca matan en las películas.

Es bueno, el abuelo. En navidad nos hace los mejores regalos. A veces vamos a jugar al fútbol a parque Saavedra: él siempre va al arco y se deja meter goles. Si se enojó ese día debe haber sido por el asunto del valor sentimental. Como dice mamá: la gente grande a veces es *susceptible* (según el Espasa-Calpe, que se ofende fácil: quisquillosa, picajosa, suspicaz, delicada), sobre todo cuando algo *amenaza* (pone en riesgo: desafía, reta, intimida, provoca, amonesta, conmina) lo más *íntimo* (perteneciente o relativo a la intimidad: zona espiritual íntima y reservada de una persona o de un grupo, especialmente de una familia), lo que entra en la *esfera* (ámbito, espacio al que alcanza la influencia, la acción de algo o alguien) del *secreto* (lo que cuidadosamente se tiene reservado u oculto).

Cuando se enojó el abuelo fue así: un domingo estábamos ahí en el garaje del abuelo con Joaquín, habíamos encontrado una caja rara que no sabíamos para qué servía. Estábamos por abrir la caja para ver que tenía adentro. En eso apareció el abuelo, de la nada apareció, como un gato negro y viejo. Nos pegó un grito, cortito el grito, con una voz que no le conocíamos. Tenía los ojos duros, el abuelo, duros y sin brillo, como la plastilina seca. Se dio cuenta de la cara de susto que teníamos mi hermano y yo y ahí como que se le aflojó la cara. Eso me dio un poco de confianza y de tarado que soy le pregunté qué era esa caja rara. Para qué servía el tubito de metal terminado en punta, con mango aislante, conectado a la caja por un cable. Le pregunté si era algo eléctrico, una batería o algo así, para cuando se cortaba la luz. El abuelo se quedó callado. Devolvió la caja rara al estante más alto. Después dijo: *es para hacer cantar a las ratas*. Bajito, como para adentro, lo dijo. Joaquín se debe haber acordado del flautista de Hamelin, le pidió que nos mostrara cómo hacía cantar a las ratas. El abuelo nos dijo que ya no se dedicaba a eso porque estaba jubilado, y que si nos encontraba de nuevo en el garaje nos rompía el culo a patadas.

Joaquín quedó medio enojado con él desde ese día. Yo traté de explicarle lo que me dijo mamá del valor sentimental, pero él no entiende nada porque todavía es chico y tiene diez años.

MENCIONES

-Enterrados-

Mónica Susana Scheinsohn

-Gallinas-

María Alejandra Rogante

-Perfiera Humana-

Elida Cantarella

-Un tal Cuevas-

Jorge Cadús

-Evasión -

Ariel Alberto Díaz

-El partido-

Saúl Alberto Kohan Boc

-El Hexaedro-

Gustavo Oscar Costanzo

-8 minutos y 17 segundos-

Guido Croxatto

-Marcas-

Ignacio Alonso

-Vade in Pace-

Hernán De Llano

-Cicatrices-

Claudio Damián Colfer

-Superhéroe-

Montserrat Mercedes Solís Carnicer

-El Punto Ciego-

Sabrina Ayelén Cartabia

-Momentos de amor en el parque-

Oswaldo Ernesto Mongelli

-El Pichi-

Horacio José Godoy

-Historia en dos segundos-

V. Héctor Alfredo Bucossi

-El toro de falaris-

Lautaro Gómez López

-Abismos-

Darío Raúl Melano

ENTERRADOS

por Mónica Susana Scheinsohn

Soy fueguino. Papá era contador en un frigorífico, mamá ama de casa pero allá, un poco por aburrimiento, otro poco por vocación se volvió antropóloga autodidacta. Solo quedaban tres onas, habían sobrevivido al genocidio desatado por los estancieros dueños de las ovejas y sus cazadores de indios a sueldo, que juntaban las orejas cortadas como factura al cobro. Familias enteras fueron salvajemente fusiladas en el Cabo Domingo. La matanza dejó 400 cadáveres esparcidos e insepultos. Todavía había huesos, yo vi unos cuantos.

Mamá me leía todas las noches en el libro azul la historia de los guanacos blancos y los onas: “el ona armado de arco y flecha, espera, a veces días enteros, oculto tras una mata, el paso del guanaco, que pertenece a toda la tribu. De repente, ante su vista estupefacta, un espectáculo inesperado: hombres de raza desconocida, ponen en sus propios terrenos de caza, de una sola vez, cinco mil ovejas, guanacos blancos, mansos, gordos (...) De un lado dos mil indios sin comida, del otro cinco mil ovejas y sólo tres hombres. Consultan a los más ancianos ¿Cómo tres o cuatro hombres extraños han de comer ellos solos cinco mil guanacos blancos? ¡Esto es imposible! ¡Son para nosotros! exclaman. Con gritos de júbilo se lanzan sobre las ovejas (...) Pero una tremenda y aterradora detonación llena el aire, interrumpe el festín. Aquí y allá cae mortalmente herido un hijo, un hermano. ‘¡Piedad!’ gritan los indios, ‘no pensábamos ofenderlos’. Gritan en vano. Acuden a sus arcos, agotan sus flechas pero los proyectiles de plomo son interminables, matan desde lejos (...) Comprenden que la aparición del guanaco blanco en sus dominios es parte de una lucha cruel, una lucha de exterminio...”¹.

Tenía cinco años cuando nos vinimos a Buenos Aires. Pero no me olvidé de la historia de los onas y los guanacos blancos

1 Boleslao Lewin. *Popper, un conquistador patagónico*. Ed. Candelabro. 1967.

y del viento que no paraba jamás. Siempre el silbido constante del viento. Recién acá me di cuenta de que nunca había escuchado el silencio. Me faltaba el viento.

Uno de los primeros viajes que hicimos en Buenos Aires fue a Tandil. Yo tenía unos siete años. Visitamos una escuela tambo. Los alumnos hacían quesos, salamines, dulce de leche, ordeñaban vacas, criaban chanchos y ovejas. Yo respiraba ese olorcito a tierra, a campo. En el fondo se veían las sierras, me sentía muy, muy bien. Con los años supe que lo que sentía era paz.

Yo quería tener una oveja. Me gustaba mucho la foto de unas vacaciones en Maimará, en la que estaba con un corderito en brazos. Me lo había prestado un chico coya más o menos de mi edad. Andábamos por los diez años. Esa fue la primera vez que vi en un ser humano mirada de corderito.

Me dicen Ruso, así me llamaron toda la vida. En Malvinas a mí y al correntino, los muchachos nos llamaban Oveja, por los rulitos. Para el subteniente Espejo éramos: indio bruto y judío de mierda. Espejo era un gigantón con la espalda dura como una tabla, pecho sobresaliente, pelo engominado, vozarrón marcial.

De la guerra me traje la humillación de la tortura, el sonido del viento recuperado y un hermano correntino. Teníamos la misma pelambre en la cabeza: él, negro y yo, igual pero rubio. Le decíamos Itatí, clase 63, igual que yo, clase 63, todos éramos de la 63. Entramos en marzo, tuvimos un mes de instrucción y una charla de veinte minutos en el avión que nos llevó a Puerto Belgrano.

El Itatí tenía de indio lo mismo que yo de judío: un poco. Un tatarabuelo mariscador en los Esteros del Iberá por el lado materno y el instinto para gritar un sapucaí. El padre, hijo de chaqueño y gringa, era uno de los acopiadores más poderosos del Litoral. Exportaba cueros a los tanos y a los yanquis, y los traía a cazar a cotos exclusivos que tenían pistas privadas de aterrizaje. Él era el único de nosotros que había usado armas y tenía experiencia, el único que había viajado en avión y que sabía hablar en inglés.

Yo soy judío. Apenas judío, porque el judaísmo lo transmite la madre, y la mía vino al mundo argentina, republicana y católica resentida con la curia, en el barco Tucumán, mientras las tropas franquistas entraban triunfantes a Madrid y mi abuela lloraba, no por el dolor del parto sino por el dolor de la derrota y el exilio.

Mi viejo sí, nació en una colonia judía, pero nunca fue religioso. Sus abuelos vinieron de Rusia, calentaban el agua para el mate en un samovar, hablaban idish con sus hijos, todos entre-rrianos, pero les decían en perfecto castellano “que nunca nos falte el pan y el mate”, y mi abuela lo repetía feliz.

Una vez, en Malvinas, hambriento, creí ver a mi abuela, una nenita, sentada en el regazo de su madre tomando mate, comiendo un pan, en los campos de Villaguay. Y supe que también para mí la felicidad era un pan y un mate. Mientras el subteniente gritaba “soy Dios”, y nos apuntaba con su máuser de mira telescópica “¡los voy a matar a todos!”, vociferaba, ufanándose de haber volteado a montones de judíos y de subversivos, “que son la misma mierda, igual que los ingleses”. Entonces, aplastaba su cara contra la mía y ordenaba “Tírese al pozo” —un pozo de barro y agua semi congelada— “No sea cagón, judío, sea hombre” y mientras obedecía me meaba de vergüenza y humillación y sentía aterrado mi propia mirada de cordero.

Hasta que un día, no sé cómo, medio temblando le dije: “Yo soy argentino, igual que Usted, mí subteniente”. Se hizo un silencio eterno, me clavó sus ojos punzantes como facas “vos no sos igual a mi pendejo, yo te voy a enseñar a no contestarle a un superior. Si te digo que sos un judío de mierda, sos un judío de mierda, si yo te digo que sos un inglés miserable, sos un inglés miserable ¿entendido?”. Y en vez de callarme, de boludo le dije, “no mi subteniente”. Ahí nomás me dio una patada en las costillas que me tiró al piso y empezó a patearme con los borceguíes y a darme culatazos en la cara, en la espalda, en la cabeza, hasta que me desmayé.

Me dejó tirado. Se fue y les prohibió a todos que se acercaran. Pero el correntino, que ya le había perdido todo respeto y tenía unos huevos grandes como pelotas de fútbol, me socorrió como pudo. Al principio no entendía nada, después, de a poco, empecé a reaccionar.

Cuando Espejo se dio cuenta, se puso loco de nuevo. “Soldado lo voy a castigar por desobedecer órdenes de su superior y prestar ayuda a un judío enemigo de la Patria. Lo voy a enterrar de pie, solo le va a quedar la cabeza afuera de la tierra”. No se podía creer, era como una película de terror. El correntino se le animó: “el Rusito no es un enemigo, es un soldado nuestro mi subteniente, los enemigos no somos nosotros”, y ahí nomás

de la impotencia, de la injusticia, se puso a putear en guaraní. “¡Hablá en argentino, indio bruto y empezá a cavarte la fosa! Vos también me resultaste un elemento foráneo, ¡el enemigo está en todas partes!”.

Ordenó que cavara sólo el Itatí. En Malvinas la tierra tiene turba, a 20 centímetros hay arcilla, brota humedad y agua permanentemente. Para dormir hay que hacer pozos, por eso cuando aparece el agua, mudarse a otro nuevo, y así. ¡Y ese pozo costó tanto! Cuando estuvo listo el subteniente le dijo: “Métase adentro y entiérrese”, el Itatí desde adentro tuvo que levantar los brazos y rellenar el pozo arrastrando barro de las orillas con las manos. El tramo final lo llenó el mismo Espejo. Después, rodilla en tierra, le levantó la cara a la altura de la suya, tirándolo de los pelos, para mostrarle satisfecho una sonrisa ancha como el mar que separa al continente de las Islas y lo dejó ahí, en ese fango helado y aguachento metido hasta el cuello, con diez grados bajo cero, mientras todos moríamos lentamente de lo mismo, enterrados vivos con él. Y todavía no habían ni desembarcado los ingleses.

Cuando lo desenterramos, tenía la piel toda desgarrada por el frío. El subteniente lo obligó a quedarse mojado con la ropa congelada, “para que aprenda a respetar” dijo. Él dormía en camilla bajo chapa y comía en casas ocupadas, mientras nos dejaba muriendo de hambre en pozos inundados.

Lo único que queríamos era que llegaran los ingleses y que se terminara todo de una vez. Al final, llegaron, con el ejército más poderoso de la Tierra y con sus gurkas cortadores de orejas. Y nosotros quedamos abandonados.

El Itatí no caminaba, tenía los pies hinchadísimos, de la infección y el congelamiento. Fui a buscar comida y ayuda. Empecé a caminar hacia el pueblo y después de tantos días sin nada, aparece una majadita de ovejas atrás de unos alambrados. Soy un ona hambriento, veo guanacos blancos y gordos ¡Son para nosotros! Apenas podía controlar la respiración. Me acerqué despacito, son tan mansas, incluso en la guerra, en medio de un campo minado, saltan por el aire, y mientras se retuercen de sorpresa y dolor, van como pidiendo perdón antes de reventar para todos lados. Los últimos metros corrí y atrapé una, la degollé. Fue todo muy rápido, muy fácil. Cuando se desangraba junté la sangre calentita en mi casco y la tomé. Después, así en

crudo, me comí el corazón... ¡me comí el corazón de una oveja! Las paletas las enganché de los tendones, me las colgué y volví sin ayuda pero con comida para mis compañeros.

Me juré: “si me salvo, voy a decir lo que paso acá”. Me salvé.

Teníamos una radio chiquita, agarrábamos bien radio Colonia. Así supimos que nos estaban haciendo pelota, que los ingleses habían tomado las Islas y se libraban combates en todos lados. Nuestro Subteniente brillaba por su ausencia. Íbamos a los lugares que los radio operadores nos decían que teníamos que cubrir, sin superior a cargo, y arrastrando al Itatí.

A Espejo lo encontramos en el pueblo cuando entregamos las armas. El desgaciado aparece como si nada diciendo “Mis soldados, los perdí”.

Ese día, mientras los ingleses izaban la bandera pirata y arriaban la celeste y blanca, lloré como la abuela en el barco Tucumán: por el dolor de la derrota y el exilio.

El Itatí fue a parar al hospital militar de Puerto Belgrano. Las enfermeras le lavaban los pies cuatro veces al día, lo agarraban entre tres y le pasaban un cepillo y desinfectante para evitar que se engangrenara. El dolor era insoportable. Estuvo años haciendo rehabilitación y nunca volvió a caminar bien.

Los demás fuimos a unos galpones enormes. Cuando abrimos las puertas, no lo podíamos creer. Se nos vinieron encima cajas y cajas de comida, había latas de carne, frascos de dulce, petaquitas de whisky, cigarrillos. Nos mirábamos y nos reíamos, no parábamos de reírnos. Era tan absurdo. Así estuvimos tres días, comiendo, fumando y riéndonos con los ojos vidriosos, sin decir nada.

Llegamos a Madryn el 20 de Junio de 1982. Nos trasladaron de noche, escondidos y nos tuvieron una semana incomunicados en Campo de Mayo. Después nos dieron una planilla donde si uno había sufrido algo que quería contar podía hacerlo. Yo pedí dos hojas y puse todo: los maltratos, la tortura, el hambre que pasábamos, y lo del enterramiento del Itatí, como si me hubiera pasado a mí. Puse que el Subteniente me había enterrado. Las entregué y me las rompieron en la cara. Me dieron otra y la dejé en blanco, ya no me animé. Todo el tiempo nos llenaron la cabeza con que no teníamos que contar nada de lo malo que habíamos vivido y después nos hicieron firmar un pacto de silencio. Fue la condición para que nos den la baja.

El Itatí no se quería ir de baja porque estaba obsesionado con volver a su pago caminando como antes de la guerra. No quedó bien. El padre se fue muriendo de tristeza, tratando de convencer a su único hijo de viajar a los Estados Unidos para hacer un tratamiento. Pasaban los años y el correntino entraba y salía del hospital.

En el verano del 95, me llamó, me contó que tenía el alta: “de la cabeza y de los pies”. Me pidió que viajara, yo había viajado otras veces. Se lo veía bien, tranquilo, sin medicación, hasta caminaba mucho mejor. Fuimos a pescar, estuvimos mucho tiempo en silencio hasta que me dice: “¿Te acordás Rusito? Teníamos menos de veinte años y apenas treinta días de instrucción militar y fuimos a la guerra. Los ingleses no podían creer que no cobrábamos sueldo, que no fuéramos profesionales. No podían creer que estuviésemos en la primera línea de combate, solos, sin oficial a cargo, el subteniente borrado. “Voy a denunciarlo. ¡Vamos a denunciarlo juntos!”.

Le iniciamos un juicio por torturas. Habían pasado más de diez años, y lo veo a Espejo. Ya no estoy en el ejército, ni soy un soldado cagón, ni un judío de mierda, pero lo veo. La espalda dura, el pelo engominado, el uniforme impecable, el vozarrón marcial, como si el tiempo se hubiera detenido. Y una vez más, como entonces, como en Malvinas, mientras se me aflojan las piernas, me falta el aire, lentamente me quemo con mi propio orín.

El juicio lo perdimos. Los testimonios solos, no son prueba suficiente. El Itatí volvió a arrastrar los pies casi hasta la parálisis, a tomar cantidades de pastillas que le dejaban un hilo de baba en la boca pastosa y un temblequeo permanente en las manos. Una mañana cualquiera, abrió con dificultad el ventanal del sexto piso del hospital y voló por el aire, como una oveja cuando pisa una mina, como pidiendo perdón, antes de reventar para todos lados.

Antes y después del juicio yo denunciaba, en sueños, el pacto de silencio. Denunciaba que habían roto las planillas en las que describía el maltrato, las torturas, el enterramiento. Pero cuando abría la boca nadie me entendía porque balaba, a veces me despertaban mis propios balidos, algunos desgarradores.

Se me aparecía el Subteniente, leía las planillas, se las mostraba al oficial que me las rompió en la cara y le decía “El soldado, es un judío mentiroso. No se lo enterró. ¿Sabe lo que les

hacemos a los mentirosos?”, y señalaba al Itatí enterrado. Yo también estaba enterrado pero no me veían, tenía este cuerpo pero era una oveja muda que no podía ni siquiera balar frente al Subteniente. Me despertaba transpirado, con una opresión en el pecho que me duraba días.

En algún sueño estuve contento, cumplía 19 años y mis compañeros me lo festejaban. Robábamos un corderito y cuando le íbamos a clavar el cuchillo se transformaba en el Subteniente y quedábamos paralizados. Cuando despertaba, la culpa no me dejaba en paz, la culpa de no poder denunciar.

“No leas el ‘Nunca Más’”, me dijeron, “con todo lo que viste allá”. No pasé del Capítulo I: “La acción represiva. Torturas”. Supe por primera vez que lo mismo que nos hicieron en las Islas, lo hicieron en el Continente. Una chica santiagueña, de Frias, denunció los enterramientos: los hacían cavar fosos a los detenidos y los enterraban desnudos hasta el cuello, sin comida y sin agua, a merced de los bichos, bajo el rayo del sol durante cuatro o cinco días, y de ahí los llevaban a la sala de torturas. Como ella, yo quería denunciar las vejaciones, nuestro entierro: lo intenté pero empecé a recibir amenazas. Me acusaban de favorecer los intereses de los ingleses, de desmalvinizar a la gente y me asusté. Después pasó lo del Itatí y yo me callé. No tenía como probarlo, ni a quién recurrir.

Hasta que un día en Tandil, a veinticinco años de la guerra, en los Juegos Olímpicos para Veteranos, entré a la cantina del regimiento y el Subteniente, estaba ahí: exultante, desparramado en una silla pero sin perder la rigidez de la espalda, el pelo engominado, el vozarrón marcial: “¡Miren quien entra!”, grita. Ruidos de cuerpos que giran, ojos que me apuntan, y la detonación sarcástica “¡El Rusito! ¡Pensar que no me perdona que lo enterré en Malvinas!”.

Los mismos ojos que me apuntaban, eran también orejas atentas: “...lo enterré...” Las palabras pesan como un plomo. Cesan las risotadas. Los vasos dejan de chocar, las gargantas de tragar. Silencio. ¡Todos escucharon!

¡Fue tan rápido! Dicen que antes de morir se ve toda la vida en un segundo. Yo vi una parte de mi vida: el pozo helado y aguachento, y a ese hombre, que creía que me había enterrado.

La santiagueña, el Itatí, yo... ¡fuimos tantos, que le daba lo mismo!

Tranquilo, por primera vez con suficiente aire en los pulmones, la entrepierna seca, sin levantar la voz, pero firme, dije para que todos oigan: “Ni olvido, ni perdón. Los delitos de Lesa Humanidad no prescriben”.

Salí. Respiré hondo ese olorcito a tierra, a campo... es el Tandil de mis siete años, en el fondo se ven las sierras, me siento en paz.

Malvina Soledad Itatí es hermosa. A los cinco añitos la abuela le leía la historia de los onas y los guanacos blancos en el viejo libro azul, “¡pobrecitos los indios que pasan tanto hambre habiendo tantas ovejas!”, decía con los ojos llorosos.

“¡Pobrecitos los soldados que pasaron tanto hambre habiendo tanta comida en los galpones sin repartir!” dijo no muchos años después, siempre con los ojos llorosos.

En el libro que ella está escribiendo y que algún día yo leeré a mis nietos, de un lado están los indios hambrientos y sus familias, en la más absoluta pobreza y del otro los empresarios, dueños de las grandes plantaciones de soja, desmontando hasta donde alcanza la vista.

Ella marcha hacia Plaza de Mayo, acompañando a los Qom que reclaman por el derecho a su territorio ancestral. Lleva pan, mate y un termo, que bien podría ser el samovar de la bisabuela, tan parecidas con su rubia melena de rulos como de oveja.

Malvina Soledad Itatí ya no llora por los que tienen hambre, por los torturados, por los genocidios. Denuncia, con toda la fuerza y la esperanza de sus dieciocho años. No está sola, y además está enamorada, él es tan joven como ella, como yo cuando fui a Malvinas. Es de Maimará. Se los ve felices. De pronto pienso que podría ser el hijo de aquel chico coya, más o menos de mi edad, que me prestó su corderito para esa foto que me gusta tanto.

GALLINAS

por María Alejandra Rogante

A Gustavo

Volví a ver al pibe la noche en que el Flaco Spinetta tocó por primera y última vez en Vélez. Era diciembre y a la ciudad le sentaba bien el aire nocturno. O quizá ésa era mi sensación, un sosiego que por momentos se alternaba con la expectativa de lo que vendría. Yo iba solo, Carmen no había querido acompañarme. No le gustaba tener que dejar a los chicos con una niñera. No me molestaba ir solo, es más, recuerdo haber disfrutado del trayecto en auto: primero la General Paz, después la 25 de Mayo, y a medida que me acercaba, la luz casi irreal que proyectaban los reflectores del estadio a esa altura inhumana que da la autopista. Tuve que hacer un esfuerzo para concentrarme en la salida y no seguir de largo.

Era temprano para entrar y tenía hambre. A pocos metros de la puerta para la platea, había un carrito de venta de hamburguesas. Caseras, decía el cartel sobre la chapa del carro, y alrededor del “caseras” se veía fileteada una cinta celeste y blanca que remataba en una escarapela con moño. El vendedor era alto y corpulento, con varios kilos de más. Llevaba puesta una remera con la cara del Indio Solari que le quedaba un poco apretada. Le calculé la edad: tendría cuarenta y pico, como yo. Era morocho y las canas le habían teñido las sienes. Entre vuelta y vuelta de las hamburguesas, el tipo miraba para atrás, le decía algo a una chica que vendía pósters, y se reía. Al mismo tiempo se las arreglaba para cobrar, preguntar ketchup o mayonesa, y ofrecer esas servilletas resbalosas que no sirven para nada pero que dan un poco de nostalgia y uno agarra de a montones.

Mientras me acercaba, noté cierta extrañeza en la mirada del vendedor, como si cada tanto los ojos se le perdieran en algún punto lejano. Cuando estuve frente a él, lo miré a la cara y me di cuenta de que tenía un ojo de vidrio. Entonces, un re-

cuerdo mordaz, un pedazo de memoria, me clavó sus pinzas de cangrejo en la boca del estómago. El vendedor era el pibe.

La semana que siguió a esa plaza desbordante, ciega de euforia, que Galtieri no había imaginado ni en el más etílico de sus sueños, los oficiales y suboficiales en Campo de Mayo sacaron a relucir un patriotismo exacerbado e histérico, mientras que en silencio el pánico echaba raíces y empezaba a crecer como un cáncer. Yo era conscripto y nos habían mandado ahí a hacer la instrucción. Ese día, el del tan festejado desembarco en Malvinas, sentí el mismo miedo que me acosaba de chico en mis pesadillas. Para ahuyentarlo, empecé a usar el mismo recurso de aquel entonces: el absurdo. Imaginaba que el regimiento era un gran gallinero, con cluecas y batarazas sacudiendo las plumas, dando picotazos y peleándose por cacarear más fuerte. Entonces, agachaba la cabeza y me reía por lo bajo, y así el miedo se replegaba, aunque más no fuera por un momento.

Con el paso de los días, la instrucción empezó a ponerse más brava. Nos levantaban a las dos, tres de la mañana, y nos sacaban a correr hasta que amaneciera. Ya era mayo y el aire, una masa compacta y helada, no se dejaba respirar. La humedad clavaba su navaja hasta en los huesos. Vamos, vamos, que prontito se van de excursión, retumbaba en los oídos la sorna de Palacio, un suboficial petiso que usaba el bigote bien finito. Era jodido Palacio. Había que cuidarse de él porque se le notaba una rabia de matón de poca monta, se le notaba en la voz, en la forma de caminar y pararse. Y uno nunca sabía cuándo podía explotar. Cuando era él quien nos mandaba a correr, o saltar, o hacer cualquiera de esas maniobras (algunas impensables hoy) que llamaban instrucción, siempre había consecuencias. O colaterales, así decía Palacio. Por ejemplo, cuando algún conscripto no llegaba al desayuno porque iba directo a la enfermería vomitando bilis del agotamiento y el hambre, o temblando con una fiebre que le volaba la cabeza, eso era un colateral.

Después de que empezó la guerra, vinieron las familias a visitarnos. Fue extraño porque no nos habían avisado. De pronto, vimos llegar a madres, hermanas, novias, todas con algún paquete de comida. Padres había menos, siempre me pregunté por qué. El mío no había ido. En ese momento pensé que yo no le importaba o que estaba muy ocupado para ir a visitarme. Ahora entiendo, quizá todo eso era demasiado para mi viejo,

un polaco cabeza dura que a veces me aburría con sus cuentos de cuando chico en el campo. Ahora lo entiendo, aunque tantas veces, ya no sé cuántas, me he preguntado cómo fue que me dejó ahí, cómo fue que dejaron ir a tantos, cuánto poder tenían los milicos. Me lo pregunto y confieso que tengo que hacer un esfuerzo para mantener a raya el reproche.

Una noche Palacio nos mandó a todos a los baños. Éramos cuarenta o cincuenta. Primero nos hizo descalzar, para que sintiéramos el frío que iban a sentir los ingleses que no tenían ni botas, nos dijo, y después nos hizo desvestir. El piso del baño estaba todo mojado, parecía que alguien había dejado abierta alguna canilla. Pero está limpio, me consolé pensando. Palacio hizo cerrar las ventanas que bordeaban la parte alta de la pared donde estaban las bachas. Se paró en la puerta y desde ahí empezó a bailarnos. Dijo que hasta que los vidrios no quedaran totalmente empañados, no nos largaba. Así, desnudos, nos pusimos a correr tratando de no tocarnos.

Alguno cada tanto tambaleaba, no era fácil moverse con el piso mojado. Cerca mío había un pibe grandote (me llevaba una cabeza), morocho, con cara de bonachón. No parecía ágil y al respirar se le escuchaba un silbido. Me acuerdo que pensé en un fuelle pinchado. Los minutos pasaban y Palacio no daba tregua. El pibe grandote tenía cada vez más dificultad para respirar. Sargento, alcanzó a decir, y cayó al piso boca abajo. Desde la puerta Palacio empezó a insultarlo, y cuando vio que el pibe no se levantaba, se acercó y le pateó una pierna. “Vamos, levántate mariquita”, le gritaba. “A ver vos, rubia”, me dijo a mí, “ayudá a tu noviecito”. Le puse una mano al pibe debajo de un hombro y lo sacudí un poco. Uno que estaba cerca quiso ayudar, pero Palacio le gritó que se quedara en el molde. No sé de dónde saqué yo fuerzas ni de dónde las sacó el pibe, pero a los dos minutos estaba de nuevo en pie. El silbido se había hecho más agudo. Palacio volvió a gritar orden tras orden como enloquecido. No toleraba la debilidad.

Estábamos corriendo. No habían pasado muchos minutos cuando el pibe empezó a tambalear de nuevo. Palacio se le puso a correr al lado, gritándole que el ejército no quería nenas, que la patria era como una hembra sedienta de victoria y que necesitaba hombres, y le gritaba y le pegaba detrás de la cabeza, hasta que el pibe se resbaló y cayó sobre una de las bachas, y

después al piso, como un peso muerto, boca abajo. Yo me agaché a ayudarlo, pero fue más un acto instintivo que de solidaridad. Palacio seguía con sus gritos y mientras, yo quería levantar al pibe, pero no podía, y de pronto vi sangre y me acerqué para hablarle al oído, y vi más sangre, y el pibe no se movía. Furioso, enceguecido por su propia ira, Palacio volvió a cargar a las patadas, esta vez contra los dos. Sentí un dolor punzante en las costillas y de pronto a mí también me costaba respirar. Un fuelle pinchado, pensé, y lo poco que me quedaba de fuerzas se esfumó en el aire húmedo del baño.

Tirado en el piso oí a la distancia más gritos, pero eran de otras voces, y después unas manos me agarraron y me cargaron. Yo arrastraba los pies, al lado vi al pibe que lo llevaban entre dos. Estaba consciente porque se apretaba un ojo con la mano, tenía la cara llena de sangre. Y alrededor todos seguían desnudos, algunos temblaban, me pareció.

Me desperté en la cama de la enfermería. Sentía una brasa en las costillas. Me toqué donde me dolía y noté una venda. Pero fue como si mi mente descartara de inmediato ese dato, ese hecho que la realidad le ofrecía, y giré la cabeza para mirar por una ventana que tenía a la derecha. La helada había teñido de blanco el campo y el cielo ya mostraba el color ceniza de un día que venía sin sol. Cerré los ojos y tuve la sensación de estar tocando con la mano un charco de sangre tibia sobre el piso frío del baño. Me acordé del pibe. No tenía idea de adónde lo habían llevado. La cama al lado de la mía estaba vacía, y esas dos eran las únicas que había en la enfermería. Al rato empecé a oír voces y movimientos. Llegaban y se iban camiones. Traté de volver a dormirme, pero no pude.

Afuera estaba más claro cuando entró un conscripto y me dijo que ya podía levantarme para ir a desayunar. Lo miré desconfiado y enseguida agregó que era el asistente del enfermero. Sin volver a hablar, me ayudó a incorporarme y después a ponerme la chaqueta y las botas. Me costaba calzarme porque tenía un tobillo hinchado como una berenjena. Recién cuando moví el pie, sentí el dolor. Seguro que es un esguince, pensé. Lo que todavía hoy me sorprende es que en ningún momento me pregunté el porqué de esas costillas que ardían. “Tenés suerte vos”, me espetó el aspirante a enfermero. “Los aviones están saliendo hoy y mañana, pero vos tenés para unos días más acá.”

Debo de haberlo mirado con cara de bobo, o de lerdito, porque me aclaró, como cuando se le explica con impaciencia a alguien que se niega a entender: “Dieron la orden de cargar soldados acá para las islas. Pero vos por ahora te quedás. Con esas costillas rotas no podés ir a ningún lado”.

El 14 de junio Menéndez firmó la rendición y el velo de la muerte nos cubrió a todos. Yo terminé la colimba al año siguiente, después de brindarle mis servicios a la patria vigilando la despensa donde se guardaban las provisiones, poniendo adoquines en las veredas de Pacífico y haciendo de chofer de la esposa de un oficial. La vieja tenía un perrito lanudo y malhumorado al que sacaba a pasear en auto. Cada tanto me hacía parar para que el perrito cagara, y yo limpiaba.

Esa noche, la del recital, volví a ver al pibe. Era él, el gordo, el vendedor de hamburguesas con la remera del Indio Solari. “Una hamburguesa y una coca”, le dije, con una voz que no supo simular la conmoción. Me miró, dio vuelta y vuelta una hamburguesa de las que ya tenía sobre la plancha, y me sirvió la gaseosa. “Gallinas”, me dijo, “son como gallinas”. Y se rió fuerte. “Eso me dijiste vos esa noche en la colimba, ¿no te acordás?”, siguió. Yo estaba perplejo, no recordaba haber cruzado palabra con él. “Me lo dijiste mientras nos llevaban a la enfermería. Me parecía que me iba a morir del dolor, pero te escuché y me dieron ganas de reírme, qué loco, ¿no? Después a mí me llevaron al Hospital Militar. ¿Vos también zafaste de subir al avión?”

Fue un concierto histórico el que dio Spinetta aquella noche, histórico para varias generaciones y también para mí, aunque nunca llegué a mi platea. Me quedé ahí con el gordo, el pibe de aquel baño de la colimba, charlando mientras él vendía sus hamburguesas y hasta que se apagó el último reflector del estadio.

PERIFERIA HUMANA

por Elida Cantarella

Era el Apocalipsis social hacinado en oscuros zanjones. Expulsados por bocanadas de hollín, los arrojaron espesos mantos de niebla encontrando el calor del fango y del barro, y allí se quedaron.

Estigmatizados por las cicatrices de un prorrato laboral desandaban distintas huellas: cirujas, descuartizadores, linyeras y rateros.

Pronunciadas ondulaciones del terreno los distanciaban de las fortalezas, monasterios y castillos que mecían sus torres recostándose en los almenares.

A menudo atravesaban polvorientos callejones atestados de ratas y cruzaban por atajos que circundaban profundas ciénagas. Era habitual que alguna escuálida criatura emergente de la pestilente tribu fuera succionada en una trampa de lodo, raizales y asquerosos batracios sin lograr el cometido final: llenar las barrigas con los desperdicios y sobras arrojados desde las compuertas traseras de alguna edificación albergante de un encumbrado grupo social de aquella época. Los más débiles quedaban al margen del nauseabundo banquete. Viejos, niños y mujeres eran segregados como buitres a degustar el postre de la carroña.

Una jovenzuela, flacucha y desgarbada, hastiada un día de apestosos bocados, osó trasponer un pasadizo hacia el interior de la abadía. Recorrió senderos bordeados de hidrias y en el recodo de una molienda vio como un regordete fraile disfrazaba una joroba con alforjas atiborradas de monedas de oro. Cual loba al acecho se abalanzó sobre el infragante siervo y firmó un pacto de silencio con la saciedad de la hambruna.

Día tras día aparecía el fraudulento corcovado con apetitosos menús y frutos de un cerezo que crecía al borde de un brocal.

Las reiteradas extracciones de alimentos quedaron al descubierto y una férrea vigilancia custodiaba el lugar.

La joven, que se había acostumbrado a la buena comida, no

quiso volver a la fonda infectada de desperdicios y lo amenazó con efectuar la pertinente denuncia ante el clérigo. Este, vertiendo satánicas frases juró vengarse y la condujo engañosamente hasta la imprenta. Cerró tras de ellos la portezuela e intentó satisfacer oscuros deseos carnales, recibiendo como respuesta un mazazo en el centro del cráneo. El infortunado fraile cayó sobre un charco de sangre. La joven pensó como ocultar la macabra escena. No podía dar explicaciones, ¿quién creería su verdad? Había asesinado a un miembro de la congregación y corría riesgo de ser llevada a la horca. Arrastró el cuerpo hasta las caballerizas y ayudada por el desnivel del piso lo colocó sobre un carretón esperando la hora propicia para salir del lugar sin ser vista.

Cuando las sombras fueron tendiendo un manto de complicidad, condujo el carretón hasta el fangal acechante más próximo. Despeñó las ruedas y lentamente el lodazar fue sepultando a aquella abominable criatura.

Entonces, corrió hasta agotar sus fuerzas y suplicó auxilio para el distinguido eclesiástico que había franqueado la periferia humana.

UN TAL CUEVAS

por Jorge Cadús

Vamos a ahorrarnos algunas cosas. Vamos a dejar otras cosas en claro. No soy un matasiete. Soy parte de un cuerpo, digamos, escribamos. Una comunión. No voy a dejar sentado en estas escrituras que intenté humanizar la tortura, como ese pelotudo de Marcote. Y acepto que el término, el uso de esta palabra, pelotudo, en algún colega, es un acto tardío de venganza. Durante muchos años el pelotudo fui yo. Un pelotudo cristiano, o mejor: católico. Los compañeros, que me volvían loco, me torturaban. La crueldad, que quede claro, de la juventud. En el Sagrado Corazón, que también quede claro. El Topo es un inútil con el cuerpo. Un pelotudo. O mismo como me gritaba Cuevas, un tal Cuevas, seguís siendo el mismo boludo de siempre me decía, y yo dale y meta con la picana y el turro que se reía y no largaba prenda el mismo boludo me decía. Me torturaba.

Relata la dicente que ese día un grupo de entre 5 y 10 personas vestidas de civil irrumpieron en su lugar de trabajo, quienes la sacan del lugar y la suben a un vehículo Ford Falcon de color verde. En el camino al que sería su lugar de detención, paran en una farmacia donde compran vendas para tabicarla, en el auto la interrogan y la vendan.

Que quede claro. Digo, o mejor, escribo, para que la letra guarde constancia, que no soy un matasiete, que acepto la tortura, pero no el robo ni la droga, digo, o mejor, escribo, para que la tinta sea sangre de la historia, que no soy Scilingo, que ese es un farabute, que no soy Etchecolatz, ese que en el ochenta y siete cantó como si fuera una calandria, digo, o mejor, escribo, para que este trazo sea parte de lo sabido, que hay que tener una conducta.

En este pozo pasan más o menos cuatro días, siendo constantemente golpeados... en el caso de la suscripta comienza la aplicación de la tortura llamada submarino, pero directamente en el agua, para lo cual la bajan con sogas.

Vamos a decir, o mejor, escribir, algunas palabras. Colaboracionismo. Es una palabra larga, y soy un tanto torpe para la pronunciación, como

en el Sagrado Corazón, seguís siendo el mismo boludo hubo mucho colaboracionismo, hay que grabar esa palabra en la memoria, hay que decirla, hay que escribirla. Digo que mientras yo hacía lo que hacía, alguien, nadie, jamás me recriminó, digo que fuimos un todo, una comunión, oficiales de mayor rango, como por ejemplo Ibarra, el mismo Ibarra que después, en plena democracia pasó a Informaciones. Digo, escribo, para que la letra consienta a mi memoria, que yo no tuve ni cinco brazos ni cinco piernas, digo, escribo, que si uno se descuida lo culpan hasta de la muerte de Gardel, y escribo que éramos una comunión, que el juez federal, el tal Belfer, que me tomó declaración cuando caí en desgracia, era el mismo al que le presentaba mis investigaciones en esos años de los que hablo, en esos años de los que escribo, para que la palabra sea dicha. Digo, o mejor, escribo, que hay que entender cómo se vivía en los años setenta, que no hay por qué individuales, que la historia de ese tal Cuevas va más allá de Cuevas, más allá de Acindar y de su todos unidos triunfaremos, que éramos un todo, un cuerpo, digo, escribo, que éramos una comunión, que a nuestra manera también nosotros queríamos salvar el mundo, y sobre todas las cosas, que quede claro, digo, o escribo, que también a nosotros nos usaron, seguís siendo el mismo boludo de siempre y escribo que se puede pensar que decir esto, escribir esto, decir o escribir que estamos supeditados a una Historia, así, con mayúsculas, es una visión extremadamente marxista, pero es así. Digo que soy parte de un cuerpo. De un todo. Una falange. Si algún día me sacan del medio será como sacar una falange. El resto sigue igual.

En esa habitación había otros detenidos, entre 12 y 15 personas, entre ellos un tal Cuevas, a quien llamaban Taladro, y en las paredes había inscripciones como *Dios, Patria y Hogar*, y cruces esvásticas. Al rato lo llevan a la sala de torturas, donde lo picanean.

Vamos a dejar algunas cosas en claro. Digo, o mejor, escribo, que no soy el Cura, aunque fuimos camaradas, el Cura era un burócrata de la tortura el mismo boludo de siempre un maricón que anotaba en las fichas a los detenidos, un comerciante que llevaba el libro de entradas y salidas, que se encargaba de los muebles de las casas que reventábamos nosotros, que trasladaba a los detenidos, un aprovechador, que le gustaba interrogar a las mujeres. Que quede claro, digo, o mejor escribo, que éramos un todo, que el Cura en las sesiones de tortura usaba un escapulario y éramos una comunión.

Relata la dicente que el tal Cuevas comienza a orinar sangre, que no le dan atención médica, hasta que no da más, y lo tras-

ladan y lo operan de la vejiga. Que en la sala de operaciones lo queman, lo interrogan cuando está anestesiado, que le dieron la raquídea, que lo interrogan acerca de lo que pasaba en el piso, a qué organización pertenecía, quién lo ayudaba, etcétera.

Inventábamos el infierno en un sótano para limpiar el mundo.

Lo instalan en una cama de hospital articulada y le aplican picana eléctrica a intervalos, y lo interrogan. La sesión duró como una hora y media, en la sala había una persona a la que denominaban doctor, el cual decía cuando debían dejar de aplicar picana.

Digo, o mejor, escribo, para que la historia trace paralelos, que hoy, aquí y ahora, se vive algo semejante a la Alemania post nazi, y digo que para saber la verdad histórica hay que irse a principios de los años sesenta, cuando a Rosario vino el comisario Villar, de la policía Federal, y Villar, al que después reventaron los montoneros, Villar habló, para que la historia trace paralelos, sobre los métodos antiterroristas, de militares que copiaron los métodos de los franceses en Argelia. Y digo, o mejor, escribo, que no se consiguió todo a través de la tortura, que mucha gente jugaba al superagente y en todos lados había un terrorista, escribo que el linaje subversivo es una cuestión de familia, como esa turríta de diez años que no largaba prenda, diez años, que quede claro, el linaje de la madre, una cuestión de familia, o el pelotudo del tal Cuevas, en el albergue de solteros, en Acindar, sin largar prenda, cantando la marchita y yo meta picana, dale que va, dale y dale a la matraca, la radio al mango, seguís siendo el mismo boludo de siempre y Cuevas con la marchita, dale y dale, todos unidos triunfaremos, una cuestión de familia.

Refiere que mientras estuvo privada ilegalmente de su libertad en el Centro Clandestino de Detención vio al oficial en cuestión quien, junto con otra persona, llevaba y traía a la ras tra de la sala de torturas a un muchacho joven. También oyó llorar a una mujer de unos 22 años que había sido secuestrada con un bebe de pocos meses, en oportunidad de ser torturada hasta que se le paralizaron las piernas.

Digo, para ahorrarnos algunas cosas, para que otras cosas queden claras, que no quiero volver a ponerme el uniforme de policía.

Los ponen en el piso, en el pasto, la envuelven como en una lona, había un hombre abajo de la dicente y otros dos a los costados todos como embolsados hacia un caño de escape, en total eran seis, aceleraron el motor varios minutos y les dijeron a ver si aguantaban el gas del escape que entraba que todos murieron asfixiados menos el tal Cuevas y la dicente. Uno de los que la

torturaba le dijo: “mirá que sos fuerte, este si será... le cortamos un...” y se murió.

Vamos a ahorrarnos en estas escrituras algunas cosas. Vamos a dejar en estas escrituras otras cosas en claro. No soy un matasiete. Soy parte de un cuerpo, una comunión. Digo que peleaba por un sistema neoliberal europeo que prometían los militares, que la formación la obtuve por las mías, y que ahora, siglo veintiuno, hay una cultura light. Digo que acepté la tortura, pero tengo una conducta el mismo boludo de siempre que en el 79 me tocó investigar el robo de los adicionales para la fuerza, acá al lado, en Tesorería, dentro mismo de la Jefatura, y que otra vez el Sagrado Corazón y la voz de ese tal Cuevas y los camaradas un inútil el Topo un pelotudo. Que quede claro que tuve problemas dentro de la fuerza porque nunca arreglé ni con el dinero ni con la droga, que quede claro que todo empezó cuando me metí con los que robaban automotores. Digo, o mejor, escribo, que éramos un todo, que mi intención en estas escrituras es lavar mi nombre, el mismo boludo de siempre, digo que perdí mi novia porque me acusaba de no hacer nada cuando mataron a la hija de un militar, y que no pude tener hijos por toda esta historia.

La golpean con gomas y patadas y le rompen dos costillas y le queda una lesión renal hasta la fecha, mientras esto ocurre, le dicen que en la habitación de al lado tienen a su hija y que si no habla, le van a sacar las vendas a la dicente para que vea como la matan, mientras le hablan escucha los gritos de una chica joven llamando a su papá.

Digo, o mejor, escribo, para que la tinta registre mis temores, que temblé una vez, que tuve un miedo infinito una vez, miedo verdadero, el culo a cuatro manos, digo que mi formación tambaleó, la formación que me hice por las mías, que busqué y que me absuelve por las noches, salvo cuando vuelve el miedo, las pequeñas luces rojas, la imagen del tipo aquel, tranquilo, en la camilla y con las bolas quemadas, que me hablaba de Gardel, de los tangos de Gardel, de la mirada de Gardel, y yo dale que va con la picana, todos unidos triunfaremos, me torturaba la mirada dónde mierda dónde carajo quién o quiénes la cita cantá la cita turro hijo de puta, cantá y el tipo me decía que cantar cantó Gardel y de ahí para acá somos todos mudos mudos mudos...

Y consigna la dicente que esa noche torturaron varias veces al pibe más joven, quien permanece desaparecido, y a su mujer la liberaron. Unos días después la llevan en el baúl de un Ford Falcon a otro lugar, donde estuvo hasta el 28 de enero de 1978,

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

fecha en que es puesta a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, hasta el 2 o 3 de febrero de 1979, fecha en que sale en libertad vigilada

Digo que antes había otro espíritu en la policía.

Y digo que lo peor de todo es la conspiración de los idiotas.

hasta que en septiembre de ese mismo año le otorgan la libertad total.

Consigna la dicente que no volvió a saber del tal Cuevas, ni de su paradero.

EVASIÓN

por Ariel Alberto Díaz

La violencia es el miedo a los ideales de los demás.

Mahatma Gandhi (1869-1948)

Las cadenas de la esclavitud solamente atan las manos: es la mente lo que

hace al hombre libre o esclavo.

Franz Grillparzer (1791-1872) Dramaturgo austríaco

Mi obsesión era que por la puerta de la celda reapareciera aquel que me torturó y degradó, haciendo de mí este espectro anquilosado que anhelaba morir. Temía que viniera a continuar los tormentos. Estaba a punto de suicidarme dándome la cabeza contra la pared. Ahora ya no... Ya no, porque he encontrado la forma de recuperar la vida que me arrebataron.

Todo sucedió una semana atrás. Me propuse fundar en mi mente una ciudad ideal, sus casas, una plaza, las calles, los árboles; luego la poblaría y me mudaría a una de sus viviendas. Dejé de sentirme un muerto que sólo miraba la puerta; me evadí de mis angustias imaginando que caminaba por el sitio donde erigiré los cimientos de mi creación. Allí tendré todo lo que me quitaron: la libertad, la luz, el contacto humano, todo.

El miedo de que volviera mi verdugo, continuara con los golpes y me matara, se fue atenuando con aquellos instantes en que me dedicaba a crear, instantes que me significaban paréntesis de vida. Rogaba que me diera tiempo para terminar mi pueblo; lo construiré desde la imperfección del ladrillo hasta elegir los armoniosos tañidos de un campanario. Si llego a concretar mi proyecto, nada más importará.

Comencé por crear un lugar arbolado en un pequeño valle entre sierras, cercano a un río y atravesado por las vías del ferrocarril. Con chapas y vigas premoldeadas construí una estación, un andén elevado de un solo lado de las vías, una campana de bronce y una vivienda para el jefe. En ambos extremos del andén fijé dos grandes carteles con el nombre del apeadero

en letras blancas sobre fondo negro: “LIBERTAD”. Frente a este predio hice una plaza cuadrada –con pinos añosos, césped y macizos de flores– rodeada por calles de tierra. Disfruté del frescor de las sombras, el perfume de las flores y escuché la pitada de un tren que se acercaba. No se detuvo. Imaginé la sorpresa del maquinista al encontrarse con una estación nueva, desconocida. En cierto momento disminuyó la velocidad, como si no estuviese seguro de lo que estaba viendo, como si dudara entre continuar o detenerse. Lo que me provocó una sonrisa casi olvidada.

Con mucho esfuerzo, es lo que pude crear ese primer día. Exhausto, me dormí y soñé que era un niño que caminaba por la plaza buscando piñas, correteaba detrás de mariposas y saltaba entre las vías, de un durmiente a otro. Fue la primera noche sin pesadillas.

Un amanecer luminoso –que pude entrever por la raja del muro– me despertó al día siguiente. Por primera vez me sentía en paz, me aferraba a una esperanza; hasta media mañana, en que vino el verdugo para continuar su trabajo. Pero esta vez, mientras duró su violencia, pude escapar hasta el andén desierto; y mientras él se ensañaba con mi cuerpo, yo repicaba la campana que había creado el día anterior. Parece una incongruencia pero, a partir de entonces, los momentos más felices, de mayor inspiración y que con mayor facilidad me escapaba para continuar mi obra, eran aquellos en que mi agresor me torturaba.

El municipio y la parroquia los construí durante los siguientes días en los laterales de la plaza. Como sufro de vértigo, debí soportar unos mareos terribles cuando levanté el campanario de la iglesia y la torre con el reloj de la municipalidad. Para recuperarme de los vahídos, me senté en el césped de la plaza. Me di cuenta de que, si bien era fresca y sombreada, no era del todo cómoda; dispuse varios bancos, un sitio para los chicos con arenero, toboganes y hamacas. En el centro levanté un quiosco para que tocara la banda municipal y los conjuntos musicales que seguramente se formarían.

Frente a la plaza –en el lado opuesto a la estación– levanté una escuela con sectores para jardín de infantes, educación primaria y secundaria. Cada nivel estaba separado y tenía patios independientes para los recreos. Su construcción me llevó un día entero y ocupó toda la manzana.

Al lado de la iglesia –en realidad era una pequeña capilla– edifiqué el hospital. Lo que más tiempo me llevó fue la provisión de remedios y de todos los elementos necesarios para la atención de enfermos y accidentados. Previamente, con un botón de la camisa, en la pared menos descascarada de la celda, garrapateé un listado de aquellos remedios que recordaba y de los enseres que había observado la única vez que estuve en un hospital.

Una tarde calurosa, mientras caminaba por la orilla del río, se me ocurrió disponer un sitio para una playa. Elegí un remanso rodeado de sauces; en una extensión de un kilómetro cubrí con arena el lecho y ambas orillas. No pude evitar la tentación refrescante del agua cristalina. Me zambullí y estuve nadando durante más de una hora.

Al final de cada jornada me sentaba en un banco de la plaza y me deleitaba contemplando mi creación, mi lugar en el mundo –o en mi imaginación– mientras descansaba y disfrutaba de una paz que había creído perdida.

A lo largo de varias semanas, fui construyendo comercios en los espacios vacíos alrededor de la plaza y, rodeándola, cuatro manzanas de pequeños chalets de tejas rojas con dos dormitorios y jardín al frente. Todos iguales.

A dos kilómetros de mi ciudad, en lo alto de las sierras, hice un embalse, una planta potabilizadora y una central hidroeléctrica; luego construí las torres, los transformadores y realicé el tendido de los cables de alta tensión, de iluminación y de distribución a las viviendas. Fue una gran alegría cuando puse en funcionamiento una de las turbinas y logré iluminar las pocas calles que conformaban el lugar. Para celebrarlo, toqué a rebato las campanas de la iglesia.

En uno de los ángulos de la plaza, levanté la torre para el suministro de agua corriente con un tanque de gran capacidad a diez metros de altura. Realicé el tendido del caño de suministro por gravedad desde la planta potabilizadora al tanque y, desde allí, de las tuberías de la red domiciliaria.

Me faltaba poblarlo, darle vida. Mientras meditaba en la manera de conseguir habitantes para mi pequeño universo, se presentó, como todos los días, mi verdugo; pero, por las “herramientas de trabajo” que traía y la cantidad de ayudantes que lo acompañaban, vi que la mano venía más pesada que lo acostumbrado. Los vi aprestarse para una “sesión especial”.

Durante toda mi infancia había disfrutado de infinidad de juguetes. Pero mis preferidos eran los trenes y una pequeña locomotora que echaba humo. Entré a la vivienda destinada al Jefe de Estación, me puse el uniforme, me calcé la gorra y tomé un paño rojo y un antiguo megáfono de metal.

Después de dejar abiertas las puertas de todas las viviendas, me senté en uno de los bancos del andén y esperé la llegada del tren. Me embargó la emoción cuando escuché la pitada distante y el humo de la locomotora que asomaba por encima del monte lejano. Apenas apareció resoplando en el horizonte, me planté en el medio de las vías sacudiendo el paño rojo. Cuando estuvo cerca, trepé al andén. El tren fue disminuyendo la velocidad hasta que se detuvo en medio de una polvareda y un chirriar de frenos.

Tomé el megáfono y me dirigí a los pasajeros que se asomaban curiosos a las ventanillas y lancé mi proclama: “Invito a todo aquel que quiera vivir en Libertad, que descienda del tren. Éste es el lugar que siempre han soñado”.

Noté que cada vez era mayor la cantidad de personas que se asomaban a puertas y ventanillas. Todas escuchaban con atención. Algunas hasta sonreían pensando, posiblemente, que eran desvaríos de un loco suelto. Expliqué que aquellos que aceptarían mi propuesta, tendrían asegurada la vivienda.

Los rostros expresaron sorpresa y el murmullo de las conversaciones se fue extendiendo. Poco a poco comenzaron a bajar del tren, las miradas ilusionadas, el caminar decidido; el andén se pobló de bullicio, de vida. En el medio de ese mar de gente, maletas y bolsos, descubrí un grupo de músicos con sus instrumentos; pude imaginarlos tocando en el quiosco de la plaza.

Caminando hacia mí, la veo. Es ella, tiene que ser ella. Me ofrezco a llevarle la valija hasta una de las casas; ella acepta con una sonrisa.

He terminado mi creación.

La “comitiva” sale de la celda. En un rincón queda un cuerpo abandonado, en cuyo rostro asoma una sonrisa de felicidad.

EL PARTIDO

por Saúl Alberto Kohan Boc

Mucho tiempo después el viejo seguía contando la historia.

Era una de esas historias simples, sin grandes héroes, sin grandes eventos. Una historia tal vez insignificante si la sacamos del contexto en el que ocurrió.

Pero nada pasa fuera de un contexto.

Nada es aislado.

Nada es inerte.

Nada es aséptico.

Hace frío. Este detalle no tiene tanto valor porque siempre hace frío en junio, especialmente en una zona como aquella a mitad de camino de todo en plena pampa gringa, sin un reparo decente, sin un refugio contra el viento y la lluvia. El viejo acaba de poner a calentar el agua para el mate. De fondo el locutor repasa los últimos partidos de la Selección en su camino a la magna tarde de hoy en la que se redefine una identidad, una forma de sentir, un ser nacional. El viejo sonríe. Piensa en lo que diría el hijo si estuviera ahí con él. Pero el hijo no está. Se fue a Córdoba a estudiar para Doctor.

En esa memoria anda el viejo cuando escucha el llamado desde el portón. Se resiste a nombrar tranquera a lo que llama portón porque eso sería reconocer una cierta pertenencia rural. El viejo discute y discutirá hasta el día de su muerte su realidad urbana, aunque la casa esté a casi media legua de la última cuadra asfaltada del pueblo. Por eso, dice, su casa tiene portón. Tranquera tienen los ranchos. O las estancias.

El llamado viene, entonces, desde el portón. A la distancia el viejo adivina la forma de un hombre. *Ya va*, grita mientras busca el saco gastado, el de todos los días. El otro lo guarda para el día que vuelva el hijo, porque el hijo va a volver. Mientras se acerca ve que quien golpea no se fija en él.

Quien golpea mira hacia los costados. Hacia atrás. Más allá del techo de la casa. Y tiembla.

De frío. Es junio, “está fresco pa chancletas”, decía el hijo. El viejo no logra esquivar la sonrisa.

De miedo. Quien ha temblado de miedo, pero de miedo real, de miedo definitivo, reconoce las miradas. Y el viejo tiembla cada noche, cuando piensa que en una de esas es verdad, y el hijo no va a volver.

Por las dudas vuelve rápidamente y manotea lo primero que encuentra. Una manta, un poncho, no importa. El recién llegado agradece el gesto desde que lo adivina.

El viejo franquea el paso. Los dos hombres caminan ahora en dirección al alero de chapa. Cuando llegan a la casa, se presentan. Parece que hubieran necesitado esa protección, salir de la intemperie.

—Soria—, dice el viejo.

—Alfredo Elías Kramer— dice el recién llegado. Está sucio, huele mal. Se nota que no ha comido bien en los últimos tiempos, pero no por carencia sino por negación. Si el viejo fuera más indiscreto vería las marcas de los golpes. —Kramer, Alfredo Elías. Alfredo. Kramer. Alfredo Elías Kramer.— La voz repite sin parar como un mantra el nombre, el apellido completo. No hay descanso en la pronunciación. La voz sale de un tiempo anterior. Parece recién llegada, casi recién nacida.

El viejo vacía la pava y la vuelve a cargar. El agua para el mate no debe hervir.

—¿Gusta?—, ofrece.

—Sí—, acepta.

En la pantalla en blanco y negro está por empezar el partido. La cancha está por explotar de gente. Los bigotes gruesos del general presidente aparecen en primer plano. De un lado el marinero, del otro el aviador.

—Dicen que en Córdoba hay televisión a colores— dice Soria.

—Puede ser— duda Kramer.

El viejo convida pan. El recién llegado acepta. Come con avidez pero cuidando las formas. Se le ve la ciudad, pero en otra vida.

—Mi hijo se fue para Córdoba hace tres años, a estudiar para Doctor. La última vez que vino me dejó el carnet de la

Biblioteca para que le devuelva unos libros.— Comenta Soria. Kramer asiente. Busca los libros con la vista. Los encuentra.

—Permiso—, pide.

—Adelante.

Soria ceba mate. La mirada de Kramer deja de huir. Repasa las portadas con ternura, con nostalgia. En la tele el matador mete el primero.

El mate pasa, va, viene.

La única voz es la del relator. La del relato. Del partido. Somos los mejores del mundo. Humanos. Derechos.

Soria ceba. Kramer toma, ofrece cortar más pan. Lo hace.

Empate. Alargue.

El matador un gol más. El del rojo otro gol. El general presidente festeja. El marinero y el aviador también. Soria y Kramer se miran, se dan la mano.

—Salud campeón.

—Salud.

Ya es de noche. El gran capitán recibe la copa.

—¿Se queda a cenar?— pregunta Soria.

Kramer asiente.

—Si no es molestia...

Soria no responde.

Kramer pone otra vez la pava a calentar.

—Éramos como veinte— dice.— Éramos como veinte, de Córdoba y alrededores. Sobre todo estudiantes. De Medicina. Nos cargaron en un tren para llevarnos a Buenos Aires decían, para redistribuirnos. Necesitaban datos y decían, nombres.

El viejo trajina con la cena. Pero escucha atentamente.

—En un cruce de vías pedí para ir al baño. Salté por la ventana y corrí. Hace de anoche que corro para el sur.

El viejo piensa. La distancia al cruce de vías se cuenta en días, nunca en horas.

—Rápido habrá corrido.

—Mucho— dice Kramer.— Es muy jodido ser más rápido que una bala. La noche ayudó.

Comen en silencio.

Soria acomoda la habitación del hijo. Kramer acepta y se acomoda.

—Buenas noches

—Buenas

Amanece. El viejo saca la chata del galpón.

Kramer se baja en el cruce de rutas, a la entrada del pueblo. Está afeitado, limpio.

En un bolso lleva dos mudas de ropa del hijo y los libros de la biblioteca.

Cuando se da vuelta para agradecer, Soria ya no está.

EL HEXAEDRO

por Gustavo Oscar Costanzo

Inevitablemente el cuerpo será destruido, ya por el hierro de la espada, ya por las aguas del tiempo. Lo que no debe ser doblegado, lo que debe ser preservado a toda costa es el espíritu humano. Izterram F D

Todo cuanto atañe al hombre es sucesivo, es tiempo. Es tiempo el arte, las ciencias todas, los dioses y los símbolos. Culminará el tiempo con la muerte del último hombre y volverá el espacio a ser el único imperio.

Soy inmortal. Algunos de mis nombres ya se me han olvidado. Nací en un lugar que ya no existe. He incursionado en la forja de metales y elementos nuevos; en el estudio de los astros y la guerra, de la estática y la dinámica. He construido templos, puentes y murallas. A orillas del Gánga (Ganges) he aprendido lo que occidente atribuyó a los griegos: el álgebra y la geometría. Fui becario de la alquimia de Parménides y el simbolismo de Jung. Discutí en Alemania sobre el tiempo y el superhombre, en Inglaterra sobre las clases y el hombre, y en Francia sobre el poder y los hombres. Pero todo arte se vuelve vacío y torpe ante el discurso (argamasa de la realidad humana). El texto justifica dioses e infiernos, justifica muertes en masa, en altares, en patíbulos y en secreto (también he sido ingeniero de Dios).

La torre que me aprisiona debe tener unos 30 m de altura y unos 4 m de diámetro.

Me hallo en lo más alto. No hay puertas (la torre fue construida para aprisionarme).

La luz de la luna se filtra a través de un entramado de hierro que conjuga los símbolos de todas las religiones humanas.

Sobre el suelo de piedra hay tallado un círculo. Dentro de éste nueve ideogramas y, en su centro, a casi un metro de altura, hay un hexaedro; de un metal oscuro, de una realidad amorfa, precaria, incierta.

La primera de sus caras está vacía. No hay la nada (que es

la falaz resultante de la traslación del tiempo humano sobre el espacio universal), hay silencio.

Sobre las caras del hexaedro, de un modo mágico, se hallan inscriptas todas las formas de tortura ideadas por el hombre (torturar es intentar herir el alma a través del cuerpo).

Toda tortura es psicológica, por eso el hexaedro no me toca.

El dolor no es el propósito del tormento (o tal vez los siglos, a él, ya me han acostumbrado). La tortura es el advenimiento cierto del dolor, de la mutilación: es lo inevitable y próximo del horror; es saberse huérfano del mundo, es perder la libertad de ser hombre: es estar al margen (es la más refinada forma del no-ser).

Comienza a girar el terrible artilugio mostrándome el primer de sus sombríos lados.

1. *La gota china: El desdichado, inmovilizado, es expuesto a una interminable sucesión de gotas de agua que golpean su cráneo. La constante gota no concede tregua. Sobreviene el insomnio (en la vigilia las pesadillas toman de la demencia su fuerza). Luego la terrible sed y la visión del agua inalcanzable... y la conjura de un despiadado Dios que no quiere rectificar su trama... la locura es el único destino.*

Luego, entre bambúes y sombras y cerezos, vi a una obesa funcionaria del imperio amedrentando a otra, más joven y de menor rango; de rostro pálido y apesadumbrado, de ojos temerosos y resignados. Continuamente le repetía: “Eres una inútil. Ahora deberás quedarte a terminar tu trabajo”. La muchacha trataba de explicarle que debía volver con su pequeño hijo, pero nada de eso a la mayor le importaba, y sólo repetía “eres una inútil”, “eres una inútil”, “eres una inútil” (cabe aclarar que en esa provincia china usan el mismo ideograma para significar “lo inútil” y “gota de agua”).

2. *El cajón persa: El desdichado es colocado dentro de una especie de cajón con huecos por donde salen al exterior los pies, las manos y la cabeza. Luego es alimentado y rociado con un brebaje a base de leche y miel. Las moscas no tardan en llegar. A los pocos días los huevos de las moscas son taladrantes larvas y en las heces propias se han engendrado gusanos. Lenta y tenazmente los insignificantes seres van volviendo al dolor insoportable, horadando la carne, forzando los párpados... ningún orificio les es negado. El condenado llega a vivir así entre diez y quince días.*

Luego, entre antiguas piedras y sombras, marginado por la imagen de un zigurat, vi a un niño llorando envuelto en hara-

pos. No lloraba por el hambre que sin dudas le embargaba, ni por las heridas en su pequeño cuerpo o sus llagas... sus lágrimas provenían de su propio mañana, de la certeza incuestionable del mendrugo, de su exilio del mundo. Todas las mañanas se precipitaron sobre sus huérfanos párpados. Agotó en un instante todos los caminos de inmutable piedra y sólo halló, en su centro, el sádico Asterión del desamparo y la miseria.

3. La prueba del agua: El desdichado es arrojado, atado de pies y manos, a las aguas de un lago o un río; acusado de pactar la obtención de ilegales beneficios con el Diablo. Tiene el condenado tres opciones: una oscura y siniestra, que es invocar a su Maestro para que éste le salve. La otra es menos práctica y consiste en afirmar haber hecho lo no realizado (para ser rescatado de las aguas y ser condenado a morir en la hoguera o colgado). La última opción es demostrar su inocencia, ahogándose.

Luego, entre penumbras y sombras, apenas iluminado por las llamas de una forja, y de pie frente a su yunque, vi a un hombre corpulento blandiendo su maza. Tal vez le estaba dando forma a un cincel, o a una verja o a un hacha. El unánime hierro puebla, crea, destruye o mata. Tal vez ese hombre forjaba el arma que lo mataría mañana... Recuerdo las palabras de Guevara en Santa Clara... Recuerdo a Oppenheimer, en la mañana gris... Recuerdo a Foucault al decir que el poder se ejerce (sin percatarse que antes de ejercerse el poder se otorga. Que el hombre es uno y es dos a la vez: es el soporte biológico que habita el espacio y es el otro, el invulnerable, el que está detrás del universo, el que ostenta la facultad de someterse o no a poder alguno, el que perdura, el que sucede sobre el tiempo).

Las voluntades sostienen al mundo. Un argumento puede silenciar cañones y volver inútiles a los misiles y las balas (ellos lo saben, por eso me temen). Nada hay impermeable a los símbolos porque de símbolos está hecha la realidad humana. No hay ley, no hay rey, ni dios, ni cosmos si es el hombre lo que falta... el hombre es el motor de Dios, del infierno y del propio hombre.

Pensar es hilvanar lo recordado, es un acto mágico, sagrado; es urdir de nuevo el universo. Somos dioses.

Cada hombre es responsable del mundo, lo sé; pero a veces me entrego a la deriva y construyo axiomas con lo que otros pensaron... a veces dejo de ser, por un instante, y existo simplemente.

Volví a girar el oscuro mecanismo...

4. *La tortura del agua. El desdichado, atado íntegramente con alambres de púa y con su boca cubierta por un trapo (para evitar que vomite) es obligado a tragar agua (en el mejor de los casos) mediante unos conductos instalados en sus fosas nasales, hasta que su estómago se hincha de tal modo que las púas desgarran la carne.*

Entonces, prefigurando un cuadro Dantesco, bajo la luna y las chapas y cartones que configuraban una frágil morada, vi la solitaria silueta de una madre que a su pequeño hijo abrazaba. Lloraba su infierno de infinitos círculos. Lloraba el peso insoportable de su ser bajo el tormento de la misma hora que se repetía una y otra vez, sin un comienzo ni un final, eterna, demencial, inevitable... a veces es más aterrador lo inmutable de lo venidero que la suma de los tormentos. Por eso su rol de madre se hallaba en franca retirada... por eso se extinguió en la sima de su dolor su vital fundamento... por eso la locura le otorgó su letal y abominable argumento.

El antiguo disco de plata inscribió su fatal sentencia sobre una vieja y derruida y roja hoja acerada.

5. *La jaula de hierro. El desdichado, normalmente desnudo, es encerrado en una jaula estrecha que luego es colgada y exhibida al público. El calor, la lluvia o el frío son el primer enemigo, junto a las burlas y piedras que los azarosos virtuosos arrojan. Luego vendrá la estéril arena de la sed como la sal a Cartago, luego será el hambre el despiadado verdugo designado.*

Entonces, privado de su propia naturaleza, echado sobre una raída manta vieja, enajenado de sí mismo, derrotado, abandonado; vi a un hombre devenido en esclavo.

No sabía dónde estaba porque su esencia le estaba vedada (no existe lo que se ignora —no cae el paradójico árbol si nadie lo ve caer, pues el verbo es cosa de hombres—). No sabía que le estaba permitido revelarse, que la trama universal es de arena y no de hierro, que no hay dogma ni axioma ni principio que subsista prescindiendo de la voluntad humana. No sabía que era un hombre; apenas sucedía sobre el tiempo como aquél barco ebrio de Rimbaud.

6. *El potro. El desdichado, tendido sobre una camilla, es atado de pies y manos a unos cilindros que al girar van tensionando su cuerpo hasta dislocar las articulaciones de sus miembros y volverlo un mero muñeco de carne.*

Entonces, vi a un hombre caer desnudo sobre sus rodillas,

con sus manos empapadas atadas a su sangrante espalda. Lo que era se hallaba cifrado en su silencio: su resistencia lo fundamentaba. Vi a otro hombre acercarse y arrojarle unas fotografías a la cara... una esposa, dos hijas... El hombre sabía que irían tras ellas si no hablaba... pero lo uno no puede ser salvado (recuerda el Guernica y comprende que efectivamente es un instrumento de guerra, como había dicho Picasso)... se salva la humanidad (lo otro es sólo un mero espejismo... él lo sabía). La revolución no podía ser detenida. El recuerdo de un beso, atesorado desde un atardecer de marzo, le prestó fuerzas para apretar enérgicamente al silencio entre sus labios.

Ahora hay silencio... (Recuerdo la irrevocable y última línea de Hamlet). El hexaedro volverá a iniciar otro ciclo. Cinco veces más hasta que comience el día con sus nuevos seis ciclos.

Me mostrará la incredulidad en el rostro de María (sus largas trenzas negras, su collar de caracolas que le regalara su ahijada): una mujer embarazada, en Guatemala, producto de haber sido violada en cautiverio quince veces sucesivamente... que abortará ese hijo al tercer día.

Me mostrará la repugnancia de un joven agente de la C.I.A. en lo que alguna vez fue el Egipto. Me mostrará piernas y brazos mutilados, apilados junto al caucho del África de los belgas. Me mostrará rostros quebrados en la India de los Ingleses. Me mostrará el Afganistán de los soviéticos, la América de los españoles y los cadáveres subversivos señalando con los huesos de sus dedos a un almirante (como lo escribiera el chileno Pablo)... y una horrible montaña de niños latinoamericanos, y el llanto ensangrentado de mil niñas, de mil madres en horror supremo. Pero también el rostro de los torturadores y su armadura de símbolos que los vuelven inexpugnables (en la mitología del golem hallo su siniestro fundamento: Una creación de arcilla a la cual un texto puede dar vida y cimiento —Emet: verdad— y otro se los puede quitar —Met: muerte—).

Soy inmortal. El tiempo habrá de derrumbar hasta la última piedra que me aprisiona. Agotará su cifra (el número de lunas que le deparó el destino —la sentencia es de Borges—) aquél que premeditó mi encierro. Se borrará incluso el motivo, la razón de mi prisión; pero yo seguiré existiendo...

Ahora entiendo el oscuro propósito de mi encierro.

Exterminar algo inmortal consiste en mutar su esencia de

tal modo que al final de la operatoria no haya rastro de lo que alguna vez hubo.

No deseo naturalizar la obscena sucesión de tormentos.

Quiero mantener el horror intacto. Por eso lo he cifrado en estos símbolos, escondiéndolos en el único lugar propio de los hombres: el tiempo.

8 MINUTOS Y 17 SEGUNDOS

por Guido Croxatto - Alias Bola de Sebo¹-

“muere, muere pronto, amor mío”

Luis Cernuda

“La pura negación de la cosa misma, es decir, el goce...”

Hegel

Aclaración: este cuento o relato está escrito de modo tal, con sus interrupciones bruscas, a veces violentas, con su vértigo, con sus cortes, con sus silencios, (después de todo, ese es el tema de este cuento –aunque Maupassant diría que este es el tema de todo cuento: la violencia, el vértigo, el corte, el silencio, la soledad) de reproducir fielmente la voz de una mujer real. Sola. Con sus quiebres concretos. Que se negó a decir su nombre. Esta es su historia. Esta es su vida. Y son sus palabras. Sus experiencias en primera persona. Sus fragmentos. Donde la mujer ha callado, el autor no agrega nada (y sabe que no debe hacerlo). Donde la mujer se ha contradicho, sabe el autor que las contradicciones no son siempre tales. Que a veces exponen de un modo más profundo lo que en general no puede verse. Lo que está prohibido. Esa es la misión de la literatura. Mostrar lo que no quiere mostrar –lo que no quiere ver— el Derecho. Lo que le cuesta ver a la Justicia. Ver más. Acaso la misión de cada lector sea juntar por sí mismo los distintos pedazos para poder ver –detrás de este cuento, de estas escenas dispersas, quebradas— la cara de esta mujer. Que es la cara de muchas mujeres. En la Argentina de hoy sigue habiendo centros clandestinos de detención y tortura. Donde las mujeres son torturadas. Y violadas. En silencio. Por “clientes”. Que “pagan” por un “servicio”. Romper este lenguaje (que prostituye) es una precondition para ver.

Flaubert dijo: *Madame Bovary soy yo*. Esta mujer podría decir con mucho más fuerza que Flaubert –que tuvo a Maupassant de discípulo— “este texto soy yo”. Esta es mi vida. Esto es lo que me pasa. Es, como

¹ Elijo este seudónimo en homenaje a Guy de Maupassant, en especial a su inspirador cuento Bola de Sebo. Maupassant, como Flaubert, fueron grandes escritores feministas. También Víctor Hugo. Quiero decir –respecto del título– que en un comienzo el cuento se llamaba “La almadraba”, luego “No quiso amanecer”. Pero creo que es mejor así. Porque “amanecer” no es exactamente la idea que quería expresar. Es parecido. Pero no es eso.

dije, un texto desordenado. Pero a veces el desorden no es casual. Dice algo. A veces el orden literario oculta. La belleza y la armonía de un texto “literario” deben ceder un poco del orden, como decía W. Benjamin, a la realidad narrada de los escombros. La rotura no es anti estética. Es más humana. El escombros, el dolor no tienen siempre un orden preciso. Detrás del dolor no hay un “sistema”. Esta mujer no quiere que su nombre salga a la luz. Por eso elegí transcribir estas escenas dispersas como me las contó ella en un bar. Sin agregar. Sin quitar. Con su desorden genuino. Simplemente transcribir unos apuntes. Con su quiebre. Con su silencio. Me veo obligado a transcribir sin negar nada y sin ocultar nada con recursos de “estilo”. Los formalistas dirían que lo que hago es una operación. Puede ser. El martirio, el hueco en el corazón es imposible de llenar, el colchón percutido, los golpes en la cara, tienen que dejarse ver. Tienen que verse. Al derecho también le cuesta abrir los ojos.

Dice Sonia Sánchez, en *Ninguna mujer nace para puta*: “Te invito a desobedecer, a romper esas cadenas de explotación y mentiras, a perder el miedo de nombrar las cosas por su nombre. Ese es el principio. Y hago esta invitación sabiendo que no es fácil. (...) No podemos pensar desde la jaula donde estamos”. El sentido de este cuento es, precisamente, romper esa jaula. Esa jaula es el silencio. Pero adentro de esa jaula está esa voz. Hay una voz que es real.

No escuchaba. No sentía.
Al día siguiente. Pero ya no hubo día siguiente. Ya no. todos los días (se acabaron), a partir de entonces, fueron ese. Ese día.

Por eso vengo y bailo. Porque mi vida se acabó. Todo es tan recóndito. Ya no quiero que amanezca. Me han robado todo. Estoy harta de ver este cuerpo, estos vestidos. Quisiera volver sobre cada paso. Quisiera deshacer todos y cada uno de mis movimientos. Pero no puedo (de repente se hizo un silencio total)... algo de qué aferrarse, es cierto, hay que buscar algo de qué aferrarse... pero cómo se aferra una de la luz... de las cosas, de la seguridad de un lugar. ¿Cómo se aferra uno de eso? No puede.

Qué lindo el mar, ¿no? y no hay nada delante...

Del living llegan los ruidos del televisor. Yo los escucho. “Por otro lado, se sabe que, ante un peligro, algunas especies utilizan la estrategia del *freezing* (congelamiento) para simular estar muertos y pasar inadvertidos”. Que interesante, pienso, en este

último caso –dice el locutor– está documentada y justificada la disminución de las frecuencias cardíaca y respiratoria... pienso en ese animal, en esos sapos, liebres que simulan estar muertos, de verdad, no les queda otro recurso más que simular su propia muerte, para que los dejen en paz. Para que los dejen estar vivos. Qué pensarán los animales. Así, muertos. Vivos y muertos. Aparentando su muerte. Yo hago lo mismo. Cuando entran los tipos automáticamente me morí. No estoy donde dicen que estoy. Estoy muerta. Otra vez. El agua. El agua gris del vaso. La luz me da en la cara. Me molesta que no me puedo encerrar. La imposibilidad de estar sola. Con mis pensamientos. Simplemente llegan los tipos. De a uno. Aunque yo me acuesto con ellos. Yo trato de no pensar. Simplemente. Cierro la boca. Y me acerco. Y los toco. El tacto es algo complejo. Es el contacto de dos cosas distintas, el contacto de dos seres que van a seguir separados. No pueden juntarse. Por más que se toquen, y se arañen. Es irremediable la separación. El tacto es falso (lo único que no es falso es la mirada) es el contacto de dos cosas que ya no pueden juntarse. Por más que quieran. No pueden. Pienso que lo mejor sería comprar una planta, lo mejor hubiera sido una de esas plantas horribles, puntiagudas, que son capaces de vivir en el desierto. (La vida, la vida es la sensación física de un vacío ya abierto en el pecho.) Aunque yo me acueste con ellos. Hablo poco. Trato de no gemir. Los tipos terminan rápido. Y se van. Silencio. Sin decir nada. No lo disfrutan. (Es mentira que una simula, una sufre el dolor de todo, por dentro todo es real, nada es “simulado”, como quieren creer aunque digan que les molesta les gusta: pero la puta no simula nada para ellos, la simulación es una mentira, un prejuicio) No vienen acá a eso. Yo no sé cómo ellos se llaman. A ellos tampoco les importa saber cómo yo me llamo. Me dan lástima. Siento pena por ellos. Ellos están más solos que yo. No tienen a dónde ir. Ellos vienen acá. Por alguna razón no pueden ni quieren volver a su casa.

Sueño. Adentro mío. Veo pasar una hormiga. Una hormiga negra. Me detengo asustada. En cualquier otro contexto ni me hubiera fijado, pero hoy sí, hoy me da mucho miedo pisarla. Pisar a la hormiga. Que va cargando dos veces su peso. En este pedazo de cemento gris. La hormiga cruzado de uno de los bordes de pasto al otro. Llevando no sé qué cosa, más grande y más pesada que ella. Las hormigas también deben experimentar la frustración y el desconsuelo, y la lástima (y el engaño) Pienso.

Sino, no cargarían esos enormes fardos. Sino, no se tomarían la molestia extrema de trasladar esa masa gigante de un extremo del camino al otro. Si se toman ese trabajo es porque ellas también conocen la frustración, el miedo, la desolación. La tristeza. Sienten. Sienten el desconsuelo. Nosotros simplificamos todo. Simplificamos todo diciendo que las hormigas se organizan así “para, su propia supervivencia”. No es cierto. Y aunque lo fuera, ¿no es que nosotros hacemos lo mismo? Nosotros también cargamos enormes fardos de un extremo del camino al otro. Por puro instinto. Para sobrevivir. “Le quedan 2 minutos...” pensó, “2 minutos...” pero no se lo digo, nunca. Poco tiempo. Ellos dicen que le queda “poco tiempo”.

Me levanto. No hay nada que hacer. Duermo cada vez menos. Cruzo el pasillo. Más que caminar, a esta altura de la vida deambulo. Miro las cosas. Afuera las estrellas brillan. Entro en la cocina. Veo los vasos, las manzanas rojas. Pienso estos vasos, estas manzanas... pero cómo sería si estos vasos y estas manzanas dejaran de existir de repente, pienso. No lo sé. Tal vez ya dejaron de existir. Y nosotros no lo sabemos. O no... Tal vez nosotros también ya dejamos de existir. Da igual. Vivir o no vivir da lo mismo.

1. Sábado. Se escuchan los truenos vacíos. De esta mañana vacía. Mastico un pedazo de pan blanco y me pregunto qué es lo que puede tronar en el cielo. Qué es lo que puede tronar todavía. La Colorada. Me llaman así porque tengo el cabello rojo, y tengo el cabello rojo porque soy una mujer mala. Dicen que hasta mi madre, de tanto escuchar ese nombre, olvidó el que ella había elegido para mi bautismo.

A ella, como hace seis años, la veo solo los sábados para darle los pesos que me quedan. Le doy todo lo que me queda después de pagarle el alquiler del cuarto, la ropa y la comida a Horacio. Él es bueno, y me protege. Me sacó de la calle cuando mamá me arrastró de los pelos por el camino de tierra de casa, escupiéndome y gritándome que papá la había dejado por mi culpa. —Putá!, trola!— me gritaba enardecida mientras los vecinos me miraban.

Horacio es como papá. Me quiere mucho. Cuando salgo de día para concretar las citas algunas chicas me dicen que lo deje, que me independice, que él abusa de mí. Les digo que lo voy a pensar, que tienen razón, pero no es cierto.

Horacio me enseñó a leer, aunque a veces se violenta cuando

me ve con un libro en la mano. Y después se arrepiente. Y yo lo perdono. Pese a todo, me parece justo. Cuando no tenía a nadie él me ofreció todo sin que yo le pida algo: una casa, un trabajo, es necesario que se lo devuelva. En el departamento viven tres chicas más: Lucy y Alma (que estaban ahí cuando llegué por primera vez) y después está Clara... o Martín, que vino hace dos años con hemorragias en los ojos. Ella sabe que es mujer, yo la veo así, pero no le gusta que la llamen con otro nombre que no sea el que aparece en su documento. Sólo lo usa con los clientes para no prestar confusiones. A pesar de haber convivido con ella mucho menos tiempo que con las demás, con Martín es con la que mejor me llevo. Hablamos de todo.

Horacio es muy estricto en ciertas cosas: nos prohíbe enamorarnos y salir después de las siete de la tarde. Una vez Lucy se retrasó una hora, y llegó sonriendo. Creo que eso fue lo que más enojó a Horacio, y creo que tuvo razón. Cuando llegó, el médico dijo que el corte en el labio no era tan profundo, pero para evitar que quede una cicatriz recomendaba realizar una mínima sutura. Lucy dijo que estaba bien y que no era necesario. E hizo bien porque la marquita que tiene le queda bárbara.

Nosotras salimos sólo para comprar cosas para la casa, para combinar los turnos con los clientes y una o dos veces al mes para comprar ropa (siempre y cuando Horacio esté de buen humor) Horacio es más inteligente. Nos pide que compremos todo juntas, a la vez, si al fin y al cabo (nos dice) acá todas nos prestamos la ropa. Ropa de colores fuertes, llamativa, y fácil de sacar. Esta ropa tiene un solo defecto y es que las manchas no salen.

Horacio no confía mucho en los teléfonos. Es por eso que prefiere que arreglemos cara a cara con el cliente, para no perder tiempo. Él es amigo del encargado de un bar muy concurrido de la zona, "El matete". Así que nuestro trabajo administrativo es muy sencillo: el día anterior llega el cliente preguntando por alguna de nosotras, y Ricky organiza nuestros horarios para recibirlos. Así que cada tarde, a partir de las cuatro, empezamos a atender a los interesados asignándoles para ese mismo día la hora que le toca. Cuarenta y cinco pesos media hora y después un recargo de un peso por minuto pasado, hasta máximo cincuenta y cinco minutos. Ni uno más, ya que hay que esperar al otro cliente y a los hombres les gusta pensar que están con una chica púdica e inocente.

2. Domingo. El silencio me incomoda. Veo como la luz roja se prende, se apaga; se vuelve a prender. El calor de los cuerpos me da nostalgia, me hace acordar cuando era chica. Igual es lo que me piden, y yo me siento sola.

Es domingo, la ciudad está vacía. Puedo seguir el vuelo de un pájaro y cruzar en rojo. Estoy condenada a pasar el verano en la ciudad, y el banco de una plaza me viene bien. Una larga fila de hormigas pasan frente mío y desaparecen en la raíz de un árbol. No quiero compartir. Tengo miedo que me lo saquen y no tenerlo más. La gente no se da cuenta de esas cosas.

Miro el precio de un plato de comida. 55 pesos. A veces pienso que no tengo alma. No gozo. Ni canto. Ni sueño. Nada. Pienso mientras miro las hormigas tan pero tan pequeñas. Cómo hacen para vivir. Cómo hacen para transporar dos, tres, cinco veces su peso. Cómo sabemos que las hormigas no sienten el dolor, la frustración, o el engaño. Si no lo sintieran, no harían todo lo que hacen. No transportarían dos veces su peso. Lo hacen porque sufren. Yo tampoco tengo hogar. No tengo familia. Sólo tengo un bolso oscuro, chico, con todas mis pertenencias apretadas. Eso es todo: un bolso apretado en el fondo de un placard.

3. Lunes. Tengo un tipo encima mío. No hay nada que hacer. Trato de mirar para adelante. Pero el día parece siempre algo tan gris. Algo tan opaco, sin forma, ni contorno, algo tan ilusorio, algo sin valor. Algo sin brillo. Algo que no vale la pena.

Rimmel. La vida es gratis. Los colectivos pasan. Encima mío. La gente también pasa. Apurada. Pero estoy segura de que no saben adónde van. Su vida es tan corta.

El otro día un tipo me levantó y me invitó a un teatro. Yo no había entrado nunca a un teatro. Creo que fue la primera vez. No me pareció fascinante. Apenas entramos yo sentí que los palcos apuntaban en una dirección perdida. El escenario estaba vacío. La gente hablaba. Todos hablaban menos nosotros. Nosotros nos acomodamos, pero la obra tardó en empezar. Tardó mucho. De repente empezaron a bajar las luces y yo me asusté. No entendía qué pasaba. Me había olvidado por un momento que venía a un show de teatro. Con un tipo que no conozco. Para ver cómo la gente se disfraya. Y actúa.

—*Tenemos que vivir*—, dice una voz,

—*Pero con vivir ya no será suficiente*—, responde otra voz— *con vivir no alcanza*.

Aparecen personajes que desfilan. Enfrente mío. Pasa. Todo pasa. El tiempo pasa. La gente pasa. Me consuela pensar eso. Estamos encerrados. Todos.

De repente aparece un actor colgado. Me causa impresión. A mí también me podrían haber colgado así. Cualquiera es susceptible de que le ocurra *eso*. Pienso en ese actor. Qué habrá pensado él cuando practicaba esta escena. La soga al cuello que usa es verdadera. La muerte siempre es verdadera. Aunque él no se dé cuenta. Está muerto de verdad.

4. Martes. El otro día estábamos viendo televisión. Yo acababa de atender a un tipo. Martín estaba sola, en la habitación, y no atendía. En general, entre los turnos no hablamos. Así que nadie dijo nada. Se escuchaba la televisión. Un ruido sordo. A veces pienso que la dejamos encendida para que no nos ahogue el silencio.

En la tele un tipo muy gordo decía y repetía contento, que “Su efectividad –la efectividad del señuelo, dijo Martín– depende de la habilidad del pescador para moverlo en forma tal que simule estar vivo...”. “Estos tipos están todos enfermos, lo ves,” dijo Martín. El gordo mueve el brazo en el agua. Cazar un pez. Otro describe los métodos de la pesca. La almadraba, la pesca a palangre, los peces se “enmallan”. Los veo subiendo. No lo pueden creer. Los golpean. Caen gotas de agua. Se ven sus ojos. Sí, tengo los ojos cerrados. Cuando tengo mucho miedo cierro los ojos. Soy como un chico. Pienso que si cierro los ojos bien fuerte todo va a pasar. Todo va a ser diferente. Pero no. La realidad sigue ahí. Los delineadores. El maquillaje. Para disimular. Yo pienso que tal vez nosotras no somos algo muy distinto de aquellos anzuelos... unos pobres anzuelos verde claro cuya efectividad depende de la habilidad del pescador para moverlos en forma tal que simulen estar vivos.

El tipo al que atendí se vuelve. “*No queda papel*”, me dice. *¿Papel? Papel*. Horacio me da un rollo entero. Yo se lo doy, y el tipo se va. Y eso me alegra: porque con él me pasa lo mismo que me pasa con todos los tipos que atendí: no quiero volver a verlo.

Todo luce quieto. Rígido. Frágil. Pero siempre la fragilidad es una fragilidad ilusoria. Hay muros que no se ven. Muros detrás de muros que no fueron hechos para ser vistos. La lógica no es la de estar o escapar. Estar o escapar. Pensarlo así es fácil. A dónde se escapan los que escapan. Adónde, adónde escapar. Cómo. Para qué.

Flores. Alguien trajo flores, pensé. A mí me gustan las flores. Trajeron flores. Para qué las trajeron, dice Martín. Pero a mí las flores me gustan. Las pusieron en el florero del pasillo. Pero apenas la ponen en el florero yo me doy cuenta de que estas flores están muertas, cortadas. Que ya ni luchan por sobrevivir. Pienso que también nosotras somos un poco como esas flores muertas, cortadas. Que ya ni luchan por sobrevivir. Pienso en esas flores que se irán doblando solas, en un pasillo. Muertas. Por qué. Para qué, dice Martín. Porque nosotros somos un poco como esa flores. Solas. Yo misma soy como esa flor sola que se va doblando sola en un pasillo. Sin que nadie la vea.

Yo también... “Andá a ponerle agua”, me dice Horacio. Pero no quiero. Andá; me dice. Qué lindas flores, dice Horacio, ¿no? que lindas flores. Claro. Qué lindas... Pero en el baño yo tengo ganas de romperlas, de morderlas, de tirarlas a la basura. Qué lindas flores... claro. Yo trato de pensar con qué se alimentan. Las flores. Cómo viven. Ya ni luchan por sobrevivir. Flores. A veces pienso que no, pero yo también tuve una infancia. Está lejos. Yo fui más chica alguna vez. Y tuve una familia. Ahora es distinto. Me acerco a la ventana. El poco cielo que hay es un cielo inerte y vacío. Y esta es la única verdad. La noche.

5. Miércoles. Se había acabado la cera de depilar y a Lucy se le quemó una de las lamparitas que rodean el espejo de su tocador, así que aprovechamos que nos habíamos levantado temprano y salimos con Martín a hacer las compras a las nueve de la mañana. Caminábamos. Llegamos a una avenida. Allí las luces del semáforo cambiaron tres veces antes de que yo me atreviera a cruzar la calle.

Las hileras de autos grises viniendo de ambos lados. Todo es gris. Me daban miedo. Los autos bramaban como si pretendieran atropellarme. Estaban los semáforos, sí, pero nadie me garantiza que los conductores les harán caso. Pueden seguir de largo y matarme. Nada se los impide. Nada. Un límite simbólico. No es real. Lucy me tomó de la mano. Y crucé. Con los ojos cerrados. Temiendo, sinceramente. Este es el final, pensé. Recién cuando llegamos al otro lado abrí los ojos, y vi a un grupo de gente en la acera, riendo, y pensé: estas no son personas. — Gracias por ayudarme a cruzar la calle—. Lucy no me dijo nada. Yo no estoy acostumbrada, yo estoy más acostumbrada a ver cómo por entre la penumbra emergen imágenes de unos cuer-

pos con los rostros desdibujados, enceguedidos que sólo quieren tocarme. Pero ahora estoy viva. Estoy viva.

Caminamos mucho. Compramos lo que teníamos que comprar. Y nada más.

Después tomamos la Línea D del subte. Primero un tipo flaco y alto nos vendió unos aparatos para colgar carteras. “No tiene cables ni nada”, nos dice, “se fija a la pared, y aguanta hasta 5 kilos”. Lo colgó y su voz se entrecortaba con el ruido del subte, pero el tipo igual seguía hablando. Es su rutina. Supongo. No le importa que nadie lo escuche.

Después vino otro. Uno que leyó unos poemas. Era un tipo viejo. Y me daba lástima. Leyó varias cosas, con unas cosas en la mano, que hacían ritmo. “*Tú, la pedrada en el cuerpo, yo, la pedrada en el alma*”. Dijo. Le di dos pesos. Y me regaló un papel retorcido, con algo escrito adentro. Veo las palabras. Quisiera poder entender bien qué dicen. “Es mío”, me dice el viejo, “el poema, es mío”. Le sonrío. Y él se baja. Sube otro. Un tipo que vende curitas en el subte. Sombras, son sólo como sombras. Pienso. No son hombres de verdad. “Son apósitos de tela color piel”, dice el tipo. Son doce apósitos de tela que sirven para cubrir la herida. Ese es el problema, pienso yo. Que sólo sirven para cubrir la herida. Pero la herida está. Es inmensa. La herida crece y crece. Aunque uno no la vea. Aunque uno no la quiera ver. Y a veces la herida que tenemos es tan grande. Todo el año es así. *No importa*. Yo siempre miro un punto fijo. No siento nada. En el subte la gente viaja callada. Los miro. Me da lástima la gente, toda esa gente. Viajando callada, sin verse, sin mirarse a los ojos, cada uno metido en su mundo. Como si se pudiera vivir realmente así. Ahora pienso que es muy triste vivir. Levantar la vista, un día, y encontrar sólo eso. Miro una propaganda. Un hombre con su hijo y su mujer. Los tres felices. Dónde está ese mundo. Por qué sonrén.

6. Jueves. Nada. Volver a la casa y ver que las cosas están exactamente como yo las dejé.

La soledad debe ser eso. No sé por qué, pero al llegar a casa tuve el deseo de ver televisión. No es un hábito que tenga, tal vez porque a Horacio le molesta el ruido de la tele, o tal vez sea porque no me interesa. De todas maneras, me acosté en mi cama y la prendí.

En Albania un hombre mantuvo 22 años encerradas y atadas a sus

hijas. Cómo pueden saber eso. Me pregunto. Cómo. También nosotras podemos gritar, que igual nadie nos oye, podríamos morirnos aquí, como perros, mordidas vivas por perros... que igual nadie nos oye. Vivimos así. Sin nada. Pienso si algún tipo que se conmueve en su casa con la noticia después viene acá. Sin notar que no hay diferencia. Que es todo lo mismo.

7. Viernes. Horacio prefiere que tengamos esa pálida luz prendida. Que vivamos en plena penumbra, aunque afuera haya plena luz del sol. Esto me molesta. Y nosotras también nos vamos acostumbrando a vivir en la penumbra. Hasta que la luz nos hace mal. Y nos daña los ojos. *A los clientes les gusta así*. Dice Horacio. Serio. Me acerco a la ventana.

Después de una semana de lluvia intensa, hoy salió el sol.

Y yo pienso para qué salió, qué sentido tiene.

8. Sábado. Estaba ahí sentada en una mesa en un bar. Me fui más temprano bajo la excusa de que estaba en mi período y debía comprar protectores. Horacio detesta que yo le hable o que cualquier otra chica le hable de esos temas. Quise molestarlo un poco y es así como me dejó salir una hora antes. Quería estar sola, pero eso mi trabajo no me lo permite.

Al principio tenía la mirada perdida. Me miraba las uñas. Recordaba cuando era chica. Sonreí por un momento. Después sentí pena de mí misma. Pena. Me gustaba mucho pintarme las uñas. Pero ya no me gusta. Ya no me importa, ya no tiene sentido.

De repente una sombra me tapó la luz. Me sobresalté y levanté la vista: no era más que un desconocido de dientes blancos, con un traje azul y una corbata de nailon. La corbata estaba estampada y esta persona había empezado a fumar. Traté de no mirarlo. Eso es lo peor. No hay que mirar. Eso yo ya lo sabía. Tengo que evitar su mirada. Sabía que acá las mujeres solteras como yo no podían ir solas a los bares, pero aquello parecía un bar común y corriente y, además, estábamos en pleno día. No sé qué fue lo que a este tipo le llamó la atención. Ni mi ropa ni mi actitud me delataban. Quizás fue el álbum (un pequeño álbum de fotos de las chicas, que llevo siempre conmigo) el encendedor, o los papeles, o los zapatos marrones o la línea negra que me recorre los ojos, lo que le había llamado la atención. No lo sé. Quise escabullirme, pero él ya se había sentado en mi mesa.

9. Qué extraño. Qué extraño es todo. Qué extraño que es un piso 20 frente al mar. Qué extraño es este viento frío entrando en

la casa. Y yo... sola. Pensando. En la cama. Esperando que el tipo termine. Lo que tiene que hacer. Sin nada. Sin moverme casi.

Faltan 20 minutos. 20 minutos es mucho o poco. No lo sé. Tampoco tiene sentido que me lo pregunte. Según cómo se lo mire, los minutos duran más que los años. Mucho más. Porque están hechos de algo diferente. De una sustancia diferente. No sirve de nada hablar.

Todo. Todo está tan distante. Una sola vez lloré. Mientras tenía a un tipo encima. Sí. Pero el tipo ni siquiera se dio cuenta. O no le importó. Me voy. Al final logró lo que quería. Los hombres son así. Por eso salgo. Vuelvo. Siempre hago un mismo camino. *Si no te podés perder.* Por la plaza veo un ángel en la fuente tirando agua. Un brazo adelante y otro atrás. Yo soy como esos ángeles de mármol que escupen al aire con las alas rotas. Yo también estoy sola. Nadie los ve. Nadie ve nada. El mundo no está hecho para ver. Cada uno está en lo suyo. Un ángel de mármol gris, gris. No sé qué es lo que este ángel de mármol espera. Pero estoy segura de que espera algo. De que siente. Como yo. Siempre que paso lo toco. Y estoy segura de que la gente piensa desde su silla elegante en la terraza del bar: esta puta está loca. No piensa que son sus hijos. Sus maridos. Sus hombres. Los que me hacen esto.

10. Volver. Volver otra vez. Tirarme en la cama. Y oír el silencio. Y mirar. Me desvestí. Y encontrar el poema. El papel estaba hecho un bollo. En el bolsillo. Me acordé del viejo del subte “tú, la pedrada en el cuerpo, yo, la pedrada en el alma”. Pobre viejo, todavía debe estar allí, yendo de vagón en vagón, recitando poemas que la gente no escucha. Para qué. La poesía no le importa a nadie. ¿Qué es la poesía? Martín me contó que en algunos países a las mujeres como nosotras les tiran piedras por ser infieles. Las entierran vivas. A otras les dejan solo la cabeza libre frente al sol. Hasta que mueren. Y los insectos les comen los ojos. Lo nuestro no es muy diferente. Acá también te dejan enterrada hasta morir. Acá también los insectos te comen los ojos, los brazos, el corazón. No queda nada. Lo abrí. Abrí el papel. Dice con letra manuscrita, difícil de leer: Juan José. Se llama *Juan José*.

Me conmueve saber su nombre. Estoy llorando.

Hacía mucho que no lloraba.

Leo el poema. Juan José. Me gusta mucho y lo pego en la puerta del locker del lado de adentro, para que Horacio no lo vea.

Los hombres que vienen en general acá no hablan. No quie-

ren hablar. De esto. Juegan los niños en una bulliciosa ronda. Se besan un par de / adolescentes escondidos tras un frondoso árbol. El olor penetrante de un guiso sale de una casa

vieja y destartalada..

Cae el crepúsculo y esa luz los envuelve a todos/ menos a mí.

Lo cierro y me acerco a la ventana. Acá también es de noche Juan José. Y veo pasar los autos.

A Juana

8 minutos, dice el locutor. 8 minutos y 17 segundos. Eso es lo que tarda la luz en viajar desde el sol hasta la superficie terrestre. Necesitaba estar sola. El locutor siguió hablando de lo que tarda la luz, de cómo se forma la luz, de qué cosa extraña es la luz, después de todo.

MARCAS

por Ignacio Alonso

Se había levantado al alba como todos los días. Luego de su liberación no había vuelto a dormir en una cama, simplemente no podía hacerlo. Por las noches se tiraba enfrentado a la única ventana de su apartamento con una colcha y una almohada. Los primeros rayos de luz que entraban lo despertaban de un sobresalto cada vez. Le costaba unos minutos reconocer el lugar donde se encontraba y su situación actual. Era como despertarse sin memoria de los últimos acontecimientos de su vida y verlos rápidamente en un video resumido en su cabeza.

Ya había comido un trozo de pan con manteca y estaba bajo el agua tibia de la ducha cuando su rodilla volvió a fallar y cayó violentamente sobre su lado derecho quedando tumbado boca arriba con el agua golpeando su rostro. El susto del golpe se sumó a un breve pero abrumador instante en el que se trasladó años atrás cuando era sistemáticamente llevado a los interrogatorios. Allí le cubrían la boca con un trapo y le arrojaban agua hasta que podía sentir los pulmones y el estómago hinchados y el cerebro desesperado por recibir una bocanada de aire. Los gritos desesperados entre el áspero ruido del aire entrando por fin por su boca se repetían una y otra vez: —Yo no hice nada....lo juro!

Se quedó tumbado mientras sentía su respiración agitada bajando poco a poco la frecuencia. Inhalar y exhalar suavemente con ritmo pausado, un ejercicio que había repetido hasta el cansancio en la oscuridad de su celda durante mucho tiempo para mantener la cordura. En solitario, con frío y hambriento, era difícil mantener la mente sana. Pasaban días y noches sin escuchar un sonido que no fueran los pasos y el arrastre de un platito con trozos de pan viejo y leche agria. En esos momentos ponía toda su atención en el sonido de su respiración. Lo primero que pensaba era que eso le decía que estaba vivo. Y mientras viviera soñaría con la vida que había dejado atrás y algún día buscaría recuperar. Al rato, la frecuencia de la respi-

ración y el suave zumbido de sus pulmones haciendo el trabajo lo terminaban por sedar y dejarlo en una especie de transe que le permitía sobrellevar muchas horas que le hubieran sido insostenibles de vivirlas con plena conciencia.

Cada día que pasó en cautiverio perdió un poco de sí. Cada día se sintió menos persona, y se fue alejando casi hasta el olvido, de su otra vida. Aquella vida en la que había sido feliz, se había enamorado y había sido padre de una niña que llevaba sus ojos y la ternura de su madre. Todavía recordaba el último día que las había visto. Hacía semanas que andar por la calle ya no era seguro y los enfrentamientos se sucedían entre reivindicaciones, venganzas y traiciones. Su hija no tenía un año aún y con su mujer habían decidido quedarse dentro de su pequeño apartamento el mayor tiempo posible y no salir si no era realmente necesario. En ese momento ambos estaban desempleados y vivían de unos pocos ahorros que él había logrado juntar de su época de trabajo en un frigorífico como jefe de área. Esperarían a que se calme la ciudad para volver a la carga en busca de un nuevo trabajo luego del cierre del frigorífico.

Su mujer estaba preparando el almuerzo cuando tumbaron la puerta y entre gritos y amenazas lo golpearon y se lo llevaron tan rápido como entraron. En el forcejeo perdió la medallita que colgaba de su cuello y la vio caída de revés cuando lo arrastraban fuera del apartamento. “Piqui”, pudo leer, y el desgarrador sonido de su llanto se volvió cada vez más lejano hasta no poderlo escuchar.

Dos horas después ya estaba a oscuras en algún lugar que bien podía ser un sótano, un calabozo o un depósito. Nunca más supo nada ellas, su hija y su mujer. Nunca nadie le explicó tampoco por qué lo habían llevado, por qué lo mantenían encerrado. Y nunca nadie le explicó qué era lo que pretendían de él en los interminables interrogatorios en los que era torturado una y otra vez. Las preguntas que le hacían eran incomprensibles y la única respuesta que podía dar era que no sabía, y que él no había hecho nada. Durante un tiempo se preguntó por qué le había sucedido esto a él, por qué lo habían buscado y por qué le habían hecho sufrir tanto si él no era nadie. Pero fueron pasando los meses y dejó de hacerse preguntas. También dejó de responder en los interrogatorios, y solamente recibía los golpes, las descargas eléctricas y cualquier método nuevo que

quisieran probar con él como un muñeco de trapo. Cuando el dolor era insoportable y se desmayaba lograba recordar a sus mujeres. Luego se despertaba tumbado contra el piso helado y la sangre seca en su rostro y creía que aquellas imágenes de su hijita no eran más que sueños de otra vida, una vida que llegó a convencerse que nunca había existido.

Los días eran noches y las noches eran días. Las semanas eran horas o las horas duraban semanas. Tanto daba si era un viernes o si la semana recién comenzaba. Sólo cuando fue liberado supo el tiempo que había estado encerrado y ya no pudo decir si era mucho o poco. Tanto daba en realidad.

A los pocos días de ser liberado, y luego de que los médicos le dieran el visto bueno para irse del hospital, se enteró de que su esposa había muerto días después de que él fuera tomado prisionero y que su hija había desaparecido, seguramente colocada en alguna familia con otro nombre para proteger su futuro. También le explicaron que no se había encontrado causa aparente de su encarcelamiento. Que era probable que algún otro prisionero buscando un alivio a sus torturas había decidido dar nombres, aunque los mismos no fueron más que nombres de conocidos que nada tenían que ver con los grupos revolucionarios de la época. Él recibió la explicación sin interés. Era igual ahora si lo habían torturado por esto o por aquello. Su esposa había muerto, y jamás volvería a ver a su hija. Luego de tantos dolores físicos, lograban por fin quitarle lo que más quería.

Se miró al espejo luego de afeitarse y vio a un hombre veinte años más viejo de lo que en realidad era. Las cicatrices en su cuerpo, que la ropa lograba esconder, no podían ocultarse en sus ojos. Se ajustó el nudo de la corbata y apagó la luz.

Cerró la puerta de su apartamento y dejó la llave puesta, imaginando lo que hubiera pasado si alguna vez alguno de los “guardias” lo hubiera hecho inadvertidamente durante su encierro. Esta vez él estaba de este lado de la puerta y dejaba adentro el dolor y la angustia que lo habían atormentado durante décadas. Caminaría por las calles con nombres que no le interesaba recordar, miraría el cielo hasta que le ardieran los ojos y llegaría al acto conmemorativo de la declaratoria contra la tortura. Escucharía la rabia en la voz del orador y su alma se volvería a retorcer ante la injusticia imborrable que marcaba su cuerpo y memoria. Luego, terminaría. Dejaría su último

pedazo de alma para que alguien lo encontrara y desapareciera con ese último suspiro.

Los discursos habían terminado hacía más de una hora y él seguía quieto ahí, apoyado contra un árbol sin quitar la mirada del sobre que tenía entre sus manos. “Para Piqui”, anunciaba una letra cursiva con una prolijidad tan forzada que la volvía infantil. De un momento a otro, como si alguien hubiera dado la orden, se puso a andar nuevamente pero esta vez con pasos decididos y más ligeros. Un rato después se encontraba parado frente a su último destino, la “Escuela de Mecánica de la Armada”. Su cuerpo se sacudía con sensaciones que no podía identificar. Ráfagas de miedo, oleadas de rabia incontrolable y una angustia debilitadora se enfrentaban con un sentimiento de paz inexplicable. Su mirada traspasaba las cómplices paredes de la edificación, la juzgaban y la condenaban. En los muros y rejas que caían sobre la vereda colgaban afiches con fotos de otras personas que, al igual que él, ya no eran tales. Algunas muertas, otras quizás flotando como él.

Nunca supo dónde estuvo encarcelado, nunca supo quién lo hizo, ni le importó. Daba igual allá o acá, por aquél o por este otro. Pero el sobre lo tenía que dejar en algún lugar y la mayor cárcel de la dictadura que luego se convirtiera en el “Espacio de la Memoria y Promoción de los Derechos Humanos” parecía el sitio adecuado. No sabía bien cómo, pero la palabra memoria le despertaba el poco fuego que le quedaba en el alma.

Una chica cruzaba la calle y se dirigía hacia el edificio. Al llegar a la puerta notó un sobre tirado en el piso y al leer el dorso se le aflojaron las piernas. Nunca nadie la había llamado así excepto su padre, su verdadero padre. Con el corazón empujando para salirse de su pecho, buscó con su mano la medallita que llevaba colgada al cuello y que en el revés decía simplemente: “Piqui”. Su padre adoptivo se lo había contado cuando ella tenía doce años. Su padre biológico había sido tomado prisionero durante la dictadura y días después su madre había muerto intentando escapar junto a ella. En aquellos tiempos existía una organización anónima que intentaba salvar a los hijos de los desaparecidos cambiándoles el nombre y mandándolos a vivir con familias en todo el país. Todos los documentos se rompían y nadie sabía quién era el niño que se entregaba a una familia ni quiénes eran sus verdaderos padres. Así que al momento de

recibirla en su casa, la familia adoptiva sólo podía conocer datos genéricos como los que le confiaron a ella cuando tenía doce años. Nunca supo quiénes fueron sus padres de verdad, pero cada víctima, cada historia, cada injusticia, eran ellos.

Con el sobre en sus manos, todos los años dedicados a la investigación, la lucha contra la tortura y la defensa de los derechos humanos parecían valerle todo. Ahí estaba, la prueba de que su padre vivía. Pero más importante aún, la prueba de que su padre la recordaba y había sufrido quién sabía qué cosas y aún así la había mantenido en su memoria y en su corazón. Pasaron varios minutos antes de que pudiera abrir el sobre para encontrar en él una foto en mal estado. En ella podía ver a una chica de su edad con unos lentes gruesos y una sonrisa natural abrazada a un chico de la misma edad. El chico tenía una expresión en los ojos que ella podía ver cada vez que se miraba en un espejo. Entre sus brazos sostenía un bebé. La imagen se empañaba por las lágrimas que se acumulaban en sus ojos pero logró ver que el chico lucía una medallita colgada en su cuello. Una medallita que le habían entregado a ella hacía ya muchos años.

De pronto ya no pudo respirar con una idea que recién le parecía obvia. Su padre estaba allí, o había estado. Miró a todos lados y no vio a nadie. Corrió unos pasos hasta la vereda y tampoco vio a nadie. Con una mezcla inexplicable de felicidad y tristeza volvió a mirar el sobre y sacó un pequeño papel doblado a la mitad. Lo abrió y leyó entre las lágrimas que volvían a inundar sus ojos: “Siempre conmigo, siempre con ustedes”.

VADE IN PACE

por Hernán de Llano

Uno

Esta mañana no fue una más para *El Director*. El día anterior había recibido el aviso de una visita de autoridades de un organismo de derechos humanos foráneo cuyo nombre no recordaba. Últimamente, los nombres, los datos, las referencias precisas se le escabullían como difuminadas por una repentina niebla que opacaba su memoria. Lo atribuía a la cárcel, esa cárcel que él dirigía. Esa mole de piedra añosa, como una fortaleza del medioevo, que se resistía al paso del tiempo en medio de una ciudad que le daba la espalda, ocultando el crimen y sus miserias; el silencio sepulcral de lo que no se nombra, de lo que avergüenza. Estaba convencido de que estaba maldita, signada por un destino trágico que lo agobiaba. “Un halo de desgracia nos envuelve a todos” solía afirmar a quienes lo escucharan en sus recurrentes súplicas.

Recibió a aquellas personas en su despacho. “Una inspección de las condiciones de detención en la unidad”, le habían adelantado de la superioridad. No había tenido tiempo de preparar las cosas para lo que, intuía, sería una nueva muesa para su ya atribulada realidad. Sin sutilezas, inició el monólogo destacando que la prioridad en la política de la unidad era evitar las muertes.

“Todas las acciones están orientadas por esa directriz. Este año llevamos siete fallecimientos, dos hechos violentos, tres suicidios y dos casos dudosos. Entre otras propuestas, implementamos un ciclo de cine que está dando buenos resultados, si miramos la baja en la estadística de decesos. Del resto, se hace lo que se puede. El presupuesto no ayuda y los jueces, bueno, en esta jurisdicción no son precisamente lo que se dice garantistas. Cada vez se deniegan más excarcelaciones y eso incide en la superpoblación”.

“¿Lo edilicio? Como luego verán, está en el último peldaño de las prioridades. Es una cárcel centenaria y los parches no

alcanzan para cubrir las mínimas necesidades. Me dijeron que ustedes quieren ver el pabellón nueve. Sí, ese es el peor, está seriamente deteriorado. Ahí alojamos a los internos más peligrosos, los más violentos, con penas muy altas o de difícil pronóstico de reinserción social. Las condiciones de detención no son las mejores pero, sin ayuda, no se puede hacer demasiado. Me dirán que los estándares internacionales no se cumplen, pero ¿qué puedo hacer yo en estas condiciones? ¿Saben la cantidad de notas que enviamos a la Dirección General pidiendo mayor presupuesto? No es una excusa, claro, no hay dudas de que ese pabellón es una asignatura pendiente de esta gestión”.

Las palabras de *El Director* sonaron como un discurso abatido, acaso confesional, en busca de una complicidad que liberara el lastre de la resignación. Le preocupaba el pabellón nueve. Hacía ya mucho tiempo que no entraba a ese sector y lo que le transmitían sus subalternos no era precisamente halagüeño. Prefería ignorarlo, hacer de cuenta de que ese lugar le era ajeno, que no caía bajo su órbita de decisión. Quería convencerse vanamente de que la mácula de la degradación que trasuntaba bajo esas paredes, no podría alcanzarlo.

Dos

La primera imagen fue la desolación. La puerta de hierro con sus candados oxidados aunque en vital funcionamiento dio paso a un mundo de desamparo, oscuridad y humillación. Alguien prefirió esperar afuera. No toleró los olores nauseabundos que emanaban de las entrañas de ese edificio virtualmente en ruinas. Otros, igualmente impactados, vencieron la resistencia interna en la que un sentido prevalecía sobre el otro. El impacto visual golpeaba de tal modo que las emanaciones de cloacas y retretes improvisados en botellas de gaseosas y bolsas de plástico frente a las puertas de las celdas, pasaban a un segundo plano de la degradación que inundaba el lugar.

El pasillo que recibía en penumbras y surcaba como una vena el pabellón, parecía no terminar nunca. A lo lejos, una tenue luz alumbraba el final del corredor visualizando las marcas del paso del tiempo y del deterioro, fruto de la humedad, la mano del hombre y la desidia de las autoridades. La ilusión era la de un edificio en ruinas abandonado a su suerte, gastando las últimas horas de su sufrida existencia. Y lo que coronaba la escena era un

silencio malsano, que arropaba una violencia contenida, latente. Ese era el pabellón nueve. Aquél que confirmaba de manera cruda, casi salvaje, los peores pronósticos de *El Director*.

Algún funcionario sugirió ser cuidadosos con la inspección de las celdas por el riesgo que implicaban quienes pasaban allí sus horas. Se podía acceder a cualquiera de ellas pero de a una por vez. El contingente acató la recomendación rodeado de una nutrida escolta de penitenciaros. “Si bien originalmente estaban destinadas a un solo interno, por la sobrepoblación, algunas de ellas alojan a dos personas” dijo alguien.

“Abran la veinticuatro” ordenó *El Director*. Su cara se desencajó cuando con una fugaz mirada observó a cuatro personas en ese diminuto espacio. Su desconcierto se profundizó, como una burla del destino, al ver que, aun cuando no habían transcurrido unos segundos de la apertura de la celda, ese número se había reducido a la mitad, desvaneciéndose en el éter dos de los habitantes de ese espacio. Alguien dudó, se preguntó si no habría sido una alucinación o un efecto visual producto de la tenue iluminación. *El Director*, preso de la sorpresa y presumiendo que sus presagios sobre el maleficio se habían materializado en ese acontecimiento, trató de reaccionar buscando alguna respuesta en sus subalternos; como si se tratara de un evento exógeno, fortuito, ajeno a sus responsabilidades, que de alguna manera disipara la vergüenza que se apoderaba de él en ese instante. En ese momento se escuchó el grito de un funcionario que señalaba las paredes. De inmediato, todos posaron sus ojos en dos grandes huecos, uno en cada pared lateral de la celda que, segundos antes, había servido de vía de escape de los dos intrusos, como los topos que ante la presencia hostil se esconden raudamente en su madriguera. La única respuesta que pudo dar *El Director*, casi como un compromiso ante la dantesca imagen, fue adjudicar la culpa a los internos. “Nosotros lo reparamos, pero ellos vuelven a romperlo”.

El periplo continuó en el patio, al que se accedía por una puerta lateral que dejaba entrever un brillo desesperado del tenue sol otoñal. El lugar, vacío e inabarcable, lucía también un estado de abandono como si develara que ese espacio se había perdido irremediablemente como área de esparcimiento de los internos. Un acontecimiento confirmó esa presunción: al final del patio, en el límite con la alta pared del pabellón que daba a

la benthiana torre de vigilancia, se podía observar lo que otrora habían sido bancos y mesas de cemento, y que hoy se materializaban en una enorme pila de escombros. Como un arsenal de piedras al alcance de la mano para dirimir cualquier reyerta de manera cruda y definitiva, revelaba una inacción de las autoridades que sólo podía explicarse en la inutilización de ese lugar.

Para su pesar, los temores que afloraron en *El Director* cuando se anotició que debía acompañar a los visitantes al pabellón nueve se habían concretado en esa dolorosa realidad.

Tres

Todos los que participaron de esa experiencia sintieron alivio cuando dejaron atrás el pabellón nueve. Como para matizar tanta miseria, un funcionario ofreció recorrer los talleres donde trabajaban algunos internos. Alguien sugirió ir a los comedores para ver cómo era el proceso de elaboración de la comida. Con elegancia, los visitantes agradecieron las propuestas pero consideraron que ya habían visto suficiente. Nadie quería continuar. No era necesario. Por mucho tiempo nada quitaría de sus abrumadas retinas las imágenes de lo allí vivido.

Los improvisados baños en las puertas de las celdas, los huecos en las paredes que las comunicaban y el desolado patio con las piedras sin remover eran la marca indeleble de una realidad inhumana: las personas alojadas en el pabellón nueve no salían de sus celdas y su transcurrir miserable se limitaba a esos espacios mínimos, oscuros y ominosos. También delataba que a esos lugares el Estado no entraba. Quien allí caía por méritos atribuidos por la autoridad penitenciaria, suerte esquivada o castigo, quedaba librado a su destino. Vidas malogradas en un estado de abandono, en un espacio donde la esperanza o la ilusión se añejaban en la cerrazón de esas paredes de piedra. Rostros demudados por el horror de vivir en esas condiciones. Una auténtica mazmorra de la modernidad.

Confessio

Entrada la noche, solo en el living de su casa, *El Director* se dejó caer en el viejo sillón que tantas veces lo había cobijado en sus horas de angustia. Habían pasado ya varios años de aquel día y, desde entonces, había reconstruido los hechos una y otra

vez en sus detalles mínimos, intentando encontrar un alivio a los fantasmas que lo abrumaban.

Con el tiempo asumió que quienes habían habitado esa cárcel se habían resignado a padecer una vergüenza con la que se habían acostumbrado a vivir, una forma de pecado original en algún momento perdonado pero que nunca se borraría. Y que, seguramente, aquellos que no habían podido soportar esa vida infernal, habían buscado la manera de acabar su padecer. Recordó con precisión sus palabras en aquella reunión, sus prioridades, sus esfuerzos por evitar las muertes e intuyó que aquel argumento quizás hubiera podido servirle como expiación de su conciencia. Acaso hubiera justificado sus funciones en el penal. Pero se preguntó si en definitiva esa no había sido otra forma de maltrato —seguramente involuntaria— pero también más solapada y acaso más cruel. Quién sabe si la muerte, bajo esa mirada despiadada de la realidad, hubiera sido para muchos el final de la agonía como una dicha absolutoria de la liberación definitiva, como un rescate de la dignidad.

Nota final: el título alude a las cárceles subterráneas del siglo XII que se harían célebres con el nombre de "*Vade in pace*" (vete en paz), denominación dada porque con esas palabras eran despedidos los reos, y el que entraba en ellas no salía. Eran mazmorras subterráneas donde los presos bajaban por medio de escaleras o pozos donde eran descolgados con una cuerda. La paz era la muerte que el reo debía esperar.

CICATRICES

por Claudio Damián Cayo

El frío húmedo de la mañana de aquel miércoles de junio lejos estuvo de ser piadoso con los huesos de don Esteban. El viejo, recostado en el catre, miró a través del ventanal como la niebla insistía en engullir, con prisa y sin pausa, las siluetas de los edificios, de los álamos, del espantapájaros de su huerta de calabazas y de todo ser u objeto aledaños a su casa situada al costado de las vías del ramal de trenes que unen Constitución con Bosques. Como pudo, comenzó la difícil tarea de reincorporarse.

En el camino hacia el baño, arrojó una manta sobre su espalda y encendió la radio.

Abrió la canilla y esperó a que el agua corriera caliente. Fue entonces cuando oyó ruidos en la azotea y alcanzó a ver un par de sombras proyectadas sobre la claraboya.

Resolvió sentarse sobre la tapa del inodoro para esperar.

A continuación se escucharon unos gritos entremezclados con unos revolcones y luego un tenso silencio. Don Esteban salió del baño, tomó el juego de llaves y abrió la puerta que da al patio trasero. No se veía nada.

Espantadas por el paso del tren, tres palomas sobrevolaron la cabeza del anciano. Segundos después sintió un súbito y suave roce en los tobillos. Un maullido tímido y quejoso llegaba desde abajo.

—¡A ver qué te pasó! ¿Quién te lo hizo? Seguro fue el manchado de la esquina— le dijo a su gato pendenciero que estaba lamiendo un rasguño en la pata trasera izquierda.

—¡Vamos para adentro Carolo, no es nada!— añadió mientras lo empujaba con una leve patada. —¡Lindo susto me diste!— continuó regañándole.

Cuando ingresó a la casa se anunciaban las noticias de las siete y media. El locutor, después de informar la temperatura y

la humedad, pronunció ese nombre que al viejo le resultaba tan familiar como abominable.

Como un acto reflejo colocó las manos con premura sobre su vientre tratando de proteger la zona en que se aloja (desde hace décadas) una cordillera de piel encimada, cicatriz repulsiva que oculta hasta de su propia mirada. Después se apoyó sobre los azulejos de la cocina, cerró con fuerza los ojos, respiró con profundidad y comenzó a tararear un cántico militante de los años setentas con el que pretendió sortear las escaramuzas de esos recuerdos nefastos que pugnaban por sitiar su mente, una vez más.

Una gota pesada de sudor rodó por la reseca piel de su rostro cuando comprobó que la herida estaba latiendo, que se despertaba de un largo letargo con nuevos bríos.

El celular sonó varias veces hasta sacarlo de aquel trance. Solo unos pocos, sus dos hijos y el juez, conocían el número. Atendió con la voz entrecortada. Del otro lado, Manuel (el menor) le preguntaba si iba a estar listo para la hora diez. Don Esteban respondió que no habría problema y se despidió hasta entonces.

A continuación se dirigió hasta la habitación a preparar la ropa que se pondría más tarde.

—¡Voy a llevar la camisa celeste y un pantalón gris oscuro!— dijo en voz alta.

—Es la combinación del uniforme que usaba en la papelería. ¿Te acordás?— preguntó nostálgico.

Abrió las puertas centrales del placard y echó una mirada al barral colmado de prendas de su esposa. Del final del mismo rescató a su antiguo Montgomery. Del perchero tomó la bufanda y la boina que usa a diario y dejó todo tendido sobre la cama.

Se fue a bañar y luego desayunó frugalmente. Alimentó también al gato y al jilguero. Después terminó de vestirse y esperó, algo impaciente, sentado en el living a que se haga la hora.

Cuando escuchó la bocina le acarició el lomo a Carolo y dejó de mirar las fotografías del modular. En una de ellas Mara y Bruno, sus dos nietitos, montaban felices los corceles de una calesita tratando de tomar la sortija. En el portarretratos de al lado, en blanco y negro, su bella esposa posaba oliendo una flor en el jardín.

—¡Me voy! Rezá para que todo salga bien— dijo antes de cerrar la puerta.

Luego de girar la llave sintió la necesidad de decirle ¡Te amo! pero se arrepintió cuando sintió sobre su hombro derecho la mano de Manuel que esperaba para saludarlo.

Antes de subir al auto miró la puerta de la casilla del medidor de gas y lanzó una puteada al aire. Confirmó la sospecha de que ese ruido a chapa golpeada que escuchó durante la siesta del día anterior no era otra cosa más que un nuevo pelotazo escapado del potrero de enfrente.

Dos horas más tarde Don Esteban estaba sentado frente a un micrófono.

—“Volví del trabajo y a dos cuadras de la estación de Bernal un Falcón frenó delante de mí cuando cruzaba la bocacalle. Bajaron dos tipos con armas del ejército. Me pidieron que me subiera y obedecí sin resistirme”— comenzó a relatar ante el tribunal.

—“Pensé que solo me detendrían por averiguación de antecedentes. No sabía que la mano venía pesada. Yo no andaba en nada raro. Sólo ayudaba en la parroquia del barrio, con mi esposa y un grupo de amigos. En aquel tiempo hacíamos obras de caridad para los vecinos de un asentamiento precario instalado en la ribera”— dijo e interrumpió la crónica para tomar el primer sorbo de agua.

—“Cuando me encapucharon comencé a forcejear y ahí no más me pegaron un culatazo en la nuca. Quedé inconciente un buen rato.”

Al despertar no sabía en donde estaba. Era un cuarto frío, oscuro y sin muebles.

“Me encontraba en el suelo con las manos atadas detrás de la espalda y amordazado.”

Lo que siguió narrando fue de una crudeza extrema. Pocos en el salón no se mostraron consternados con la lista de torturas y vejaciones que aquel hombre sufrió en esas 48 horas de encierro. Esos pocos eran una media docena de vejetes orgullosos a los que parecería escapárseles alguna sonrisa mientras murmuraban entre ellos alguna anécdota a colación de la historia de Don Esteban. Estaban sentados en el banco de los acusados.

—“¡Querían nombres! Me vinculaban con el sindicato y estaban especialmente interesados en saber el paradero de un ex compañero del trabajo del cual no se supo más nada después de

asumida la junta militar. Se llama o llamaba Mario Zitello” —hizo una pausa de cuatro segundos y continuó diciendo con tono apenado— “Éramos muy compinches. Compartimos varias cenas en casa con su señora y la mía. Estaba involucrado con el movimiento peronista y era nuestro delegado sindical. Lo acompañé a unas cuantas marchas de protesta cuando comenzaron los despidos.”

El fiscal le hizo algunas preguntas más al respecto de este dato, las cuales fueron respondidas con seguridad.

—“Cuando ya no sabían más que hacer con mi cuerpo me arrojaron medio muerto en un lugar inhóspito de la costa de Berisso. No sé cuanto tiempo tardaron en encontrarme. Fueron los hijos de un quintero que jugaban a los expedicionarios. Después me llevaron al hospital” —volvió a beber agua.

El anciano miró fijamente, uno a uno, a los acusados. Con cuidado se puso de pie, desabrochó su camisa y dijo enérgicamente: —“¡Allí entre otras cosas curaron esto!” —y exhibió ante todos aquella cicatriz marcada a fuego.

—“Justo en el medio de este grupo despreciable está sentado el artista de esta obra maestra del terror” — continuó diciendo y señaló a aquel cuyo nombre había escuchado en la radio esa mañana.

El Juez llamó reiteradamente al orden y amenazó con desalojar la sala ante la avalancha de insultos del público asistente.

El viejo volvió a sentarse y ahora entre lágrimas comenzó a detallar lo que fue el regreso a su casa. “Mi hermano me trajo en su camioneta. Me ayudó a entrar porque estaba muy dolorido. Lo noté raro, como queriendo decir algo para lo cual aún no había juntado el valor suficiente. Me acomodó en la cama y entonces le pregunté por Florencia y los chicos...”.

Cerca de una hora más duró la exposición. Terminado el testimonio, recogió su abrigo y la boina. Un respetuoso silencio acompañó sus pasos hasta la salida. No podía disimularse la emoción en las miradas.

Junto a su hijo llegaron a la calle por una puerta del contrafrente y siguieron caminando hasta un puesto de flores. Compró unas rosas para su mujer.

Sin pronunciar palabra se subieron al coche. Antes de encenderlo, Manuel enjuagó la humedad de sus ojos y abrazó largamente a su padre.

—¡Quedate tranquilo campeón, todo está bien!— dijo el viejo mientras le acariciaba tiernamente la cabeza como cuando era un niño.

La autopista curiosamente estaba vacía. Un cielo limpio los esperaba detrás del peaje de Dock Sud. Manuel encendió el estéreo y puso a correr un compilado con temas de Spinetta, Gieco y Heredia, entre otros.

A la altura de Quilmes, Don Esteban le pidió que se desviara hacia la costanera.

Al llegar estacionaron dentro del club de pescadores. Despegó su trasero de la butaca con esfuerzo y ayudado por Manuel. Le pidió estar sólo unos minutos. Palmeó la espalda de su muchacho y le dijo sonriendo:

—¡Vuelvo pronto!

Lentamente se dirigió hacia el muelle. Pidió permiso para pasar unos minutos.

Dos sexagenarios extrañados dejaron por un instante de recoger las líneas de sus cañas para verlo pasar. El viejo los saludó haciendo un movimiento con la cabeza.

Cruzó por el centro del sendero hasta llegar al final, se apoyó en la baranda, miró el horizonte por un rato y murmurando unas pocas palabras arrojó el ramo de rosas a las aguas de un río crecido. Entonces comenzó a silbar una marchita pero esta vez el antídoto fue inocuo. Quebró su erguida postura para vomitar un llanto mudo mientras se tomaba la cicatriz del vientre con las dos manos.

Concluyó de esta manera el ritual que viene repitiendo... desde hace más de treinta años.

SUPERHÉROE

por Monserrat Mercedes Solis Carnicer

Todas las mañanas, casi al mismo tiempo en que llego a trabajar, la mujer trae a su pequeña hija a la escuela. La niña, de unos cuatro o cinco años, va a preescolar. Siempre impecable, con el cabello castaño y largo recogido en una media cola y el uniforme como recién salido de la tintorería. Pura dulzura destellan sus enormes ojos color miel.

El jardín festeja el día del padre. Los chicos, que estuvieron preparando regalos con bastante ayuda de las maestras, espían ansiosos detrás de las ventanas tratando de individualizar a sus papás. Ojalá que ninguno falte a la cita. Qué alivio es ver a alguien muy querido después de haber esperado en la desesperanza. Son tan chiquitos, tan inocentes. Inocentes como lo fui yo, aún en la adolescencia, en aquél, mi primer año de estudiante de Ciencias Sociales. Esta imagen escarba en el recuerdo que enquisté de épocas atormentadoras.

Hay padres de diferentes edades, algunos muy jóvenes, seguro primerizos. Miro a la mamá de Inés, debe tener cerca de cuarenta años, el que la acompaña supongo que es el marido, alto, de espaldas anchas y cabeza casi calva con cierto brillo plateado. Me pregunto si se habrán casado de grandes porque la criatura, además de ser hija única, es muy chica. Caminan abrazados hacia la salita, ella los ve y apoya su cara contra el vidrio buscando la mirada de él, quien al acercar la mano la hace ruborizar como percibiendo, a través del material transparente, el calor de esa caricia protectora. No alcanzo a ver el rostro del hombre pero quiero conocerlo, hay algo en él que despierta curiosidad en mí y siento el puño de la angustia golpeándome el pecho por dentro.

Ya ingresaron al aula. Me acerco al cristal. No creo que lleguen a reclamarme en la biblioteca, por ahora. Necesito ver más de cerca a esa figura que me absorbe y que ahora está atando los cordones de las zapatillas de su princesa, con manos grandes

y fuertes. Inmovilizan las mías detrás de mi espalda con una cuerda tensa y áspera que las queman en llagas y sangre. Juega con los rizos largos de la pequeña quien permanece quieta y soñadora. La electricidad recorriéndome el cuerpo, mis cabellos quemándose y aquellas garras, enfermas de violencia, que los tironean para que levante la frente y conteste a preguntas inquisidoras. No sé qué quiere, digo todo lo que recuerdo pero parece no alcanzar. Entonces su palma como acero, chicotea mi rostro. Sobre los labios de la nena quedaron rastros de alfajor. Él, con amorosos dedos, va despejando esa sonrisa chocolatada. Siento el sabor metálico de la sangre y extraño a papá.

Las vocecitas sin manchas resuenan en cada rincón. Los rugidos me ensordecen, insultos como latigazos aran mi piel regada por lágrimas, mías y de otras jóvenes en cuyos vientres, incipientes piernas estremecidas intentan aferrarse al nido del que pronto serán exiliadas. Yo no escucho la canción infantil. Palabras con tonada a muerte y miedo retumban furiosas en mi cerebro, desamparándome en ese vacío donde papá no aparece.

Ya entregan los regalos, el hombretón lagrimea al recibir el suyo. Un escupitajo salado y asqueroso resbala por mi cara y los insultos se expanden como gas venenoso, adormilando voluntades. El padre de Inés, la contempla desbordante de amor, protegiéndola. Ella lo abraza como si abrazara al oso de peluche y el gran hombre casi desaparece entre esos brazos frágiles. Los míos continúan aprisionados y voy perdiendo el equilibrio. Rencor y desquicio concentrados en esa mirada clavada en la mía. Quiero cerrar los párpados para evitarla pero es imposible, los tengo fijados con cinta adhesiva. Mi boca, ahora destapada para arrancarme alguna confesión que no existe, no emite sonido. En el jardín de infantes cantan “Superman es mi papá”. El piso y las paredes, batiéndose al ritmo del vértigo que huracanea al aire, chocan entre sí. La capa roja del superhéroe, desplegada en la locura del viento, es la misma que cubre al diablo. La voz se me desbarranca multiplicándose en otras voces torturadas, y la escuela se vuelve precipicio desde donde miles de jóvenes resucitan uniéndose a la letanía del eco de mi grito: ¡Asesino!

EL PUNTO CIEGO

por Sabrina Ayelen Cartabia

A los efectos de la presente Convención, se entenderá por el término “tortura” todo acto por el cual se inflija intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión, de castigarla por un acto que haya cometido, o se sospeche que ha cometido, o de intimidar o coaccionar a esa persona o a otras, o por cualquier razón basada en cualquier tipo de discriminación, cuando dichos dolores o sufrimientos sean infligidos por un funcionario público u otra persona en el ejercicio de funciones públicas, a instigación suya, o con su consentimiento o aquiescencia. No se considerarán torturas los dolores o sufrimientos que sean consecuencia únicamente de sanciones legítimas, o que sean inherentes o incidentales a éstas.

Convención contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanas o Degradantes, Art. 1.

Me desperté con el brazo esposado a un barral frío y metálico. Supe que me habían descubierto. Lo que fuera a pasar conmigo de ahí en adelante era pura incertidumbre.

El día anterior había salido rápido para mi casa, apenas terminaron. Tenía una sensación extraña en el cuerpo y una molestia en mis entrañas. No le di mayor importancia; supuse que era lo esperable. Sin embargo, las horas fueron pasando y el malestar se hizo cada vez más profundo. Empecé a sentir dolores muy fuertes que no se calmaban con analgésicos. Y eso que había tomado mucho ibuprofeno. Pero la cosa se iba poniendo peor. Pasé una noche terrible.

Al trabajo no podía faltar, me levanté como pude y me tomé el colectivo. Sentí mareos. En el viaje noté que estaba sangrando. No sé si fue así o si tuve una alucinación producto de la fiebre. Después de eso no recuerdo nada.

—Ya se despertó. Llamá a Páez—. Dijo una de las personas que estaban ahí.

—Ya sabemos lo que hiciste, ya vas a ver. No entiendo cómo se atreven a hacer una cosa tan horrible. Vos te vas a pudrir en la cárcel y si te morís te vas a pudrir en el infierno— dijo la otra.

Yo lloraba y me sentía mucho peor que antes. Al rato llegó Páez con un policía.

En cuanto cruzó la puerta le dijo al *cana*: —Claro, mirá cómo llora. Lo hubieras pensado antes. ¡Pero no! Se mandan la macana, no se bancan las consecuencias y después lloran.

Ahí estaba yo, con el brazo esposado al barral de metal frío. Y comenzaron las preguntas. El *rati* tenía una hoja y una lapicera en la mano.

—¿Cómo lo hiciste?

Yo sabía que eso podía pasar, me había llegado la noticia de otra persona que había corrido la misma suerte o, mejor dicho, la misma desgracia. En mi debilidad pensaba que pasara lo que pasara no tenía que confesar, que mi confesión me iba a llevar a la cárcel. Antes que caer en cana y que todo el mundo se enterara de lo que había hecho, prefería morirme.

—Yo no hice nada, no sé qué pasó. Por favor ayúdenme— sollocé.

—Mentís— dijo Páez, con una mirada demoledora—. Todos acá sabemos que mentís. Si no nos contás qué hiciste no te podemos ayudar.

—Les juro que no hice nada, por favor ayúdenme. Me siento muy mal— respondí.

—Ahora jura, ja. Mirá si será caradura— dijo el policía.

Otra vez vi sangre.

Perdí el conocimiento de nuevo.

—Ahí vuelve en sí— escuché que dijeron.

Otra vez las amenazas y las preguntas: “Te vas a morir. Si no nos contás qué hiciste te vas a morir. Hablá o te morís. Igual te lo merecés. Sos un monstruo. Solo un monstruo haría algo tan horrible.”

Los cuatro pares de ojos estaban sobre mí. Yo sentía que me iba a morir. El dolor era muy intenso y la fiebre me hacía alucinar. Sin fuerzas comprendí que, si quería ayuda, lo único que podía hacer era hablar.

Confesé. Páez dio la orden de que me atiendan. Las enfermeras que estaban en el lugar respondieron:—. Sí, Doctora Páez—. Y comenzó el procedimiento médico. Estuve con el brazo esposado al mismo barral frío metálico de la camilla

del hospital por tres días más. Todavía tengo las marcas en la muñeca.

No sé qué me hicieron, solo sé que me dolió mucho. La abogada que me ayuda ahora dice que sufrí tanto porque no me pusieron anestesia, que suelen hacer eso a propósito, para castigarnos más.

Hace una semana me llegó la citación para ir al Juzgado. Me dio mucha vergüenza que alguien en la pensión viera la carátula de mi causa: “Libertad Juárez s/ Aborto propio art. 88 Cód. Penal”.

MOMENTOS DE AMOR EN EL PARQUE

por Osvaldo Ernesto Mongelli

Me apagan un cigarrillo. Y esperan. En este lugar sin tiempo, esperan. Bastaría decir: la casa amarilla que hace esquina entre las calles... Pero no. Empiezo a darme cuenta de que la verdad ya no les importa. Sólo quieren degradarme... ¡No lo sé! ¡No la conozco! ¡No, esa no es ella!... No voy a hablar. No van a sacarme ninguna información estos hijos de puta. Ninguna, mientras te imagine esperándome en casa al regreso de la facultad. Ninguna, mientras recuerde nuestros desayunos bajo la parra del patio, trenzándonos en discusiones interminables entre el pan con manteca y el mate... Porque ahí estás, puedo verte, olerte, escucharte, armada de tu lógica implacable, vehemente como siempre: “Es el momento de cambiar las cosas” decías, con esa convicción, con esa seguridad que te hacía tan distinta a la de la noche, tan necesitada de amor, tan vulnerable... ¡Les digo que no la conozco! ¡No! ¡Tampoco! ¡Esa tampoco es ella! No tengo que hablar... Se enfurecen. Amenazan. Insultan. Golpean. Sin embargo todavía puedo callar tu nombre. Puedo callarlo porque estamos en el parque... tomados de la mano, remontando la barranca de Lezama mientras desde el río, la sirena de un barco anuncia un nuevo amanecer. Abrazados en el pasto, desabotono tu blusa y te beso bajo la mirada incrédula del guardián del parque... Ahora veo las estrellas, de nuevo las estrellas moviéndose en el vacío. Y la boca reseca. El cuerpo mojado pero la boca reseca... ¡No! ¡No la conozco! ¡Lo juro! ¡No lo sé! Ríen. No me importa. No me importa porque estamos tirados en el pasto, los labios entreabiertos, lengua con lengua, tu saliva invadiendo mi boca agrietada. El guardián se sienta en un banco, se quita el gorro, nos mira y sonríe... De nuevo las estrellas. No sé si tengo los ojos abiertos o cerrados pero en el techo, cuando me ponen boca arriba, hay un plafoncito cuadrado. No voy a hablar de la casa amarilla. No tengo que hablar. En la boca siento un bicho gordo, blando y muerto... En mi boca de labios apretados

de impotencia y de rabia, guardo tu nombre como un tesoro... Vos y yo tirados en la plaza, mis manos acariciando tu cuerpo tibio. El guardián no sale de su asombro: estamos desnudos. No bien acabamos una voz dentro mío me recuerda que no debo dormirme. ¡Tengo tanto miedo de que en sueños se me escape tu nombre!... Otra vez me ponen el fierro entre los ojos. Por ahí termina todo. Es el fin. ¡Tè amo! ¡Tè amo! Gatillan. Silencio. Ríen. Gatillan otra vez. Y otra. Silencio... Fue una broma, dicen los turros. Me ponen boca abajo. Por la claraboya se filtra la voz de un niño jugando a la pelota. En el piso hay una rejilla cuadrada... Las estrellas. De nuevo las estrellas. Me ponen el pañuelo en la boca. Doy una, dos, tres vueltas y quedo boca arriba. Aprieto los dientes mientras por un hueco de la capucha alcanzo a ver el rostro de uno de ellos... pero por suerte me equivoco. Es la imagen del guardián diciéndonos: “Chicos, está empezando a amanecer”. Pero es como si nada escucháramos ahora que estamos de nuevo en el parque, nuestros cuerpos afiebrados, entrelazados. Estás dispuesta para otra de mis invasiones desesperadas, como acostumbrás llamarles, y llorás de feliz, de colmada. También lloro yo... con lágrimas que trepan por mis pómulos hinchados y caen al suelo, donde hay una rejilla cuadrada. Perímetro del cuadrado: lado por cuatro. Superficie del cuadrado: lado por lado... Me dan vuelta. Creo que tengo los ojos abiertos. En el techo hay un plafón cuadrado también. Perímetro del cuadrado: lado por cuatro. Superficie del cuadrado: lado por lado. Superficie del triángulo: base por altura sobre dos. El triángulo puede ser equilátero, isósceles o escaleno... Los dos tirados en el pasto, boca arriba. Al clarear, se van definiendo los bancos de mármol, las mesitas donde el Tata jugaba al ajedrez, la fuente, la glorieta, las estatuas, los árboles del parque... ¡No lo sé!... ¡Tampoco!... ¡Lo juro!... ¡Esa no es ella! Silencio en este lugar sin tiempo. Olvidé tu nombre. Yo sólo sé que ahora te escurrís entre mis brazos y tengo que salir a correrte barranca abajo y me cuesta seguir tu vuelo desparejo de mariposa, pero al final te alcanzo y me abalanzo sobre vos. Sobre tu piel morena y cálida. Sobre tu mirada que nunca miente. Masticás una hebra de pasto y bromeás cuando te pido que me jures que siempre estaremos juntos, que nunca vas a olvidarme. Bromeás sí, pero tu sonrisa se congela no bien tu mano acaricia mi frente, que es el punto preciso donde me apoyan otra vez el fierro. Es el final. Gatillan.... Gatillan otra vez... Silencio. “¡Vas

a terminar en un pozo!” , dice una voz que pega como un viento helado. ¡No! ¡Esa no es ella, lo juro! ¡No la conozco! Golpean. Insultan. Y esperan. Porque saben que en este lugar el tiempo no transcurre. Yo sé lo que va a pasar: me van a meter en un pozo nomás, pero cuando me pudra, lo prometo, voy a transformarme en un gusano y voy a entrar a empujar, a empujar de a poquito, y un día me voy a asomar otra vez al mundo para hacer la rebelión de los gusanos. Y nos vamos a comer todo lo de arriba, que está más podrido que lo de abajo... Vibro. Exploto. Me parto en mil pedazos y caigo de espaldas en el piso. En el techo veo una luz. El plafón es cuadrado. Perímetro del cuadrado: lado por cuatro. Superficie del cuadrado: lado por lado. Superficie del triángulo: base por altura sobre dos... Te acaricio y me recuesto sobre tu pecho. El latido de tu corazón me va adormeciendo al tiempo que va apagando esas voces que al oído susurran más insultos y amenazas... Después de las patadas quedo boca abajo y veo la rejilla, que es de bronce, y es cuadrada... Perímetro del cuadrado: lado por cuatro. Superficie del cuadrado: lado por lado. Superficie del triángulo: base por altura sobre dos. Bastaría con decir: la casa amarilla que hace esquina entre las calles... pero tengo que poder. Tengo que aguantar. Tengo que ser duro. Duro como el fierro que ahora me apoyan en la oreja... Los dos tirados en el pasto repetimos el juramento... Voy de una punta a la otra de la celda, apenas puedo mantener el equilibrio. Alguien me empuja. Tropiezo y golpeo la cabeza contra la pared. Se escucha el eco del golpe. Uno de ellos dice: “Dejémoslo, sigamos con el otro”. La puerta se cierra. Silencio. Tirado en el suelo, escucho otra vez la voz del niño a través de la claraboya. No puedo mover un solo músculo. Miro la luz del plafón cuadrado. Superficie del cuadrado: lado por lado. Perímetro del cuadrado: lado por cuatro. Superficie del triángulo... La puerta se abre. “Habla ahora o no hablás más”, escucho. Tendría que decir: la casa amarilla que hace esquina... pero estamos de nuevo juntos, cuerpo contra cuerpo, desnudos en el parque. Me abrazás y decís: “Te quiero”, acariciándome la nuca que es justo donde ahora me apoyan el fierro. “¿Vas a hablar o no vas a hablar?”, dicen. Quedo boca arriba. La luz del plafón se va apagando de a poco, como una vela. El plafón cuadrado. Perímetro del cuadrado: base por altura sobre dos... superficie del triángulo: lado por cuatro... el departamento al fondo... soy un gusano, me voy a meter por la rejilla cuadrada...

y vamos a hacer lo que siempre soñamos compañera: la rebelión de los gusanos. Porque vos tenés razón: siempre es el momento de cambiar las cosas. ¡No, no lo sé! ¡No la conozco! ¡No es ella! ¡Juro que no es ella! Están fuera de sí. Locos. Impotentes. Tienen mi cuerpo pero no tu nombre. Lo guardan bajo llave mis labios secos, apretados de rabia, de rabia... Resistir. Ahora sólo queda resistir. Esperar que todo pase. Y cuando todo pase me voy a meter por la rejilla cuadrada y voy a empujar y empujar de a poquito hasta llegar arriba. Entonces será el momento de cambiar las cosas. Te lo prometo. Voy a empujar y empujar. Tengo que poder... En el techo hay un plafón cuadrado. ¡No lo sé!... ¡No la conozco!... Superficie del triángulo: lado por cuatro... perímetro del cuadrado base por altura sobre dos... hay cuadrados equiláteros, isósceles y escalenos...

EL PICHÍ

por Horacio José Godoy

Al principio no quería quebrarlo, de hecho no era necesario porque el causante era un clásico pichi, un recluta menor, uno de esos que sólo sirven para ocultar material, prestar la casa, cebar mate y enganchar a otros pichis como él. Y lo cierto es que no le podríamos sacar mas que algún nombre, que ya conocíamos, y contactos con algún cuadrito de cabotaje que ya estaría marcado, esperando la guadaña. Porque a esa altura del partido, Maurice, los causantes huían en desbandada o, como les gusta decir a ellos, procedían a una retirada estratégica. En fin, cada uno se raja como puede.

Tenía los ojos muy separados, como un becerro, hablaba en voz baja y se miraba las manos todo el tiempo como si no las conociera, como si no fueran propias esas manos curtidas, manos de obrero viejo. Sin embargo yo no le daba más de veinte años, si los tenía. Después me enteré que tenía veintiséis.

Cuando el pichi te miraba, cosa que sucedía muy rara vez, en sus ojos no se leía temor alguno. Cosa bastante rara y desde luego indignante. Sí parecía preocupado. Yo también estaba preocupado, por entonces Meche estaba embarazada por cuarta vez y el feto, mi tranquilidad y su cordura pendían de un hilo.

Pero volviendo al causante, cuando no se estaba mirando las manos se las restregaba con suavidad, como dándose ánimo. No era insolente su mirada, ni abatida, ni nada que pudiera leerse con facilidad. Y en un momento dado, para calentar los motores, le pegué dos bifes, dos cachetazos sonoros, de ésos que sólo sirven para aclarar quien manda.

El pibe aceptó los golpes, anverso y reverso de la mano derecha, con tranquila sumisión. Sin embargo los ojos le brillaron por un momento y se mordió los labios con suavidad. Parecía que pugnaba por no...sonreír!

Te aclaro algo, Maurice, yo no vengo al destacamento a descargar mis frustraciones por la sencilla razón de que no las ten-

go. Me refiero a las frustraciones. Soy razonablemente feliz con mi mujer y con mi vida. Pero tampoco me dejo basurear por un pichi, un pobre pibe que se tragó el cuento de la revolución, la patria liberada y el general de los trabajadores. De éstos que tras inocularse dosis homeopáticas de Lenin, Jauretche y La razón de mi vida, y al compás de Mercedes Sosa, o de Raul Viglietti, se largan a pontificar sobre el hombre y el hambre y el alambre y la madre que los parió, como diría mi abuelo.

Lo cierto es que el pichi había aguantado los cachetazos, anverso y reverso, con calma y también con cierta estúpida sonrisa que pedía a gritos una buena piña. O las que fueran menester. Le pregunté, con los nudillos blancos, si sabía quién era yo (pregunta estúpida si las hay) y de qué mierda se reía.

Dijo que no sabía quién era yo y que muchas veces, cuando se ponía nervioso, o no entendía algo, sonreía así, sin ningún motivo. Y volvió a sonreír.

Me recordó a mi hermano Aníbal, el que estudió historia del arte, fue plomo de Pedro y Pablo y saludaba con los dedos en ve. Un boludo de pronóstico reservado. Porque yo entiendo que haya gente que nos odie, Maurice, de hecho yo mismo odio a un montón de tipos, empezando por el pichi de la sonrisa automática. Pero que un tipo ame a todos, a *todo el mundo*, no es sano, no es normal. Bueno, mi hermano también sonreía sin motivo, tenía la sonrisa pintada en la cara como un puto payaso.

Es rara la vida, cuando éramos chicos el patriota era él, mi hermano. Recuerdo que un día estábamos jugando a la escoba de quince en la sala –yo tenía unos diez años y él seis o siete– y de pronto sonaron, en la Tonomac Platino, los primeros acordes del himno. Sería un 9 de Julio o un 25 de Mayo. El pequeño patriota sonriente se puso de pie en el acto y yo, que por entonces no soportaba el himno, ni la marcha de San Lorenzo, ni la bandera de la patria, cambié de emisora mientras le rajaba una somera puteada a Blas Parera y otra a Vicente López y Planes. Para qué. Mi hermano manoteó una cigüeña hueca de madera, de ésas que por entonces se usaban para guardar bombones, o caramelos, y me la tiró por la cabeza. Mirá, todavía tengo la marca del pico aquí, en la frente, no me dejó tuerto de milagro.

Después de su ataque de patriotismo precoz, mientras yo aullaba como un mono, mi hermano me sonrió. Y sonreía cuando mi abuela, que acertaba a pasar por ahí, lo sacudió como

a una alfombra y siguió sonriendo cuando mi vieja –él era su preferido– lo mandó a la cama sin comer. Y al final se durmió con esa sonrisa idiota en los labios y la cara mojada de lágrimas.

Pero el pichi en cuestión no lloraba ni tenía miedo, sólo se restregaba las manos y evitaba mirarme con sus ojos de becerro. Y sonreía, sonreía a las paredes húmedas, al balde con sangre y orina y humores varios, a la capucha mugrienta que descansaba sobre la cama de cemento, sonreía como el bueno de San Francisco de Asís debía sonreír a los animalillos del bosque.

Y repetía una y otra vez, en las pausas que prescribe el “tratamiento”, que no conocía a nadie, que se llamaba así y asá, que trabajaba en tal fábrica, y que nunca se metía en nada y menos en política. Mirá Maurice, si me hubieran pagado un peso, un puto peso, por cada vez que escuché algo por el estilo, hoy sería millonario.

De haberlo sabido, Meche, estudiante crónica de psicología, opinaría que el balazo conque le volé la maldita sonrisa al pichi tenía que ver, a nivel inconsciente, con mi historia familiar. Ella siempre dice cosas así, cree que todo lo que nos pasa, lo que hacemos, o dejamos de hacer, se remonta a nuestra primera infancia y, sobre todo, a papi y a mami. Es una especie de deformación profesional. Porque a mí, Maurice, lo que en verdad me ponía loco, lo que me sacaba de quicio, es que ese ínfimo correveidile subversivo, esa escoria tercermundista, ese negrito de suburbio, se diera el lujo de sonreír en mi presencia. A vos te parece Maurice, ¿ustedes, con un pied-noire, se hubieran bancado una cosa así?....

Sí, muy científico todo, ya sé, vi la película, pero igual perdieron la guerra. Y tal vez, a la larga, nosotros también. Porque fijate Maurice, este pibe de apenas veintiséis años ya tenía tres hijos, dos mellizos y uno solari. Todos huérfanos ahora, claro. Pues bien, yo hace diez años que quiero tener uno, uno solito, y aunque según la ciencia los exámenes están bien, Meche y yo somos compatibles y mi esperma es bueno, no pasa nada. Y aquí me tenés, prendiéndole velas a San Ramón Nonato.

Ahora bien, han cerrado muchas fábricas en este bendito país, Maurice, pero la fábrica de negros no ha cerrado nunca. Ni cerrará jamás. Y trabaja doble turno.

Pero aquí no termina la historia, fijate que algún tiempo después, cuando logramos poner todas las fichas en su lugar, como

en la película, el pichi resultó ser un cuadro, una pieza clave de cierta organización político-militar al margen de la Ley. Pero a esa altura del partido la cuestión ya era, como les gusta decir a los abogados, abstracta.

HISTORIA EN DOS SEGUNDOS

por V. Héctor Alfredo Bucossi

La perla del atlántico tuvo, como todo el país en la década del genocidio, su cono de sombras. Hoy todo es alegría, playa, restaurantes, vidrieras de colores, turismo internacional... pero más atrás, en un fondo velado a una generación de poca memoria, ocurrían cosas, palabra trivial que nada significa pero que puede esconder tragedias insoslayables. La vida en Mar del Plata no es tan vana como algunos popes de la moda tratan de mostrar. También hay valores que piensan y sobrellevan aquellas angustias, aun disimulando.

Ocurría que muchos colectivos cargados de hombres y mujeres llegaban por las noches desde la ruta 11, y entrando por la avenida costanera los descargaban en la base naval, para después partir vacíos. Luego, un gran silencio solo interrumpido por aviones que arrojaban al mar la más increíble de las cargas.

Los cuarteles de la guarnición militar fueron también punto de partida. Nadie supo cómo pudo ocurrir el intento de fuga de un prisionero que llegó hasta las arenas de la costa perseguido por el grupo de soldados. Fue una carrera inocente con un final inapelable. De rodillas en la arena, inmóvil como una piedra pero lúcido como un pájaro, le asignaron un miliciano detrás, con el fusil apuntando a su cabeza.

El oficial al mando gritó ¡dispare! El pobre soldado acercó sus dedos al gatillo y el frío del metal electrificó sus huesos. Ante sus ojos la nuca del caído creció hasta ocupar el universo. Verdugo. Una escaramuza del destino lo obligaba a cumplir con ese despreciable papel. La contracción del índice no admitía dilaciones. Imprevistamente, como ocurre con los moribundos, vívidas imágenes de su vida se proyectaron como aluvión en su memoria adormeciendo las leyes del tiempo y, a despecho de lo que estaba aconteciendo, se detuvieron insolentemente en el recuerdo de sus hijos hoy tal vez desamparados.

¿Cuánto podría soportar apuntando? El tiempo soplaba en

contra porque el movimiento del dedo debía ser instintivo, irracional, bestial y a otra cosa, porque así funciona el arte de blanquear la memoria. Allí estaba la tecla para abortar el intento futuro de un recuerdo traicionero. Lamentablemente no tenía esa facilidad. Calculó que apenas le quedarían un par de segundos.

Atravesando gruesas paredes se filtraron en su mente algunas conjeturas. ¿Se cumplen las órdenes criminales? Ya le habían abierto el cerebro para esculpir que estaba en una guerra y por lo tanto no se buscaba la justicia sino la supervivencia. De nada valían los consejos de mamá y del cura José, aunque éste luego haya cambiado la sotana por un plato de lentejas para después arrepentirse, sentarse en el cordón de su vereda no queriendo levantarse más.

¿Quién se haría cargo del crimen que estaba a punto de cometer? Acaso el oficial, o alguien de más jerarquía militar, o algún político desquiciado... y navegando en el fondo de la culpa... pensó que tal vez repte una mayoría silenciosa culpable, enmascarada en la banalidad, y encaminada en penumbras hacia su castigo inapelablemente consagrado.

Rodeado por el mundo se sintió solo. No tenía asidero aquello de ser una pieza de ajedrez, o ser tan solo la espuma de una ola, o que su resistencia sería tan inútil como una hoja en otoño. Solo quedaba disparar. Apenas un trámite.

El calor de la piel estaba alterando la temperatura del gatillo y eso podía pagarlo con la vida, pero quería volver a su tierra, a su familia. ¿Quién regresaría entonces? ¿Quién abrazaría a su mujer? Sin dudas alguien con escarcha en los ojos a causa de una historia mal olvidada. Y en los cruces de miradas se reflejarían complejas resonancias de un pasado secreto y sellado. Desesperado se imaginó en su lecho con las fuerzas retraídas pesarosamente, aplastado por una soledad espesa y tangible. Luego, al acariciar a su hijo con la misma mano que acarició el arma, le provocaría una terrible parálisis, como si temiera contagiarle una enfermedad perversa. Tendría que soportar la pesada carga del insomnio. Su mirada fija en la oscuridad sería castigada con inesperados resplandores, como los que produce un disparo sobre una nuca negra y palpitante. Nada sería igual. Hasta la simpleza de su rúbrica con un nuevo e inconsciente punto, como un agujero oscuro, como el ojo de un fusil tuerto.

Apretar el gatillo. También llegó a su mente una situación

descabellada: esa tira sanguinolenta en su brazo proclamando un ascenso por cumplir con su deber. ¿Ascenso o descenso? Porque la muerte lo bajaría de escala para codearse quién sabe con qué bestias. Jinetas rojas impregnadas de sangre que al mirar hacia atrás mostrarían el reguero zigzagueante.

Envejecería como los árboles deformes hendidos por el rayo, con una enorme cicatriz desviando el crecimiento simétrico.

El oficial extrajo un arma y apuntó al soldado. ¡Por última vez, dispare! Cómo sería la vida cargada de silencios y con las manos ásperas para acariciar momentos de ternura. Las arrugas de su frente tendrían un mensaje terrible para todo aquel que lo mirase cara a cara. Su historia estaría escrita en rojo sobre el renglón del entrecejo.

El sol filtraba sus últimos resplandores a través de los árboles que bordean la ruta balnearia y el mar acariciaba apenas los acantilados descansando sobre una fina lengua de arena. Ocurrió en las puertas de Mar del Plata y su fulgor.

El soldado bajó los brazos. Soltó el arma. El oficial rompió al instante las cadenas de la muerte.

EL TORO DE FALARIS

por Lautaro Gómez López

El relato de una vieja radio a baterías se coló en el sueño de Román, una visita a un aquelarre. Bailaba el fuego de una pira y las sombras se proyectaban sibilantes en una cueva serrana. Unas viejas danzaban en ronda de la hoguera, festejaban, carcajeaban. Un conjunto de eunucos las azuzaban con ramas de palmeras y ellas ululaban. Román no temía, era afecto al espectáculo. El ruido atronador de un monstruo nació de la profundidad interior de la caverna. Las brujas chillan, los eunucos alzan plegarias. De la negrura se recortaba la figura de un macho cabrío. Pies de carnero, torso humano y cabeza de chivo, cargando una gran serpiente. Recorre el círculo ritual con paso dificultoso, llegándose hasta Román. El monstruo lo mira extrañado, con la atemorizante oquedad de sus ojos. Le alza la sierpe como ofrenda, él extiende sus manos pero el animal chasquea su lengua bífida y él recula. Ahora suda, se encuentra impaciente. Retoma la vista al demonio y ve una cara diferente, humana. Dejó de ser carnero, se volvió hombre con la cara pintada, de verde y negro. La serpiente se volvió fusil y el inconfundible sonido de metralla lo envolvió todo. En la boca de la cueva amanecen soldados con las caras pintadas e inician un tiroteo. Las balas alcanzan a las brujas chirriantes, a los eunucos. Román mira al otrora chivo, escucha una detonación. El calor de la muerte le invade el abdomen.

Se despierta aturdido. Un nuevo ruido lo termina por espalar, el timbre de calle. Cruza. El fresco otoñal lo abraza cuando cruza el pasillo que separa su monoambiente estudiantil con la puerta de entrada. Afuera lo aguarda, atribulado, su cuasi toca-yo, Ramón. Le ve de pánico. Atraviesan el pasillo sin hablarse, sólo un gesto hace Ramón al pasar por la puerta de la casa del vecino, ex militar, de Román. El unívoco gesto de degüelle.

Dentro del apartamento de Román, Ramón, le cuenta lo acontecido. Un grupo de soldados se levantaron en armas contra el presidente Alfonsín; en un cuartel en Campo de Mayo.

No sabe más. Sólo presume un nuevo golpe militar. Román empieza a sentir el bombeo fulmine de un corazón errático. Mira el póster del Che que adorna la descascarada pared. Se sienta en la cama y Ramón, lo hace en la silla del escritorio. Se rasca la incipiente barba que le nace en la pera. El diminuto lugar los asfixia. Tienen miedo, están acosados a la fantasía de la generación que les antecedió. El combate por un mundo mejor y la fantasmagórica sombra de la persecución, de la tortura, de la muerte y de la desaparición.

Ramón aparta la mirada de su colega, lee el lomo de un nuevísimo libro del escritorio; *El queso y los gusanos*. La portada se asemeja a la imagen del carnero sentado en una ronda de mujeres que tiene como decoración. Román, se sonroja por lo que presume, piensa su amigo.

—Tus demonios, van a empezar a acecharte— le dice Ramón.

—Hace rato que lo hacen. Sólo vendrán a buscarme— le responde.

Román, pone a calentar agua para tomar mate. Ramón, enciende la radio que transmite en vivo desde la guarnición militar. Se oyen disparos, ruidos absurdos. Gente cantando el himno y entrevistas raudas a personajes ignotos. Una extrema tensión se siente en las quebradas voces de los cronistas. Se asoma la noche y los amigos se reúnen al calor de la temeridad sonora del radio. La reyerta parece no menguar. El ambiente, al contrario, parece intensificarse. Ramón, tiritando saca de su billetera un papelito. Es un número telefónico.

—Mirá, traje el número de teléfono del Zurdo Sossio. Me dijo que si necesitaba algo que lo llame.

Román lo miró incrédulo. Ese algo implicaba, un revólver o fusil. El zurdo estaba atascado en la guerra sucia. Había perdido un tío en la dictadura de Videla y hace tiempo quería cobrar venganza. Lo conoció por intermedio de Ramón, que era compañero de él de la universidad. Cursaban juntos Macroeconomía II. Román suspiró, tomó el papel, lo leyó con atención, encendió un fósforo y lo prendió fuego. Ramón le gritaba enfurecido. De pronto un estruendo golpeaba con furia la pared. El vecino daba martillazos contra el tabique. Era noche cerrada y esos golpes pedían silencio.

Apagaron la radio y empezaron a murmurarse.

—Hay que hacerlo— dijo Ramón.

—¿Hacer qué?

—Es él o nosotros— continuó Ramón enfocado en sus palabras.

Del vecino poco sabían. Pertenecía a las fuerzas militares y al parecer estaba retirado. Vivía contiguo a Román. Salía esporádicamente, era alto, flaco, de mirada fría y distante. Despedía un aura temible, dando vida a las peores presunciones. Ulteriormente Ramón bromeaba con el apartamento del viejo, con su posible sexualidad sádica y el tormento que debe infligirle a sus amantes. Todo ello se encarnizaba en una aire maligno. En la profunda oscuridad del alma, de la siniestralidad de los pensamientos del viejo. Ambos amigos cayeron en la cuenta de una realidad latente, podían estar a metros de un asesino, de un torturador. Ellos serían los primeros en caer apresados en los infiernos de ese hombre.

El estudiante de economía se marchó, minándole de pesadillas a Román. Se fue cabizbajo, con el miedo de creer que tras una bocacalle lo esperase un auto sin chapa patente para raptarlo. La casa se vació y él, debía volver a una lectura intimidante, desórdenes mentales, mistificaciones y delirios masivos. Debía emprender un viaje hacia la Inquisición.

El estudio fue una hondura al canibalismo mental más insigne. En los corredores de la universidad de psicología, se habla de la fractura que produce superar esos estudios. Un reflejo constante se posa en cada patología a revisar. Constantes preguntas sobre el interior mismo. Paranoia, esquizofrenia, delirio. *¿Cargaré con la piedra de la locura?* Sinuosos caminos medievales, de cruzados y saltimbanquis. Hogueras, brujerías, salamancas. Pestes, azotes, rezos. El hombre caminante, abriéndose paso por las locuras de la humanidad según el azogue de Dios. Con los petates auestas iba Román, consultando delirios a la vera de senderos y poblados. Una incursión de días sin luz, mientras en el afuera se pone en la picota a la democracia. Los licántropos aguardando pacientes que un niño se escape del dominio de los burgos y allí atacar. Plegarias insistentes para que Dios haga algo contra la fijación del idiota del pueblo. Los doctos de las catedrales y monasterios que narraban historias de otros poblados. Hombres temerarios que instaban a hacer juicios santos, juicios para el bien comunal. El bozo en el cuello que se quiebra a los sodomitas. El fuego purificando a los herejes. El agua lim-

piando a los impíos. El degüello a los simoníacos. La apoplejía como castigo. El potro a los ladrones. La justicia divina visitando a los hombres puros, castos y bendecidos. Román llorando, porque en ellos se veía él, se veía en cada individuo azotado por pretender ser libre, sin temor de Dios. Sin tener en qué creer y a qué adorar. Ramón, tenía razón, era él o ellos.

El amanecer dominico lo encontró pálido y frenético. Los nervios del insomnio se veían en su temblor. Lo aguardaba a Ramón.

El estudiante de economía llegó al promediar la mañana con la mirada confundida. Estaba aún más nervioso que Román. Se adentró en la casa y sin proferir palabras sacó de entre sus ropas un revólver, que le mostró miedoso a su amigo. Ramón con el pulso errático la agarró. El frío del arma le paralizó el corazón. Sin comentarse nada, supieron que ambos habían decidido por igual. Era él.

Encendieron la radio y la melodramática narrativa se había profundizado. Se transmitía que en la Plaza de Mayo un fervor popular levantaba la bandera de la patria, no obstante los militares sublevados eran apoyados por cada destacamento del país. La oscuridad de un golpe de Estado militar relucía como el revólver del zurdo Sossio.

El clamor de la Plaza se transmitía por el pequeño aparato y las horas se entumecieron cuando el presidente, doblegado en su énfasis, fue a negociar a pie de batalla con los revirados. El crepitar de las hélices de la aeronave se fundían como el romántico canto del himno que no venía del radio. El vecino militar boceaba con un fragor delirante, un pregón emotivo como las declamaciones papales, de las loas a los reyes y al sentimiento del patriotismo más devastador. Los amigos se vieron golpeados por las miríadas de jóvenes que volverían a ser carne de la más espantosa de la vejaciones. Ese himno loco implicaba una victoria, el vecino urdía que los militares irían a cometer magnicidio. Estaban decididos.

Ramón se puso a un costado de la puerta del militar y Román golpearía. Una vez que entornase la puerta Ramón le asaltaría encañonándolo. Le darían un chicotazo para dejarle inconsciente. Luego adentro buscarían la forma de sacar toda la información posible de ese hombre. Tal vez tenga conocimiento del levantamiento, luego verían como deshacerse de él. Román puerteo y el plan salió a la perfección.

El militar tenía encendido el televisor y la realidad cobraba más forma, aunque no mejor. El presidente estaba virtualmente secuestrado y el militar asido con sogas a una silla y con un tapabocas. Román dio vueltas la casa en busca de algo que complique al pobre viejo que estaba aterrado. Nada, libros de ornitología, boy scouts. Un crucifijo sobre su cama y álbum de fotos personales, desde una foto en blanco y negro de sus bodas, hasta una relativamente próxima de un viaje de pesca. Estaba limpio. Se habían equivocado, no obstante, debían matarlo.

La culpa es una pequeña fractura que afecta a las psiquis. Va esmerilando el criterio, generando una angustia muy fuerte. No hay una redención de tipo lógica, brindada entre hombres, que repare ese resquebrajamiento. Todo ello pensaba Román, cuando veía a Ramón jugando con el arma. Enfrentaron las sillas. Ramón sudaba. No tenían idea sobre el comportamiento de ese hombre, se dejaron llevar adelante por sus miedos más profundos. De libertarlo, el hombre alertaría sobre esos dos criminales. Podrían enterrarlo en el pequeño jardín que tenía. Comprarían mucha sal para evitar olores y que se queme más rápido el cuerpo. Román atenuaba su conducta, quería liberarlo.

—Estamos locos. No podemos matar a una persona— decía Román con tristeza.

—Podemos darle un martillazo en la cabeza y decir que se cayó en las escaleras del sótano.

—¿Cuál sótano?

—¿Eso de ahí no es un picaporte? Seguro va a un sótano. Mis tíos de Pringles tenían uno. Es raro que haya— concluyó planificando Ramón.

Un ardid tan simple le dio cierta tranquilidad a Román. Buscó abrir el suelo, pero no pudo. Era un picaporte extraño, diferente. Tenía una cerradura y un accionar dificultoso. Examinó por toda la casa y no daba con la llave. Volvió a examinar hasta dar con un llavero de una simbología particular. Era un cuadrado con la imagen de San Jordi. En el reverso una formación extraña que cuajaba con la cerradura del sótano. Dio vueltas y se abrieron las puertas al Cocito.

Román bajó a tientas los peldaños. Palmeó las paredes en pos de un interruptor, que oprimió y se hizo luz. La bestialidad del hombre en su estado más puro. Herramientas, lanzas, garfios, pinzas, clavos, útiles, martillos, baterías eléctricas, una

ingente cantidad de adminículos opresivos invadían la vista. De las paredes enladrilladas colgaban imágenes de personas torturadas. Hombres y mujeres desnudos atados a camastros, personas arrodilladas con bolsas negras en la cabeza, una camilla de latón sobre la pared y bajo la escalera permanecía una figura extraña.

—El toro de Falaris— dijo Román.

Ramón habló desde lo alto, preocupado por la demora. Román volvió sobre sus pasos y subió con premura todos los escalones. Con una fuerza descomunal golpeó al viejo que se reía con cada manotazo. El estudiante de ciencias económicas no entendía.

—Bajémoslo.

El arma que portaba Ramón era poca cosa para el dolor que merecía ese hombre. Era seco, rápido y fugaz. Román consultaba un libracó donde con organización marcial se detallaban con fotografías a la víctima, el tormento y su resistencia. La memoria se iniciaba con personas torturadas en la dictadura militar, indigentes, animales y presos comunes.

—Los inquisidores, fueron muy sabios. Ellos llevaban registro de las fortalezas musculares, nerviosas y psíquicas de los hombres. La medicina adoptó sus registros pero nunca dio la gracias.— dijo el militar que se le había caído el tapabocas. —¿Ustedes saben cuántos vatios tolera una pene, antes de dejarlo inerte?— concluyó.

Una ciénaga de razón se apoderó de Román. Apaleó nuevamente al viejo y lo llevó hasta la puerta de entrada del toro de acero que descansaba bajo los escalones al sótano. Era una efigie grande, un buey de actitud abrasiva, furiosa. Con unos calentadores a un costado del muslo de la bestia. El aparato funcionaba, metiendo, por una puertecilla, a la víctima. Luego se encenderían los mecheros y el monumento empezaría adquirir temperatura, llegando a los mil grados. El apesado, moriría calcinado, despellejado y asfixiado. Un brutal tormento, descansaba bajo los escalones del viejo.

Román introdujo al viejo, golpeándole la cabeza con el marco de la puerta que estaba sobre el costado derecho. Una vez dentro cerró la puerta y buscó un chispero para dar calor al animal. Ramón lo intentó frenar, pero no pudo. Román encendió el horno. Se vengaría de todos los torturados del mundo. Cuerpos lacerados por mentalidades imbéciles, de locuras totales, de la peor demostración del crimen, el sadismo.

El buey empezó arder y de los gritos del asesino torturador sólo se escuchó un último quejido.

–Terroristas sin Dios.

Román explicó que esa herramienta.

–La usaban algunos teístas como pena a los infieles por adorar a Apis, una divinidad pagana. El mismo vellocino de oro que hiciera el hermano de Moisés–. Ramón leía en voz alta un cartel labrado en italiano. Es una frase de Dante. Explicando que la voz del penante se parecen a los bufidos del acémila.

Los amigos dejaron tal como habían encontrado, con el fuego andando. Subieron y encontraron al televisor con el presidente deseando felices pascuas. Apagaron y se marcharon. Nunca más se encontraron.

Tiempo más tarde, mientras repasaba el correo, Román recibió una curiosa postal en su consultorio. Mostraba una imagen de Nueva York, de Wall Street, donde un toro enorme de metal, se convirtió en la imagen característica del centro financiero, representando el poder de la economía estadounidense. En el reverso, sin firma, decía *“Algunos ocultan sus torturas otros las exhiben”*.

Román no sonrió, pero guardó la carta bajo una urna funeraria, origen de pesadillas para sus pacientes. Una figura etrusca que usaba como incensario para aclimatar sus sesiones y de utilidad para la analogía de constantes explicaciones. *“Usted ve como el humo en ese toro se escapa por el hocico, debería imitarlo, incinerar sus miedos que nacen del vientre y expulsarlos por la nariz, como sí fuera un bufido, aunque ese quejido no sea el miedo a volverse esclavo de sí mismo.”*

ABISMOS

por Darío Raúl Melano

*¿En qué lugar de este mar
de arena y sol
se han perdido?
¿Dónde están?*

¿Dónde están mis molinos de viento?

Alcira Fidalgo

Hace frío en esta celda; es oscura, pequeña, de paredes lisas y grises, no hay ventanas ni complementos en esta celda: sólo el cemento del suelo para acostarse, huérfano, duro, ríspido. Aquí me encuentro como un perro atrapado en una avenida sin salidas laterales, acaso condenado a que un vehículo finalice la tarea. No sé dónde estoy; me trajeron con los ojos vendados y cada día, con los ojos vendados, transito pasillos interiores del Edificio –no he visto ni sentido la luz y el abrigo del sol en mucho tiempo– hasta completar el laberinto que culmina en la sala de interrogatorios.

Hoy hace más frío que nunca: *he soñado caballos en la noche tironeando del alma, acechando en las sombras*. ¿Qué significado tiene el sueño? Me lo he preguntado desde que retorné, hoy, tiritando, temblando de frío, al mundo de la vigilia. No lo sé. Yo subo una colina envuelta en penumbras, cuando oigo el galope de caballos que vienen desde el fondo de la oscuridad, como un tren en marcha, detrás de mí. Intento darme vuelta pero no puedo. Intento correr pero no puedo. Hay algo allí que me lo impide, con una imponentia que aquieta mis movimientos. Luego los caballos –son muchos, blancos y negros– me superan en tropel por los costados y de un tirón (¿acaso un lazo sujeta mis manos?) soy arrastrada, el sueño mío es arrastrado, cuesta arriba con ellos. Y es curioso: yo no me quejo ni reparo dolor –en otros sueños he soñado dolores apremiantes–, sólo me dejo llevar resignada, como una hoja al viento. Por fin, allá arriba, en la cumbre, está el límite de lo terrestre: un precipicio negro, tenebroso, glacial,

que se impone del otro lado. Y mi espanto crece al tiempo que desbordamos, animales y yo, hacia el abismo...

Al despertar mi respiración se hizo jadeante, entrecortada, quejosa; un estremecimiento helado me trepó por la espalda como una hilera de insectos. Un estremecimiento semejante al temblor de mi cuerpo cuando soy conducida a la sala de interrogatorios.

Ahora escucho pasos, ahora mismo. Son pasos uniformados de botas. Son varios, se aproximan. Son pasos de carceleros. Pienso: me vienen a buscar, ha llegado mi turno. Tiemblo: se acelera mi respiración, se tensa todo mi cuerpo. Procuero sin embargo, juntar fuerzas como siempre. Pero no rezo, jamás rezo. (Un sacerdote ha venido antes a pedirme que confiese: le di la espalda para borrar la soberbia de sus labios. He perdido la fe, aunque no la esperanza. Por eso no rezo; ya nunca más).

Los pasos se detienen, escucho, botas uniformadas se detienen. No ante mi puerta; abren la de al lado, puerta oxidada y quejumbrosa. Escucho gemidos, negativas, forcejeos, gritos que la desesperación convierte en alaridos. Es un hombre al que se están llevando. Se oye un portazo, y pasos que por fin se pierden y se van. No; todavía no es mi turno... Poco a poco he ido admitiendo que la falta de certezas forma parte de mis vivencias cotidianas.

Y entonces pienso en un poema que escribí, con esta misma angustia masticada hace tiempo en otra celda, angustia que ahora mis labios, mi boca, convierten en palabras apenas murmuradas...

No me torturen más.

Soy viento, soy llovizna, soy arena.

Y silencio. Busco la calma. Intento acunar en los brazos un silencio.

Aquí no puedo escribir. Sólo me es posible (y diría que hasta necesario) resguardar nuevos versos en mi mente, o recordar poemas que he escrito alguna vez. La literatura es mi instrumento de lucha, el arma con la que cargo y descargo el peso de los días y las noches.

Cargo el fusil, y descargo...

¿Qué harás ahora?

Ahora que las manos

*se han quedado vacías
que los ojos se secan
y el corazón es una fruta amarga.
Ahora que toda la tristeza
no alcanza para hablarte
Alcira, ¿qué harás ahora?*

En esta ciudad me he sentido hace tiempo vacía. (¿Pero acaso *estoy* en Buenos Aires?, ¿acaso esta caja de cemento, asfixiante y ominosa como esta celda, como este Edificio laberíntico, está localizada en Buenos Aires? No lo sé, me han traído adormecida por los golpes).

Yo, apartada de la actividad política desde hace unos meses, alejada de mi marido (¿Tulio, dónde estás?), entregado él definitivamente a la lucha armada clandestina, perdidos los lazos con mis amistades, lejos de mis padres y de mi hermana, en esta ciudad me he sentido despersonalizada, camuflada durante un tiempo entre el gentío indiferente de una urbe que ya desconozco. Como debe sentirse el perseguido que debió marchar hacia el exilio. Como una extranjera. Sola. Deshabitada.

Y aquí, ahora, a mis 28 años de edad, ahora mismo, encerrada entre estos muros helados, entre las rocas húmedas que rasguño casi inadvertidamente para matar el tiempo, digo que no hay más viento ni luz, no hay más lluvia ni sol, que los que encuentro al sumergirme en el recuerdo de otros tiempos. Es entonces cuando brota en mi memoria, como un mecanismo puesto en marcha para defender mi intimidad, como una pulsión de supervivencia, el cálido goce que supe vivir durante mi infancia y adolescencia entre los valles jujeños.

Conservo esa luz en el recuerdo. Sólo el recuerdo y su luz. Mi memoria, esa fuente que mantiene viva mi esperanza de sobrevivir al horror, se ha abroquelado con mis poemas, con mi familia, con ciertos atardeceres del Jujuy de hace quince o más años...

Pienso, rememoro: cuando jugábamos con mi hermana a remontar cometas de colores, en aquellas tardes de verano que corríamos por la costa zigzagueante, arenosa, del Río Grande, aprovechando la complicidad del viento del norte que viene encajonado por la Quebrada.

Así, *abejitas zumbadoras* como nos decía nuestro padre, recorriamos las aguas turbias, amarronadas. Y los pájaros nos sobre-

volaban, picoteaban veloces aquí y allá algunas semillas, e iban a posarse sobre los sauces, los jacarandás y los lapachos que sitiaban el río. Y juntábamos piedras, piedras blancas, negras y azules, que agitadas en las manos (juntitas todas en las manos) eran como cajas de música en el río, música apagada más tarde en la oscuridad de nuestro cuarto.

Luego, en el crepúsculo de la tarde, cuando hasta los cerros se teñían de bronce, encendíamos una hoguera y yo me echaba a leer historias de aventuras. Y Estela, mi hermana, se quedaba largo rato observando esas montañas que, como gigantes replegándose, comenzaban a hundirse en el anochecer.

Mi memoria, iluminada, permanece allí, bajo el sol, bajo la luz inquieta de la hoguera; en ese lugar sagrado del tiempo que nadie podrá profanar. Nadie jamás. Ni siquiera ellos, los dueños de la noche; esos que vienen cada jornada a arrebatar mis sueños.

Es cierto, aunque no mis convicciones ni mis ideales, abandoné mi adscripción a una militancia activa. O me obligaron a abandonarla bajo la argucia de oscuras culpabilidades. No pensar más en la patria, ni en su pasado ni en su futuro. Eso quieren; sólo este presente. Y es cierto, el presente me duele. Pero tengo heridas de todas las edades. *La patria es un dolor que aún me sangra en las espaldas.*

Tulio, compañero, ¿dónde estás?

Tengo el olor de tu piel, tu voz en mis oídos, toda tu imagen, tu rostro en mis rodillas, apoyado.

Hoy me interrogaron sobre vos:

Tulio Valenzuela, ese terrorista al que tenemos marcado como un “cuadro” dentro del movimiento subversivo, dijo una voz ronca, precisa, amenazante. La frase era la misma de siempre, reiterada, calculada. Pero sobre todo (ellos lo saben, yo lo sé), perversamente anticipatoria de los tormentos y humillaciones habituales.

Y yo, Tulio, moría y revivía una y mil veces en la oscuridad. Aquí adentro intentan doblegarte, conquistar tu cuerpo y tu mente, invadirlos, instalarte en el territorio sin fronteras del miedo, empujarte hacia los bordes de la incertidumbre y la sumisión, quebrarte como la hoja seca de un árbol desnudado por el invierno. Aquí adentro conocen bien lo que implica el alivio efímero de la pausa que precede a la renovación del suplicio.

Pero mis labios, mi boca, Tulio, no pronunciaron jamás una sola palabra, un solo sonido que no fuera el llanto ahogado. Y luego, ya en la orfandad de mi celda, compañero, recordé los versos que te escribí cuando nos unimos en la lucha y el amor...

Busco hombres que no duden

y respondan

al llamado de la sangre con su sangre

al adiós con adioses,

a la muerte con muerte sin palabras.

Tulio, compañero de mil caminos, ¿dónde estás?

El sol golpea violentamente mis ojos. Apenas por unos instantes, antes de que me los cieguen con un trapo. Sólo adivino figuras humanas en el interior de un vehículo que ya se pone en marcha.

¿Adónde me llevan?, pregunto.

Es bueno sentir otra vez que el calor del sol se extienda sobre mi cara y mis brazos. Y es bueno escuchar el silbido del viento, el agitar de los árboles, el bullicio inconfundible de una ciudad que no puedo ver pero que, tal vez por esa necesidad mía de nombrar los lugares que habito, he llegado a la conclusión de que es Buenos Aires. Y ahora ese golpear de las aguas de un río (¿es el Río de la Plata?) sobre las paredes de contención que han de estar aquí, al costado del camino.

El vehículo parece llegar a destino. *Hay ruidos de motores, de gritos apagados.* Hay sonidos de hélices que me indican que estamos en un aeródromo. Órdenes militares que se imparten con el tono de lo inapelable, de la premura, de lo perentorio. Entreveo sombras. *Hay gente sometida.* Gentes que son subidas a un avión. Hay llantos, quejidos, lamentos. Soy subida también al avión. ¿Adónde vamos?

Hay tres rostros que miran desde lejos. Y el avión levanta vuelo.

Algo alcanzo a observar. Ya está oscureciendo. Mi mente está oscureciendo. Abajo yace el mar. O el río. Sí; es el río. Oscuro como un abismo insondable.¹

¹ Todos los pasajes dispuestos en *cursiva* fueron tomados de la obra literaria de Alcira Fidalgo, *Oficio de Aurora*, publicada póstumamente por Ed. Libros de Tierra Firme, Colección de poesía todos bailan, Bs.As., 2002.

